Juan David García Bacca

Confesiones

Autobiografía íntima y exterior

Con el mayor desenfado, en un lenguaje deliberadamente asequible y con impecable objetividad, nos lleva de la mano, de un modo natural —exento de posturas artificiosas y aspavientos— Juan David García Bacca, por los distintos episodios de su existencia, en cuya narración va aflorando en forma paulatina y grávida de sorpresas, el rasgo más descollante de lo que fue su devenir personal: la tenaz conquista de su *autonomía,* es decir, del más alto designio de todo ser humano: el poder de decidirse *por sí mismo* y de actuar en conformidad con sus propias determinaciones, tras la consecución de cuyo propósito hizo gala García Bacca de una poderosa e indestructible voluntad, con la que logró torcer por completo el curso de su vida, escapando al anillo de hierro de uno de los más compulsivos dogmatismos creados por la mente humana: el fanatismo religioso. La vida clerical que hubo de llevar durante largos años se desenvolvió durante las tres primeras décadas de nuestro siglo, en cuyo período ejercía, justamente, una implacable hegemonía la Iglesia Católica en su España nativa. Por ello la cuesta era sobremanera difícil de remontar y superar.

Juan David García Bacca

Confesiones

Autobiografía íntima y exterior

ePub r1.0
IbnKhaldun 19.05.15

Título original: *Confesiones*
Juan David García Bacca, 2000
Presentación: Juan F. Porras Rengel

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

Presentación

Ni la prueba de testigos más veraz e incontrovertible, ni aun la evidencia documental más persuasiva poseen —del ángulo moral y personal— el demoledor poderío de una *confesión*, aunque sea ésta proferida por el ser más abyecto.

Escuchar de la propia voz de un ser humano o percibir de la letra de su puño las recónditas verdades que alberga su espíritu, es un hecho, las más veces, profundamente conmovedor y convincente.

Proferir sus verdades es para el que las revela un acto de desahogo que restaña las grietas y fisuras de su ser, y le devuelve o le reafirma su íntima paz interior, sobre todo por el natural efecto psíquico del autorreconocimiento de sus errores, debilidades y flaquezas, lo cual devuelve al alma —por obra del *coraje* entrañado en la manifestación— su unidad, equilibrio y armonía, y deja —de ordinario— en quien las lee o las escucha una secuela de perplejidad y admiración.

Cuando no se trata simplemente de la revelación de un hecho aislado y pasajero, ni el protagonista es un ser común e intranscendente, sino de la narración de la entera trayectoria de la vida personal de alguien de excepcional estirpe espiritual, asume la confesión su máximo valor, y éste es tanto mayor cuando procede —como en el caso de la Autobiografía íntima que me honro en presentar— de un espíritu superior, dotado de aquilatada pureza y ajeno por completo, como lo prueba fehacientemente la trayectoria de su vida, a la falacia y la desviación de la verdad.

Con el mayor desenfado, en un lenguaje deliberadamente asequible y con impecable objetividad, nos lleva de la mano, de un modo natural —exento de posturas artificiosas y aspavientos— Juan David García Bacca, por los distintos episodios de su existencia, en cuya narración va aflorando

en forma paulatina y grávida de sorpresas, el rasgo más descollante de lo que fue su devenir personal: la tenaz conquista de su *autonomía*, es decir, del más alto designio de todo ser humano: el poder de decidirse *por sí mismo* y de actuar en conformidad con sus propias determinaciones, tras la consecución de cuyo propósito hizo gala García Bacca de una poderosa e indestructible voluntad, con la que logró torcer por completo el curso de su vida, escapando al anillo de hierro de uno de los más compulsivos dogmatismos creados por la mente humana: el fanatismo religioso. La vida clerical que hubo de llevar durante largos años se desenvolvió durante las tres primeras décadas de nuestro siglo, en cuyo período ejercía, justamente, una implacable hegemonía la Iglesia Católica en su España nativa. Por ello la cuesta era sobremanera difícil de remontar y superar.

Deformaríamos el itinerario de su existencia, desfigurando las verdades que del modo más genuino nos revela sobre ella, si dejásemos en el aislamiento la anterior afirmación, lo cual podría prejuiciar al lector, induciéndolo a pensar que el núcleo esencial de la autoedificación de su personalidad, fue el de un enfrentamiento obsesivo contra su destino religioso, y que asimismo el vastísimo e inapreciable elenco de sus múltiples obras tuvo por objeto —por única razón de ser— la exasperación por desprenderse de aquella ideología coactiva con la que sintió, para expresarlo en sus propias palabras, que «le habían *secado* el alma gradualmente», pero de la que si bien abjuró, al hacerlo lo llevó a cabo gallardamente, como puede apreciarse ya en el pasaje de su Autobiografía —que me permito anticipar— en el que añade a la aseveración antes citada una expresión que revela la amplitud de su espíritu y la ausencia en el mismo de toda huella de rencor: «No pongo en duda la buena voluntad de mis superiores. Todos ellos, “secos” también sentimentalmente. La “amabilidad” de ellos y la mía no curaba la común sequedad…».

No fue, en efecto, el motor de su fecundidad —quizá no igualada por pensador alguno en nuestro siglo— ni muchísimo menos la causa principal de su densa, rica y multiforme obra la lucha interna contra sus creencias religiosas y contra el ejercicio del sacerdocio, pues en el reino turbulento de su vida interior marchaba, a la par de la idea de Dios, con todas sus implicaciones, un profundo e incontenible proceso *creativo* que se abría en

una doble vertiente: hacia afuera en las infatigables tareas de configuración de obras que se sucedían una tras otra sin darle reposo; y hacia adentro en la edificación de su propia y originalísima personalidad, en la que terminó ocupando un puesto subsidiario el drama de su fe, el cual abrió paso a la corriente arrolladora de sus múltiples talentos para la invención.

Inventar fue —se diría— el oficio principal de García Bacca, a tal extremo que de él bien podría aseverarse, en un giro metafórico muy próximo a una realidad tangible, que tal era el vértigo compulsivo con el que creaba y componía sin parar, que casi llegó a ser la materialización del viejo sueño de la máquina del movimiento perpetuo.

En nuestra humana naturaleza, la *sensibilidad* ejerce un poder gravitatorio sobre las funciones espirituales propias de los centros superiores del Yo. Somos irremediablemente empíricos: todo objeto que registra el entendimiento hace primero tránsito por los sentidos. Esta condición nos induce a pensar que sólo son *inventos* aquellos artefactos en los que el hombre ha enmaterializado un plan: ideas que se han objetivado, y que una vez realizadas se enajenan y las podemos palpar y manipular.

Nos resistimos por ello a admitir la realidad de inventos puramente espirituales, sin darnos cuenta de que la *ciencia* y la *técnica* de donde proceden todos los objetos artificiales no hubiesen sido posibles —como demuestra larga y concienzudamente García Bacca en algunas de sus obras fundamentales— si el hombre mismo no le inventa un nuevo ser a su ser natural y primitivo; si no parte del más originario y fecundo de sus inventos: la conciencia de su propio ser, su *mismidad*, que lo separará para siempre del animal puro y simple, y sobre la que descansa —en lo sustancial— su indomable *autonomía* y el excelso don de separarse, con la palanca de su voluntad, de la fatalidad de las leyes naturales, haciendo posible que el Hombre suplante a la Naturaleza y en su lugar levante la arquitectura asombrosa de un Reino propio, un mundo a su medida, imposible de edificar —como se desprende del aliento general de toda la obra de García Bacca— si el hombre se hubiese seguido nutriendo de la idea monolítica e inconmovible de un ente sobrenatural que lo creó, y si hubiese detenido la natural evolución de su espíritu anclándose para

siempre en la dialéctica «inmutable» del pensamiento aristotélico-tomista, de cuyo sistema zarpó, justamente, García Bacca.

De acuerdo a ello podemos decir en palabras nuestras, pero que reflejan fielmente el legado pedagógico esencial de su pensamiento, que hay que comenzar por inventarse un propio ser, para hacer posible otro género de inventos: es menester tomar, del modo más drástico y terminante, la determinación de *autoedificarse,* sin delegar «en nada ni en nadie» la construcción de nuestro propio destino; asumir la actitud inquebrantable de empuñar por la raíz la dirección y control de nuestra propia existencia, conscientes de que la suprema potestad de *autodeterminarnos* es un atributo de suyo irrenunciable, del cual no nos podemos desprender: cuando quiero no querer estoy queriendo, *y soy yo y únicamente yo* quien decide actuar o inhibirse, ambas resoluciones me llevan al mismo punto: a responsabilizarme intransferiblemente de mis actos y de la entera suerte de mi vida.

Fue esto —ni más ni menos que esto— lo que hizo y lo que enseñó García Bacca, de un modo férreo y contumaz, a lo largo de toda su existencia: inventarse un propio ser, y al propio tiempo generar todo tipo de inventos de contenido intelectual, que lo transustanciaron continuamente a él mismo, y de los que emergió un vasto y original sistema de interpretación transustanciadora del Universo, al que apenas cabe aludir en sus líneas generales dentro de los estrechísimos límites de la Presentación de su Autobiografía, a cuya prosa reservo, como es natural, la maravillosa reconstrucción de una vida en la que marcharon a la par, de un modo indisoluble, la curva evolutiva de su desarrollo personal y la línea siempre ascendente de su proceso creativo.

Facilita la reconstrucción de las diversas fases de desarrollo de su pensamiento, el tener presente que desde su primer encuentro con la ciencia de su tiempo, tomó conciencia de dos cosas: la primera, de la imposibilidad de construir un genuino sistema filosófico sin un apoyo en los aportes de las ciencias, los que a su vez han de descansar sobre el firme suelo de la realidad, pues toda tentativa que no tome en cuenta esta exigencia deriva en una edificación intelectual instalada en el vacío; y la segunda, que toda ciencia ha menester de un aparato de interpretación superior, que sólo puede

serle provisto por la *Filosofía.* Por esto la poderosa maquinaria mental de García Bacca avanza simultáneamente en dos frentes: el de la *ciencia* y el de la *filosofía.*

En tres de sus obras más representativas, *Metafísica, Lecciones de historia de la filosofía* y *Curso sistemático de filosofía actual* es dado perseguir —sobre todo en las dos últimas— los momentos esenciales de la línea evolutiva de García Bacca, con sus sinuosidades y altibajos, y apresar el núcleo esencial de su concepción en su magnitud y originalidad. Su severo temperamento crítico encontró ante todo en el seno mismo de la filosofía tomista dos revulsivos que operaron en él un cambio de su visión teológica: los geniales comentarios del cardenal Cayetano al opúsculo *De ente et essentia* de santo Tomás y a la *Summa Theologica,* y las disquisiciones de Duns Escoto sobre la indemostrabilidad de la existencia de Dios. Del primero derivó una nueva versión del concepto de transustanciación, que muchos años después —diversamente modificado— acabó siendo una noción esencial en su concepción; del segundo, la convicción de que la conciencia es atea o materialista, pues si Dios estuviera en ella por esencia habríamos de pensar en él obsesivamente, y el devenir real de la conciencia demuestra justo lo contrario.

En 1928, después de la publicación de sus primeras obras, en las que aún se preserva dentro del círculo de la *escolástica,* y por efecto de los cursos de física y matemática que siguió en Munich y de ulteriores estudios de la ciencia de su tiempo, accedió a la concepción newtoniana de la física, es decir, penetró en la ciencia montada en plan experimental, y fundamentada matemáticamente. Este encuentro le hizo entrar en conflicto con el punto de vista aristotélico-tomista del conocimiento científico, al cual se le hacía descansar sobre el supuesto ontológico de la existencia de formas substanciales inmutables, que llegan a la perfección o entelequia por evolución natural. Se trata de una ciencia edificada en plan observacional, y cuyo aparato filosófico de fundamentación da por cierta la existencia de principios *primeros* en su orden, *necesarios* de suyo, *evidentes* y *únicos.* Corresponden a esta visión las llamadas certeramente por García Bacca filosofías de reinterpretación del universo: así la materialista de Demócrito, la idealista de Platón y la naturalista de Aristóteles, las cuales serán llevadas

a sus últimas consecuencias por la filosofía medieval, al introducir la idea de un Dios único, creador, monopolizador del Ser, que rebajará al hombre a la categoría de ente secundario, accesorio, cuyo ser mismo dependerá de la voluntad divina.

Mientras dentro de semejante concepción el sujeto es un entendimiento pasivo, que se limita a repetir en el pensamiento los objetos tal como ellos se ofrecen en la vertiente de los fenómenos, la ciencia concebida experimentalmente reclama la existencia de un entendimiento agente, creador —primitivo germen en el pensamiento de García Bacca, de lo que muchos años después sería su concepto de *sujeto transustanciador del Universo y de sí mismo.*

García Bacca halló este nuevo *sujeto* en Kant, del cual —además— derivó la teoría del conocimiento adecuada al nuevo modelo de ciencia. Kant, en efecto, había demostrado, con impecable dialéctica, que el sujeto es un ente activo, dinámico, creador —en cierto modo— de sus objetos. Su aparato de conocimiento se halla constituido por ciertos conceptos —antiguas ideas seminales de los estoicos, e ideas innatas cartesianas— que están en él antes e independientemente de toda experiencia, y que actúan de órganos del conocimiento: son las formas *a priori* de la sensibilidad (tiempo y espacio), y las doce categorías del entendimiento, con las que el sujeto reelabora en el entendimiento, el material bruto de las sensaciones, construyendo —de esta suerte— «sus» objetos. Se trata, pues, de un sujeto capaz de transformar la realidad y de meterla bajo su dominio. A este legado añadirá Kant, para borrar en García Bacca todo lastre escolástico, su demoledora refutación de las pruebas *ontológica, cosmológica y físico-teleológica de la existencia de Dios,* con lo que hará ingresar la escolástica al vitreo silencio del formol.

El aparato conceptual de García Bacca se irá ampliando en lo sucesivo cada vez más, por obra de su encuentro con Whitehead y su categoría de creatividad; Cantor y sus transfinitos; la Lógica simbólica y la Axiomática de Hilbert, la teoría cuántica de Heisenberg, con su principio de indeterminación y la probabilística de Max Born, así como por sus amplios estudios en los dominios de la economía y las ciencias sociales. En filosofía fueron decisivas sus indagaciones sobre el método dialéctico hegeliano y la

teoría materialista de Marx, a la última de las cuales consideró auténtica filosofía de transustanciación humana del Universo y de transustanciación universal del hombre.

El mayor mérito de García Bacca en estas sucesivas transformaciones de su pensamiento fue el haber sobrevivido, manteniendo ileso el núcleo esencial de su propia y original manera de ver, sin precipitarse en ningún «ismo», sino manteniendo a todo trance la objetividad y autonomía de su propia maquinaria de pensar. En ningún momento se desprendió de la idea del sujeto transustanciador del Universo y de sí mismo, noción que adquirió en él un contenido específico, original, que le otorgó un especial relieve y la erigió en pieza central y dominante de toda su concepción. No es poco mérito, por ello, cruzar indemne por la caudalosa y sugestiva corriente del idealismo alemán, sin sucumbir a la tentación de sustituir al legítimo protagonista de la Historia, el hombre, por las insostenibles nociones metafísicas del sujeto transcendental de Kant, la del espíritu inconsciente de Fichte y Schelling o por la idea absoluta de Hegel.

Por todo ello pudo configurar una concepción filosófica totalmente actualizada, y en la que quedaron abolidas las nociones caducas del determinismo naturalista de Aristóteles, del determinismo absoluto de la filosofía medieval, así como los conceptos de finitud e infinitud y la creencia en verdades únicas e inmutables, para abrir paso a la indeterminación, el azar, la probabilidad, que dan margen a la espontaneidad, la libertad, la improvisación, la creación, en una palabra.

Por esto puede bien decirse —sin temor a un exceso— que su obra total no sólo es una Filosofía de las Ciencias de extraordinario valor, que restaura la unidad de los grandes sistemas de pensamiento en una hora en que la desmesurada proliferación de las ciencias amenaza con despedazar la necesaria visión omnicomprensiva de los problemas, sino además una Ontología de gran aliento, en la que se analiza a fondo —con fenomenológica objetividad— el Ser, sin caer en extremos deformantes, y —por último y sobre todo— una de las más germinas Antropologías filosóficas que se hayan escrito.

No hay, además, área de la filosofía que no haya invadido: constátese en su bibliografía —si alguna duda cabe— sus innumerables trabajos sobre

Ética, Estética, Lógica, Axiología y Metafísica, por no hablar de su vasta producción científica, filosófico-literaria y de sus ensayos, plenos de contenido humano y de inusual densidad racional.

Como si no fuese suficiente su rica y profunda obra filosófica y científica para justificar toda una vida, García Bacca no permaneció jamás indiferente al cultivo de las Humanidades; por el contrario, desarrolló también en esta área una intensa e ininterrumpida actividad, cuyo resultado es una vasta producción de obras filosófico-literarias y de ensayos de la más variada índole y de la más alta calidad, en los que se revela, una vez más, la versatilidad de su pluma, y en los que hace gala de una prosa sobria y elocuente, como puede apreciarse abrevando —por ejemplo— en su *Introducción literaria a la filosofía* o en sus maravillosos trabajos sobre Antonio Machado. En esta zona del espíritu su invento ha sido uno de los más peculiares de su repertorio; casi podría decirse que único en su género. Ha logrado en cada una de estas piezas —con arte magistral— hacer confluir en armoniosa unidad, la vertiente de los conceptos filosóficos, de suyo rígidos, con la de las formas literarias, en sí ágiles, produciendo el sutil y original fenómeno de facilitar —por efecto del deleite estético— el acceso del espíritu a la esfera de las abstracciones.

Lugar especial ocupan en este género las composiciones en las que hace uso de su natural vena humorística, recurso que García Bacca supo administrar con penetrante malicia y refinado gusto. Hay que decir en este sentido, en honor a su raíz hispánica, que si algo es realmente característico de la raza española es su sabia manera de combinar —como ningún otro pueblo— los ingredientes de seriedad y humor, obteniendo un destilado de alto valor: la verdad en su dimensión humana. García Bacca en esto, no sólo no hizo excepción, sino que logró, además, el prodigio de usar la parafina de la gracia para vencer el rigor de las verdades filosóficas, y hacer así posible la penetración del espíritu en lo que éstas ocultan de verdad humana.

Retomando ahora a su concepción filosófica y científica, cabe añadir que podemos, desde luego, disentir —nadie lo autorizaría más que él mismo — de algunos de sus conceptos, y hasta poner en entredicho la validez de algunas de sus proposiciones fundamentales, mas no nos es dado, si

actuamos de corazón pero sin perder la objetividad, negarle el mayor de los reconocimientos a la magnitud e indiscutible calidad de su obra, que obliga a discernirle, sin disputa, como seguro estoy se hará en la posteridad cuando su obra alcance la difusión universal que merece, el calificativo del más grande filósofo en lengua castellana de todos los tiempos, y el de una de las mentes más poderosas y mejor organizadas de nuestro siglo.

En razón de todo lo expresado no vacilo en afirmar, empalmando la parte introductoria de esta Presentación con la sucinta visión que hemos provisto de su obra, que quien explore las profundidades de ella y abreve en la fuente de su Autobiografía, no puede dejar de admitir la verdad que sobre él hemos consignado: que sería de una infantil ingenuidad creer que la configuración de su compleja y polimorfa personalidad fue el fruto de su divorcio con la Iglesia. Cierto que el lograr emanciparse de la atmósfera clerical dominante en la España del primer tercio del siglo en el que la Iglesia había concentrado un inmenso poder, fue una hazaña pero no su única hazaña: el más grande prodigio de su periplo vital fue el descubrir la intrínseca esencia de su propio ser, y desarrollarlo en plenitud, es decir, empinarse sobre aquél e inventarle uno nuevo, haciendo el más legítimo uso de la potestad suprema e inalienable de todo ser humano: la libertad de decidir por sí mismo su destino.

Seguro estoy de que, como discípulo suyo, interpreto fielmente su encomienda de hacer esta Presentación, limitándome en ella a poner de relieve su obra, pues sería una indebida intrusión el adentrarme en la narración de su vida personal. No vacilaría en decirme, con el fino humor que lo caracterizaba: —Hombre, Porras, no me suplante; aquí el autobiografiado soy yo.

No puedo, sin embargo, dejar de referirme, aunque sea sucintamente a su ser personal, sobre cuyos atributos le estaba vedado hablar al contarnos su vida.

Me limitaré a decir que en su obra renacen, objetivamente, su ser físico, intelectual y moral. Su porte augusto, su venerable cabeza plateada y su voz de entraña causaban en todo el que se le acercaba por primera vez, una sensación de estupor, contracción y temor reverencial; pero muy pronto estos sentimientos cedían paso a la confianza comedida y a la admiración

ante la amabilidad de sus modales y por obra de su afectuoso y espontáneo trato.

Modesto, por naturaleza, poseía el *minimum* de vanidad indispensable para preservar el orgullo bien entendido, sin degenerar en ningún momento en actitudes petulantes, a las que suelen ser proclives los que se dedican a las actividades de índole intelectual.

Su apacible carácter y su bien aquilatada humildad no desdecían, empero, de un coraje moral a toda prueba, atributo al que añadía —para coronar la excelsitud de su persona— su enorme amplitud de espíritu, demostrada en todos sus quehaceres, pero sobre todo en su proverbial generosidad en la pedagogía, cuyo mensaje era la divisa misma de su vida: enseñar a pensar a cada quien con su propia cabeza.

Un solo aspecto tocaré para finalizar, corriendo el riesgo de incurrir en una indebida intrusión en los terrenos de su Autobiografía, seguro de que él no me lo reprocharía, pues se trata de una brevísima referencia al más transcendente de los episodios de su vida personal.

Ya en el pórtico de la madurez, después de haber logrado sobrevivir largos años de crónica soltería, los demonios subterráneos del eros le jugaron una mala pasada: fue flechado en Ecuador por una bellísima joven de la más rancia sociedad quiteña, Fanny Palacios, dama fina, muy inteligente y apacible, mas no exenta de carácter, y a cuyos encantos finalmente sucumbió, «sacrificando» en el cambio los placeres de su larga práctica solipsista.

Pienso que el vínculo indisoluble de estos dos seres, cuya fusión —perpetuada en el tiempo— llegó a transmutarlos casi literalmente en una misma persona, autoriza a considerar que el hecho «fortuito» de su unión, que pone de relieve el poder del azar y la indeterminación sobre la que García Bacca sustentó el ejercicio de su libre arbitrio, es parte esencial de su Autobiografía, a la que me permito añadir —con un permiso *post mortem* que me autoconcedo— que si alguna mujer ostentó en su momento credenciales suficientes para merecer al augusto profesor, fue justamente la joven doña Fanny. Precisa poseer un coraje a toda prueba para atreverse a desposarse —desafiando a una sociedad altamente estratificada y

severamente prejuiciada— con un hombre que había tenido la osadía de dar la espalda al coloso de la Iglesia Católica para rescatar su libertad.

JUAN F. PORRAS RENGEL

Advertencias

1) Los tres puntos «…» indican lo que suele hacerse con la frase condensada «etc.». Y además sugieren al lector que los rellene él con sus conocimientos y experiencias.

2) El símbolo complejo «.-.-.-.-.-.» indica que lo siguiente no está en conexión inmediata con lo anterior, aunque sí con el tema general.

3) Todas mis obras, a partir de 1977, tienen la pretensión de estar redactadas literario-filosóficamente; lo de «literario» es pretensión nueva en mí. En las anteriores, salvo raras excepciones, atendía más al contenido que a la forma literaria, pues el estilo literario está sometido al contenido científico o filosófico.

Pero en la obra presente, CONFESIONES, no atiendo ni a lo filosófico ni a lo literario. Está todo dicho en lenguaje corriente, vulgar, y aun inurbano, contra el decoro público urbano. No están escritas para poderlas leer en público, como es factible y aun natural hacerlo con las demás.

4) Me temo que no sólo algunas de las cosas que refiero, sino muchas, suenen a insultos para ciertas personas físicas o institucionales. Insultar se hace cara a cara con una persona. Nunca insultan a personas reales palabras impresas. No es su función. Sólo por cierta hipersensibilidad algunas personas o instituciones pueden darse por «insultadas». Caso digno de consulta con psiquiatras. Cara a cara no he insultado a nadie durante mi vida, y espero no tener que hacerlo en lo poco que me queda de vida.

5) Todas las personas que aparecen en CONFESIONES son, o han sido, reales. La casi totalidad han existido: ellas y los posibles testigos que confirmaran mi aserto. O lo desmintieran. Se las indica de dos maneras: primera, con su nombre propio y apellidos, cuando son o han sido personas

públicas en una nación, región, de España; y unas pocas, de fama internacional. A las demás se las indica, menciona, abreviadamente, con vocales y consonantes, suficientes para que los de nación, región, puedan rellenar tal abreviación con el nombre y apellido correspondiente. Para los que no pudieron conocerlas, tanto con o sin la abreviatura les resultarán desconocidas. Mas lo que de ellos se dice en CONFESIONES conserva su sentido instructivo y son las experiencias del autor.

6) Precede a esta obra un «Prólogo», con amenaza de técnico. Si el lector, habiendo leído unos párrafos, lo encuentra abstruso o demasiado filosófico, puede prescindir de su lectura completa, porque en nada obsta para la comprensión de la obra. Sólo en su atmósfera, por decirlo así, falta un componente secundario, un aroma o sabor: el técnico, cual si a la atmósfera terrestre faltara el neón.

7) Véase el cuadro adjunto:

Nací el 26 de junio de 1901.
En Pamplona (Navarra).

Mi padre: Juan Isidro García Barrancos. Aragonés.
Mi madre: Martina Bacca Benavides. Castellana.

Así que mi nombre completo es:
Juan David García Bacca.

Quedo presentado para hacer auténticamente mis CONFESIONES: la relación de mi Vida.

Prólogo

A mis noventa años he vivido 1.092 meses; o sea, 4.732 semanas; o sea, 33.237 días; o sea, 797.688 horas; o sea, 47.861.280 minutos; o sea, 2.871.676.800 segundos.

Según la mentalidad y uso corriente, y aun el académico y científico, ni tan sólo dos segundos pueden pasar a la vez, ser simultáneos. Tienen que sucederse, pasar uno antes y otro después. *A fortiori* y *a fortioríssime*, respecto de años, meses… Nada de simultaneidad.

Ahora bien, es un dato evidente, consciente, que no vivimos nuestra vida segundo a segundo… año a año, distinguiendo un segundo de otro… una hora de otra…; si fuera, y tuviera que ser así, contando, jamás pasaríamos ni un minuto, o tendríamos que pasarnos años enteros contando, y que no se pierda ninguno. Lo mismo nos sucede, sea dicho en paréntesis, respecto de la luz. La luz real —de rojo violeta— se compone de cuatrocientos a ochocientos billones de vibraciones por segundo (del campo electromagnético). Si para ver rojo tuviéramos que contar, una a una, los cuatrocientos billones de ondulaciones por segundo, suponiendo que tuviéramos años y años disponibles para ir contando, sin perder una, preferiríamos, preferiría la vida no ver rojo —y a fortiori y a fortioríssime no ver violeta—, antes que estar sometida a tal tormento, inimaginable por El Atormentador más cruel y pertinaz. La vida, la vista, ve rojo o violeta y sus compuestos con un acto simple que dura menos de un segundo: con un golpe.

La vista, la Vida, simplifican, sin aniquilar o preterir nada, esa multitud in-contable, de la que con lodo tienen que partir el percebir y el vivir para ser *reales:* real acto de ver, realmente vivir 1092 meses…

Años, meses… minutos, segundos los vivimos en bloque. En simplificado. Simplificación, simplificar, es característica de la Vida real; y no lo son las demás definiciones abstractas, solemnes, convencionales de ella.

Advirtamos bien advertidos: nuestra vida real está siéndose en dos niveles, en dos pisos, simultáneamente.

Tal vez aligeren la explicación unos ejemplos de la aritmética más elemental.

$$1 + 1 + 1 = 3; 1 + 1 + 1 + 1 + 1 = 5, \text{etc.}$$

La parte izquierda declara la multiplicidad, unidad a unidad, sin perder ninguna; la derecha declara la totalidad en bloque. Y esas dos características son aritmética, científicamente, necesarias y simultáneas.

Pues bien, volviendo al tema estricto: la vida en su nivel profundo se rige, se realiza, por la multiplicidad justa, sin pérdidas u omisiones. En nivel o piso superior, la Vida se vive en bloques típicos, en actos simples. Los dos pisos son y se los vive simultáneamente.

A lo largo de la vida —vgr. de noventa años— las *distinciones*, por ejemplo, de niñez, adolescencia, plenitud, vejez, no dividen realmente nada, no rompen la continuidad; las *diferencias* —pongo por caso las entre filósofo, teólogo dogmático, moral… físico, matemático, lógico simbólico…: haber sido todo eso a lo largo de años a pesar de las diferencias esenciales entre filosofía, teología, ciencias físicas…— no han roto la unidad viviente; la *diversidad*, sirva de ejemplo, entre vigilia y sueño —estar siendo consciente, despierto, y estarse siendo dormido, con una quisiconciencia, si es admisible llamarla así— es equivalente realmente a estar siendo «ser» y «no ser». Diversidad parecida a la que en música rige entre sonidos y silencios; *ser* sonante y no ser: silencio. Maneras de «ser y no ser» el mismo ente real, la música y el músico, y el oyente y lo oído. Una vez más: tales diversidades «ontológicas» no diversifican la vida; no la hacen de especies y aun géneros diversos.

Distinciones, diferencias, diversidades, bien reales, cada una a su manera y grado —creciente desde dis-tinciones, di-ferencias, hasta di-

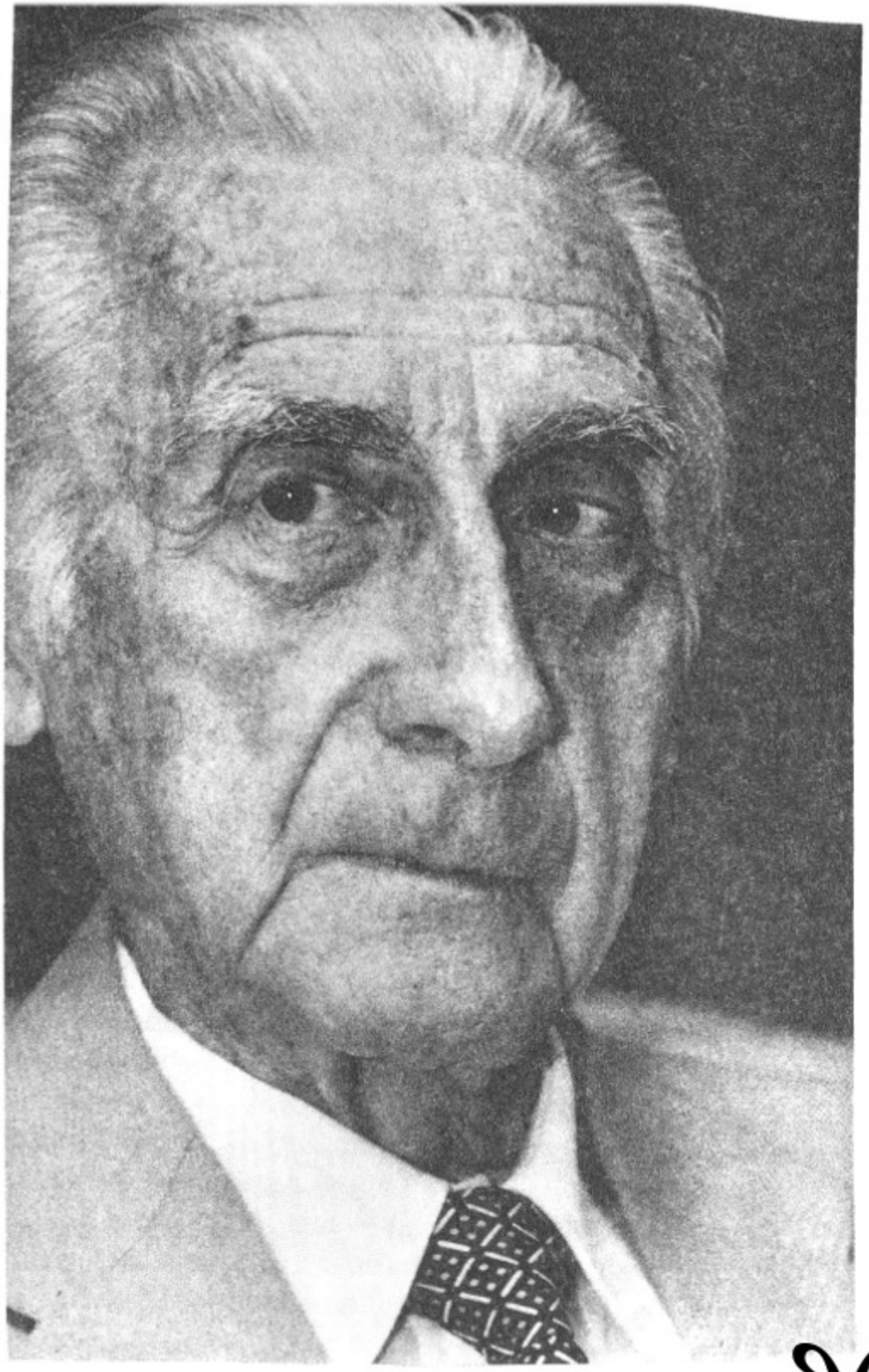
versidades—, no destrozan la unidad: *una vida*, la del autor de estas CONFESIONES, ni la del lector de ellas.

De nacimiento a muerte se mantiene *una*.

La Astronomía actual estudia los dos extremos estados del universo: el de Grandiosa explosión (*Big Bang*) y el de Grandiosa implosión (*Big Crunch*).

Nacimiento es el equivalente, no sólo abstractamente sino realmente, de Explosión grandiosa de vida. Y muerte es implosión, grandiosa también, de vida. Explosión de ser, de realidad - implosión de no ser, de no real.

Corto con esto el Prólogo. El pleno, o al menos decoroso, desarrollo de los problemas o cuestiones que ellos exigirían a un filósofo desbordan las modestas dimensiones verbales, mentales, de CONFESIONES.



Juan David García Bacca, 1981

FOTO: Raúl Cancio

Confesiones

de y por
Juan David García Bacca

MEMORABILIA (lo recordable)
MEMORATA (lo recordado)
MEMORANDA (lo recordando)
a mis NOVENTA AÑOS.

Mi padre no quiso pasar nunca del cargo de maestro de párvulos. Tanto en Pamplona como en San Sebastián. Aquí pudo tener en el jardín de párvulos a Zubiri. En la única vez que, al cabo de medio siglo, nos encontramos en Madrid, no pude tratar de poner en claro este punto.

Por ese cargo de los párvulos mi padre estaba en comunicación con las personas pudientes. Querido y respetado por ellas.

Recuerdo un caso: un día me llevó a la casa de un señor rico y estimado. Éste nos condujo a un salón. Estoy viendo lo grande, los espléndidos cortinajes. En un rincón vi un aparato extraño. Una como trompeta, cual en grande la flor de las campanillas, escrito en ella «La voz de su amo». El señor se levantó, hizo girar una manilla, bajar una especie de punta, y con golpe el aparato comenzó a cantar. Yo creí que debajo de la mesilla con

faldas en que estaba el aparato había alguien que cantara; atrevido, me acerqué, y no vi a nadie. Quedé suspenso, curioso, y me confirmé en la estima que tenía de mi padre; de su trato con los hijos de personas notables.

Mi padre tenía también gran gusto por la sidra. Cada mañana iba yo a comprarle una botella. Me bebía lo del cuello. ¡Qué rico me sabía! Mi padre no iba a notarlo.

Después de enviudar mi padre de su primera mujer, sintió la vocación al sacerdocio. Comenzó los estudios; debió de aprender muy bien el latín porque yo le oía cantar: *Tantum ergo sacramentum… Genitori Genitoque laus…* De sus años de estudio eclesiástico conservaba grandes libros encuadernados en pergamino. ¿Serían de teología? Muerto él, yo arrancaba el cuero, el pergamino. Lo cocía y con trozos recortados de él hacía, hacíamos los amigos, la cubierta de las pelotas. ¿Cuántas obras venerables perecieron? No lo sé, si es que lo supe entonces.

Por casarse con mi madre, la vocación y profesión de sacerdote quedó inconclusa y vacía en la familia. Mi madre y mis tías —Julia, Juana, Helena— guardaron siempre la ilusión, norma en aquellos tiempos: «En toda familia un hijo cura y una hija monja». Lo de cura me tocaba a mí. De modo que, con la oportunidad de las llamadas «misiones» (predicaciones solemnes, confesiones, arreglos jurídicos y morales…), los predicadores —jesuitas, misioneros Hijos del Corazón de María (los claretianos actuales)— seleccionaban de entre los muchachos —de nueve a doce años— los que pasarían a la categoría de postulantes de la orden o congregación. Postulantes, novicios, sacerdotes… Tal catrera por delante y de por vida. Yo fui uno de los seleccionados por los claretianos. Con ambiguo gusto —disgusto por parte de mi madre: gusto por lo religioso, recuerdo y realización fallida de mi padre; disgusto, por la separación —por años— del hijo mayor. Le quedaban dos menores y una hija. Me llevaron al Colegio de Alagón. Triste por una parte, curioso por otra. Lágrimas, protestas. Palabras misteriosas: vocación divina, profesión sacerdotal, obispo…

Mi madre, viuda. Hacía tres años que mi padre había muerto. ¿Qué hubiera pensado, sentido, al ver que me llevaban a donde realizar la profesión que él no pudo cumplir?

Estoy viendo a mi madre haciendo teñir de negro los vestidos, porque el duelo, entonces, duraba, severo, años y más años.

Teníamos, tenía, he dicho, tres tías (por afinidad), solteras: Julia, Juana, Helena. Yo les leía novelas (rosa). Pero llegaban en la lectura momentos en que exclamaban: «Ya se van a besar». Yo naturalmente, sin entenderlo, continuaba leyendo. Tenían las tres una hacienda, unos kilómetros fuera de la ciudad: un olivar. Pasada la recolección, tras el vareo normal de los olivos, nos permitían a los sobrinos hacer un segundo vareo y coger lo que en el suelo hubiese quedado de olivas. Lo recogíamos y lo enviábamos al molinillo de las tías para que lo prensaran. El aceite nos servía para todo el año. Al volver una vez, montado en mi borriquillo, al llegar a la plaza el animal, no recuerdo por qué, se espantó y me derribó. De vergüenza no aparecí en unos días.

Tenían las tías un hermano, el tío Florencio, que había sido comandante en la guerra de Cuba. Tras el abandono de la isla por España, el tío Florencio vivía en Borja, y nos enseñaba los trofeos, armas, de los insurrectos, y contábanos historias de batallas, de emboscadas… Gran amigo de mi padre, pasaban horas y horas fumando en el casino. Y nosotros yendo a comprar tabaco, hojillas, o buscando pedernal, mecha…

Por las tardes, puesto ya el sol, se había instalado una escuela nocturna para los trabajadores. Yo hacía de maestro; era «el hijo del maestro», aunque mi padre estaba, por razones de salud, jubilado. Así hasta que vinieron las «misiones» de que he hablado.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Algunos recuerdos de mi infancia o primeros anos de adolescencia. En Borja.

Salimos yo y Enriquito, gran amigo mío, a robar peras a un peral que las tenía y ostentaba muchas y buenas. Él se subió al árbol. Me echaba las peras y yo las colocaba en un canasto, presto a escapar con el robo. En éstas aparece el dueño. Enriquito saltó del peral y pudo escapar. Pero yo no pude, y el señor me agarró por las orejas. «¿Con que ladrón el hijo del maestro?» Con una mano se llevó el cesto; con la otra, a mí, de las orejas. Y me llevó a

mi casa. Refirióle a mi madre lo ocurrido. Y se fue. Mi madre, tras algún coscorrón o gran tirón de orejas —no puedo recordarlo—, me dijo: «¿No te da vergüenza de ladrón? ¿Qué hubiese dicho tu padre?». (Había muerto hacía tres años.) Yo, en un ataque de rabia y vergüenza, exclamé: «Me cago en el alma de Enriquito». «Eso más, ladroncete y blasfemo, mal hablado. Ve inmediatamente a confesarte con mosén Protasio». (Nuestra casa estaba frente a la Colegiata, a diez pasos.) Confesé a mosén Protasio mis dos culpas. No recuerdo qué penitencia me impuso. Yo era el monaguillo más listo, y de gran memoria —no de equivalente entendimiento. Sabía las palabras latinas con las que había de responder a otras del cura celebrante. Seguía todas las ceremonias. De modo que era el monaguillo preferido, al que aguantaban más de una falta. Por cada misa asistida, unos centavos. ¿Algunos menos cual penitencia?

En el colegio de Alagón. Hacia 1908. Celebra solemnemente su primera misa un primo mío. Asisten a ella su padre y su madre. Y de mi familia, yo. De unos siete años. El celebrante medio extático, pálido, procede según el ritual. Canta, en momento apropiado: «Per omnia saecula saeculorum»; amén del monaguillo y público. Su padre dice maliciosamente a su mujer: «Mira, yo estaba temiendo, viendo la palidez de nuestro hijo, que nos saliera marica. Pero fíjate, ha cantado… “*sécula, sécul*orum”».

Yo estaba con ellos, como de la familia. No creo que yo percibiera la malicia de mi tío.

Ni que yo repitiera la escena y comentarios al cantar, al cabo de veinte años, yo también: «per omnia sae*cula* sae*cul*orum».

Eso que llaman «malas palabras», «palabrotas», no han entrado en mi vocabulario habitual. Sí, como diré, en ocasiones propicias, exigentes de ellas.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

A partir de 1910, ya no veré en mi vida a mi familia. Mi madre murió cuando yo estaba de estudiante de teología. En 1918. Murió de enfermedad larga, tisis. Por aquello de que «por amor a Mí —Jesús— dejará el creyente en Mí a padre, madre»… los superiores no me permitieron ir a verla.

Alagón dista de Borja unas horas. Y sea dicho con cruda verdad, tal noticia no me impresionó cual lo debiera por natural, por humanidad. Hacía años y años que no pensaba en mi madre sino para dirigirle una felicitación convencional por Año Nuevo. Y sus raras cartas, una por año, eran sometidas a la censura. Condolencias por su muerte no me las dio sino un alemán condiscípulo en teología.

Lo demás se redujo a lo convencional. En la capilla especial reservada para los teólogos el padre prefecto dijo: «Recemos un responso por el alma de la madre del Sr. Juan David García Bacca; por su alma se ofrecerá mañana una misa. Condolencia de todos nosotros».

Es de advertir, para conocimiento general, que cada sección de la comunidad —integrada de postulantes, novicios, profesos filósofos, teólogos y moralistas, más los padres directores, profesores, añádase los hermanos legos— cabíamos holgadamente, cada uno en su parte, dentro de la (ex) universidad fundada en Cervera por Felipe V, en premio de su masiva cooperación en su causa. Por adhesión a la contraria, a la casa de los Austrias, Felipe V la castigó a Barcelona privándola de su Universidad. Con las circunstancias políticas que no son de mencionar aquí, lo universitario se devolvió a Barcelona, quedando el magnífico edificio, en mis tiempos, al cuidado de los claretianos. Cada sección de la comunidad tenía su capilla propia. Se reunía toda la comunidad en la capilla central: amplísima, de estilo barroco, toda en mármol, los domingos y fiestas. Misa solemne, sermón; día de retiro mensual, semana de «Ejercicios espirituales», estilo Loyola, etc.

Volviendo a mi caso: yo de novicio, con sotana impuesta solemnemente, pasé el año dedicado a prepararme para profeso (de votos simples). De entre los recuerdos, selecciono para esta obra uno: práctica corriente y típica era la de que, en la reunión de todo el noviciado, bajo la presidencia del padre maestro de novicios, se arrodillaba uno. Y me arrodillé yo, brazos en cruz, diciendo: «Dígnense, hermanos míos, señalar los defectos que hayan notado en mí». Así en varias reuniones; en todas ellas era la misma acusación: «Es muy vanidoso, habla mucho de sí mismo». Tanto se la repitió de novicio, y posteriormente de filósofo, que determiné no hablar de mí; y de todo lo demás, lo menos posible. Me volví silencioso. De la vanidad la reduje —

tras largas reflexiones, y guiándome por la actitud de los demás condiscípulos y padres— a ostentar lo menos posible mis cualidades en las clases de filosofía, teología, etc.: memoria excelente, exposición y respuestas adecuadas; nada de objeciones.

Volviendo a mi año de noviciado: durante él era habitual la práctica de las mortificaciones (corporales, sobre todo). Cilicios y disciplinas. Yo fabriqué cilicios de puntas aceradas, a aplicar con correas ajustadas a la carne. Y me los apliqué. No recuerdo lo similar respecto de disciplinarme. En cuanto a los sentimientos que por tal trato del cuerpo (y del espíritu) surgían en mí (no los que a mis noventa años sintiera, y juzgara), sólo puedo decir que tales mortificaciones corporales, y lo que de ellas juzgaba mi conciencia, producían, y rezumaba allá en el fondo, implícita mas distinguiblemente, una soberbia sutil, de superioridad frente y contra los hombres, los laicos, que, en vez de dominar o domeñar el cuerpo, lo dejan deleitablemente, constantemente, que mande él.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

De mis años de filosofo (1918-1921) unos recuerdos: estudiábamos filosofía aristotélico-tomista en dos tomitos, en latín, de Farges-Barbadette. Estudio después de haber oído la correspondiente explicación, en latín siempre, del profesor. Multiplicación de dificultades —grande para la mayoría de mis compañeros, pequeña para mí. Leer, entendiendo la cuestión propuesta, en latín; responder en latín a las preguntas del profesor. Exámenes en latín. Escritos en latín. Nada en castellano. Al cabo de unos años de tal experiencia los superiores creyeron que Farges… era anticuado y elemental, y se cambió por la obra (en latín) de Gredt. Gran tomo, grande documentación científica, a la altura de los tiempos. Las dificultades de lectura, comprensión y respuestas crecieron para la mayoría. Teníamos que, internamente, en silencio, hablar y pensar filosóficamente en latín. ¡Y en qué latín!: de mediocre, soso. Mas no caíamos en cuenta de que, de los estudios seguidos durante cinco años —nuestro tiempo de postulantes—, debíamos tener modelos de buen y óptimo latín. No caíamos en cuenta —no caía en cuenta yo, y tal vez muchos otros, en conversaciones durante

recreos— del contraste entre el latín de Gredt y el de Cicerón, Séneca, Florado, Virgilio…

Basta con unas palabras para recordar que, además de filosofía, estudiábamos historia general, geografía, matemáticas… En cuanto a filosofía, además de Gredt, teníamos disponibles escolásticos italianos, tan documentados y serios como Zigliara, Liberatore, Sanseverino… Nos llegaban noticias de la neoescolástica de la Universidad de Lovaina, del cardenal Mercier, de filósofos tan apreciables como Maréchal, Nyss, Renoirte… De gran prestigio entre nosotros gozaba Balmes. De Francia, las grandes figuras —Garrigou, Lagrange, Sertillanges— no podían influir por nuestro desconocimiento del francés. Igual nos sucedía respecto de la escolástica en Alemania.

En una de las asignaturas, Historia de la Filosofía, podíamos leer y barruntar de la existencia, obras, de filósofos no católicos. Resúmenes casi ininteligibles. Curiosidades, mas no información.

El ingenio filosófico —si se lo podía calificar así— se nos despertaba y aguzaba discutiendo las cuestiones típicas: potencia-acto, esencia-existencia, sustancia-accidentes, individuación…, guiados por santo Tomás, Escoto, Suárez…

Al terminar la carrera de filósofo escolástico, tras tres largos años, se podía aspirar —y más, era obligación— a un doctorado. Para el cual había señaladas tesis —no recuerdo cuántas; ¿no serían las 24 tesis tomistas, famosas más tarde? Por suerte le caía a uno una determinada. A mí me cayó la de «Clases de objetos materiales y formales de toda ciencia». Poco era lo que se prestaba a lucimiento. A otras tesis aspiraba para ello. ¿Qué alicientes tiene explicar «objectum formale quod», «formale quo»…? Salí con todo aprobado, y con título de doctor.

Adelantando un detalle: por una especie de convenio, nuestros estudios y títulos pasaban para su formalización a la Universidad Pontificia de Tarragona. La Sede de Tarragona reclamaba y ostentaba el título de Primacía, de Titular, que le disputara la Sede de Toledo.

Mi título de doctor en Teología —del que trataré a continuación— me consta que fue refrendado por la Universidad Pontificia de Tarragona.

Respecto de mi título de doctor en Filosofía no me consta que fuera refrendado, reconocido, por la Universidad Pontificia de Tarragona.

Pasando a otro punto —cuya conexión con el anterior se echará de ver—, una de las materias de ese bachillerato, licenciatura, doctorado era la de matemáticas. Especialmente la geometría (naturalmente la de Euclides) servía de ejercicio de memoria. Todos los días —no puedo afirmar lo de todos— teníamos que aprender de memoria y recitar ante un padre algún teorema. No creo que percibiéramos, o nos hicieran notar, el valor demostrativo, científico. Vagamente debíamos notar la diferencia respecto de las pruebas y argumentación de filosofía, de sus cuestiones.

Geometría de memoria.

Filosofía de memoria también.

Recordemos una vez más el refrán: «Los odres guardan siempre el sabor y aroma del primer vino que en ellos se vertió». En el odre de mi mente, de mi inteligencia, el primer vino filosófico que se vertió fue la filosofía aristotélico-tomista. Y sinceramente, que ese aroma y sabor continuará afectando internamente mi pensamiento se percibe en las siguientes obras: *De Rebus metaphysice perfectis*, Barcelona, 1930, 136 páginas. «De metaphysica multitudinis ordinatione», *Divus Thomas* (Piacenza, Italia), 1928. «El principi de causalitat i les teories relativistes i quantitatives», *Paraula cristiana* (Barcelona), 1930, 16 pp. «La Creación», *Ilustración del Clero* (Logroño, España), 1931. Y otras obritas publicadas en 1929, 1931, 1932, 1935. La filosofía aristotélico-tomista (y por tanto su sabor y aroma) desaparece casi íntegramente en mi tesis doctoral *Ensayo sobre la estructura lógico-genética de las ciencias físicas*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1935, 179 pp. Leves sabor y aroma se perciben en *Introducción a la lógica moderna*, Editorial Labor, Barcelona, 1936 (cfr. «El germen aristotélico», p. 17). Lo mismo en *Introducción a la Logística* (vol. I), Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1934.

Por compañeros de curso —antes, naturalmente, de noviciado…— tenía cinco alemanes de cuyos nombres aún me acuerdo. Se les había prohibido hablar entre ellos en alemán; habían de hacerlo en castellano, y, como es claro, al hablar con los demás, en recreos… Yo conseguí permiso para que me enseñaran alemán. Durante los años de la guerra —1914-1918—, no

terminada aún con la derrota de Alemania imperial, me enseñaron algunos cánticos. Los traduciré aquí:

Der Kaiser ist ein lieber man…
[El Kaiser es un hombre querido…]

Stille Nacht, fröhliche Nacht…
[Noche tranquila y alegre Navidad…]

Como era costumbre en Alemania, cada uno sabía tocar un instrumento. Así que en España continuaron con ello, y nos regalaban con su ejecución, cual pequeña orquesta. Yo, por otra parte, comenzaba a aprender piano. En una de las reuniones de la comunidad íntegra para celebrar no recuerdo qué fiesta, ejecutamos yo y otro un movimiento de una Sinfonía de Beethoven, reducida para piano a cuatro manos. No recuerdo cuál era. (¿Tal vez la Tercera?)

Uno de los cinco alemanes, no recuerdo quién era, experimentó un caso de telepatía. Vio que en su casa de Silesia (no sé en qué ciudad) estaba su padre muriendo rodeado de la familia y naturales circunstancias. Efectivamente se comprobó que tal escena tuvo lugar el día y la hora en que el compañero alemán la había visto.

Una de las asignaturas del bachillerato —dentro de las del filosofado— era la de física. Para realizarla disponía el colegio de un pequeño laboratorio —en que estaban y funcionaban, para experimentos, los aparatos más elementales e instructivos—, dirigido por un padre alemán, de nuestra misma congregación.

Tal aprendizaje y trato me despertó la curiosidad y conocimiento científico, y me servirá, llegado su tiempo (1928), efectivamente —claro, sin que por entonces pudiera preverlo— para solicitar de mis superiores que me enviaran a estudiar física y matemáticas a la Universidad de Munich, en donde estaba ya establecida nuestra congregación. Es de lamentar que no me permitieran que los compañeros alemanes me hablaran en alemán. Podía ya leer obras de matemáticas, física, devocionarios… en alemán. *Leer.* Mas no oír. Alemán leído, no oído. ¡Tanto que me hubiera convenido para

entender alemán hablado en la universidad! Entender y hablar correctamente el alemán oficial, convencional (el *hoch Deutsch*).

Será un defecto mío, no íntegramente corregido —a lo peor incorregible—, el que conozco mejor las lenguas escritas que ellas mismas habladas y oídas. Vista, preferente a oído y lengua. En ciertos casos, explicable: griego, latín, hebreo (clásicos y sus formas actuales) son para mí, aún, más bien lenguas vistas que oídas.

Todos nosotros, los del curso de filosofado, continuamos la carrera: teologado… hasta presbiterado, y destinos posteriores. De ello trataré, recordaré, en su lugar.

Volviendo a los años de filósofo (1918-1921): estábamos en la capilla, en silencio, dedicados a la meditación propia de la hora según el reglamento. Cuando, de repente, uno se levantó y corrió a hablar con el padre prefecto que nos presidía: «Padre, la Virgen nos está mirando». El padre lo creyó. Y exclamó: «Madre nuestra, míranos a nosotros, a vuestros hijos, con tus ojos misericordiosos…». No puedo recordar más —que sería completar lo que oí con lo que creería habría de haber dicho el padre. Yo estaba junto a él. Detrás de todos. Yo no vi nada. Y la conmoción pasó. Pero al día siguiente se supo que en aquella hora hubo un leve temblor de tierra. Él debió causar el movimiento de la imagen de la Virgen —imagen de estuco, de dimensiones casi naturales— y el movimiento de todo; así que el de los ojos. Y eso es lo que vio el estudiante, y admitió como real y milagroso el padre. No creo que de tal acontecimiento se hablase posteriormente, ni en recreos ni en otras reuniones.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

El esqueleto o estructura mental, filosófica, era de potencia-acto, esencia-existencia, materia-forma, sustancia-accidentes. La estructura de lo real era la de las cuatro causas: material, formal, eficiente, final.

Las dos estructuras continuarán como esqueleto de mi filosofar en todas las cuestiones metafísicas, físicas, psicológicas… hasta que, hacia 1988, fueron sustituidas —por transcendencia o sublimación— por las de «masa, molde, fuerza, meta». Y las de potencia-acto…, lo fueron por «creatividad,

infinidad, totalidad». Puede verlo el lector interesado en el tomo primero de la obra *Pasado, presente y porvenir de grandes nombres: Mitología, Teogonia, Teología, Filosofía, Ciencia, Técnica,* publicada en tres tomos por el Fondo de Cultura Económica, México, 1988-1992.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

A los tres años de filósofo siguieron los cuatro de teólogo. Igual advertencia: teólogo incluirá teología dogmática (según *Summa theologica* de santo Tomás, con comentarios), historia de religiones, de dogmas, estudios de las Escrituras en hebreo… Hacen su entrada solemne los grandes, grandiosos, conmovedores temas, cuestiones: de existencia de Dios (con sus pruebas), sus atributos, Trinidad, Jesucristo, sacramentos, postrimerías (Muerte, Juicio, Infierno, Gloria). Todos sentimos, sentí, que nos iba la vida íntegra, terrena y eterna. Temblaba (temblábamos) ante las cuestiones de Predestinación, Gracia, Concurso divino. Predestinado cada uno a cielo o a infierno, condenación. Gracia suficiente para todos, que no llegaba a serlo realmente, pues hacían falta otras gracias. ¿Cómo concurría Dios a nuestras acciones (buenas o malas): con concurso previo, simultáneo? —y otros puntos que no caben dentro de los límites de esta obra.

Referiré nada más algunos. Aún hoy en día me veo en la capilla del teologado arrodillado, asediado por la cuestión (la duda temerosa) de mi predestinación: ¿condenado al Infierno? Y recuerdo, conmovido aún, mi acto de sumisión absoluta al decreto divino sobre mí. Acepté mi condenación al Infierno, si tal era la voluntad divina. Pero había, como he dicho, en la capilla una de esas imágenes en estuco —con ribetes de oro, bien distribuidos— de la Virgen. Recordé que la devoción a la Virgen era leve garantía, de un cierto signo —aunque no absolutamente cierto—, de que uno no estaba condenado al infierno. (Al modo que, otros de otra confesión religiosa de aquellos mismos tiempos, el éxito en los negocios era signo, una cierta garantía, de salvación: ¡de estar «condenados» a salvarse!) Tal acto mío, decisivo, pasó brevemente. Tenía que volver a la sala de estudio que estaba en la pieza contigua a la capilla. No creo haberme

recordado jamás en toda mi vida posterior de tal acto de aceptación (posible) de mi condenación.

En mis años de filósofo compuse en honor de la Virgen unos versos en griego, estilo sáfico. Se publicaron en una revistilla que hacíamos en la sección. No los recuerdo. Pero ahora, en 1992, y con esta ocasión, me admiro de que ni yo cayera en cuenta —ni ninguno de los padres que nos dirigían—, de que tales versos, nada menos que del estilo de Safo, eran un insulto a la Virgen. Mis versos, seguramente malos en cuanto tales, retocados, fueran dignos de un Voltaire o un Anatole France.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Aparte de las lecturas de las obras teológicas, leíamos, o se leían en la capilla, obras como *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas* (1609), del padre Rodríguez, S.J. Obra escrita en un castellano perfecto, envidiable.

Pues bien, volviendo al tema. El contenido doctrinal del ejercicio lo escuchábamos, lo escuchaba —lo aguantábamos, lo aguantaba— hasta que llegaba el «se confirma lo dicho con algunos ejemplos», y venía el ejemplo. Los ejemplos más numerosos y sorprendentes eran los de los padres del desierto, los del *Flos sancionan.*… La mayor parte olvidados; pero uno sólo ha sobrevivido en mi memoria. Lo repetiré condensado, y sin la natural gracia y profundo significado de la redacción original del padre Rodríguez.

Había en el monasterio de benedictinos de Leyre (Navarra) un monje propenso a éxtasis. Por cualquier circunstancia caía en tal estado. Un día salió a pasear por el bosque que rodeaba el monasterio; oyó el canto de un pájaro, tan maravillosamente sonante, que cayó en éxtasis tal y tanto que duró (como se supo después) un siglo. Al despertar de él, el fraile se halló con raro bosque, casi sin vestidos, y allá lejos algo que parecía ser el monasterio. Se encaminó a él, y se presentó ante el portero, desconcertado, insistiendo en que era fraile. Le dio su nombre y el del abad. Consultados los archivos, se halló que, efectivamente, un fraile se había perdido hacía un siglo en el bosque, que era propenso a caer en éxtasis prolongados por cualquier circunstancia. El portero le dejó entrar. Pero el fraile vio todo tan extraño —vestidos, gestos, palabras, muros, celdas— que, de repente, cayó

en cuenta de que había caído en un mundo íntegramente nuevo, extraño, desconcertante, invivible para él; y de tal susto se murió.

Durante el curso, las lecturas se reducían, como es natural, a los libros u obras de la asignatura. Lecturas individuales para aprender la materia. Pero en vacaciones de verano —finales de junio a mitad de setiembre—, divididas en vacaciones completas y parciales, se nos leían en público algunas obras de literatura, sobre todo. Todos las escuchábamos encantados. Menciono algunas. *Quo Vadis?*, de Sienkievich; *Fabiola*, del cardenal Wiseman. Cuentos, historias… publicados en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, revista de los jesuitas. Se nos leían algunas. Recuerdo algo del P. Coloma: *Pequeñeces.* De autores no eclesiásticos, uno era Pereda: *Peñas arriba*, *El buey suelto…* En una de sus obras sale un personaje que no podía decir cuatro palabras sin que al menos una de ellas fuera de esas que terminan en «ajo»: pispajo, trastajo, cascajo… y, sobre todo, preferida, la palabrota que, convencionalmente, no se puede no tan sólo pronunciar, pero ni imprimir.

El padre que nos leía tal párrafo miraba para observar quiénes se ruborizaban, sonreían o daban alguna señal de saber cuál era la palabra impronunciable y que ellos estaban internamente pronunciando y sintiendo lo que ella significaba. Quedaban los tales clasificados como maliciosos o maleados. A vigilar. Entre los que no daban muestras de adivinarla estaba yo. Inocente. Y lo era realmente.

Pasarán muchos años antes de que sepa cuál era, qué significaba y con qué énfasis había que pronunciarla. No me interesaba, ni me interesó por el momento.

Pero no pensé —como lo hago ahora, a mis noventa años— que el padre no solamente sabía cuál era, sino que tenía o había ya tenido que pronunciarla con el énfasis y malicia correspondiente, para así poder juzgar de la comprensión, mente y sentimientos de los maliciosos.

Esto me hace *ahora* pensar —y acéptese como paréntesis y algún tanto prematuro de secuelas— en la distinción entre malicia y maldad.

Los griegos (clásicos) podían ser —y lo fueron a ratos, en actos, en acciones— malos y aun perversos, crueles: mas no eran maliciosos. La malicia es de origen y especialidad distintiva de los semitas. En el Paraíso

quedó vinculada, impregnada, la simple y sencilla maldad con pecado: con ofensa a una Persona divina, a Elohím. Faltaron Adán y Eva con malicia: sabían que ofendían a Elohím; que desobedecían a mandato dado personalmente a ellos, que habían ya comido del Árbol del Bien y del Mal; así que sabían qué eran Bien y Mal. Pecaron. Pecado original.

Yo me he sentido, y aún me siento, griego. Nunca he sido —y no lo soy aún— malicioso. Soy inocente. Habré y he faltado, en muchos puntos y graves. Mas nunca, ni ahora, me siento como malicioso. No creo, por tanto, haber pecado nunca. Y para mí pecado carece de sentido.

Los de mentalidad semita —séanlo o no filogenéticamente— están convencidos, por experiencia, de que hay pecado, de que lo cometen o han cometido, y están convencidos de que ofenden a Dios con ciertos actos. Mas, en realidad de verdad, son actos de megalomanía, de delirio de grandeza: creerse ser capaces, de haber actuado, y poder obrar nada menos que contra Dios. Sentirse, pues, en cierto grado divinos. Y Dios, sentirse ofendido y resentirse por ello con castigos desmesurados, crueles, perdurables eternamente, de generación en generación.

Adelantándome, respecto de la historia personal, muchos años más tarde José Bergamín —queridísimo amigo, maestro mío en asuntos sobre todo literarios, consejero sutil y discreto— me decía: «Juan David, conservas una dosis de inocencia, y aun de candidez, a pesar de tus muchos años». Me lo decía en Madrid. En 1981. A mis ochenta años.

Uno de los efectos de tal inocencia ha sido, y es aún, no saber pronunciar maliciosamente, las palabrotas; decirlas en alta voz, en ocasiones, con una desconcertante —para los semitas— naturalidad, cual sin darles importancia. Y con esa misma naturalidad, y aun cual si fueran una gracia, las usaré aquí, en estas mis CONFESIONES.

De mis lectores, los maliciosos las pronunciarán con el énfasis y malicia correspondientes. Mas los inocentes las leerán con naturalidad, cual gracias, y ridículas.

He de confesar que mis superiores me trataron siempre como inocente; les hacía gracia mi inocencia, a mis años, cada vez más, pero igual inocencia. Por otra parte, yo notaba tal benévola comprensión y usaba de

ella para obtener ciertos privilegios, mirados con envidia por los maliciosos, y amablemente por la mayor parte de mis compañeros.

Antes de seguir con este tema, terminaré con el iniciado acerca de las lecturas de vacaciones. Por uno de esos privilegios de mi inocencia, podía tomar, sin permiso —como los demás lo necesitaban— para leer, un libro no oficialmente permitido. Cayó en mis manos, curioseando en la biblioteca, *El túnel*, de Remarque. Bien diverso de toda obra piadosa. Leyéndolo advertí que había ciertas palabras tachadas. Pero el padre censor, lector él mismo, no había tachado la frase «Maldito Dios, si lo había, maldito el Destino».

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Entre los cargos que se repartían y alternaban de personas, estaba el de sacristán. En una oportunidad me cayó a mí. Tenía que preparar lo pertinente a misa, comunión, adorno del altar… La imagen de la Virgen era casi de tamaño natural, como he dicho anteriormente. Estaba yo ocupado en tales menesteres cuando se me acercó uno de mis compañeros y, en voz baja, me dijo: «Hágame el favor de meter en la manga de la Virgen este papelito. Contiene una urgente petición mía». Tomé el papelito y lo metí en la manga bien ancha de la Virgen. Me pareció todo ello natural.

Terminados estos quehaceres, volvía a la sala de estudios, contigua a la capilla.

Todas las obras de teología dogmática, de Sagrada Escritura… estaban escritas por teólogos creyentes en el pecado original, en la realidad de pecado. Maliciosos ellos, en realidad, mas no conscientemente. Podían ser hasta santos. La filosofía —o la que ellos pensaban que era la griega de Aristóteles— estaba maliciada, corregida, algo así como bautizada, purgada de errores.

Las lecciones de todo ello que teníamos que aprender las aprendía yo en brevísimo tiempo. Lo que me permitía dedicar lo restante, mucho, a esas materias no sometidas a la disyunción o condenación de buenas o malas, prohibidas o permitidas. Matemáticas —aritmética y geometría—, física natural y matematizada, cosmología… se rigen por la disyunción de

«verdad o falsedad», axiomas o teoremas, observación y/o experimento. Los nombres propios de sus autores —Platón, Aristóteles, Euclides, Arquímedes…— desaparecen, por insignificantes, en el cuerpo de la obra. Eso tan bíblico y malicioso: «“Yo soy el que Soy” quien ha creado, conserva el mundo, hace milagros, elige para sí un pueblo…», no tiene ni podía tener contrapartida en matemáticas, física, etc.: tal Yo —Pitágoras, Aristóteles, Euclides, Arquímedes… Newton…— desaparece, por sin sentido.

Me sentía griego clásico, sin explícitamente formularlo. Y aún ahora, a mis noventa años, me siento tal.

Para lo siguiente —sobre todo para lo referente a mi ordenación sacerdotal y años posteriores— ofrezco al lector unas consideraciones.

Para los maliciosos o maleados, una obra naturalmente mala está impregnada, intrínsecamente, de pecado, de malicia. No hay, ni puede ni debe haber, obras naturalmente malas. Todas son, en grados diversos pecado. Tampoco puede haber obras naturalmente buenas. Están impregnadas, intrínsecamente de gracia; son santas.

No hay bueno y malo naturales. Y afirmarlo está condenado como herético. Todo es o pecaminoso o santo. Es, tiene que ser y debe ser así.

No hay, pues, hombre natural u hombre inocente. Todos pecaron en Adán y Eva. Y todos están santificados por Jesucristo. Hasta los niños.

Como he dicho anteriormente, Bergamín notaba en mí, ya de ochenta años, dosis, erupción, temple de niño, de inocente, y aun de cándido.

Es propio del niño tratar todo en el tono, actitud, de juego. Y aunque parezca contradictorio: tomar en serio el juego. Todo: igual jugar con bolitas de barro que con perlas, igual jugaría con cubitos llenos de agua del mar que con cálices llenos de vino consagrado, si no hubiera más con qué jugar; jugar a ladrones lo mismo que a policías… Para él no tienen sentido ni la disyunción «verdadero o falso» ni la de «bueno o malo» ni la de «pecaminoso o santo». No toma él el juego como broma, burla, ni hace chistes sobre él. Lo toma en serio, sin hacerse el serio. Le es indiferente con qué juegue; tenga el valor o dignidad que tuviere para los mayores, es serio.

He insistido en esto porque, como he dicho según las palabras de Bergamín, a lo largo de mi vida —presenciada por él durante casi cincuenta

años— irrumpen en mí actos, palabras, obras de inocente, de niño. Y el lector lo presenciará en lo que de mi vida me queda por referir.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Doy por terminado el período de teologado (dogmático, escriturario): 1919-1923. En Cervera. Me (nos) trasladaron a Solsona, donde se cursaban Teología moral y Derecho canónico durante dos años. En una excursión al Pireneo me dio una hemoptisis grave. Unos meses para reponerme, y continuar los estudios. Mas el médico me advirtió —advirtió a mis superiores— que en todo lo restante de mi vida —y la tenía casi íntegra por delante a mis veinticuatro y veinticinco años— había de tener gran cuidado. Quedaba expuesto a bronquitis, pulmonía, neumonía que efectivamente me dieron. Hasta dos pulmonías, en 1947 y 1990. Y una neumonía en 1991. Y ahora padezco de enfisema.

Vuelvo al año dedicado a Teología moral, con Introducción al Derecho. En Teología moral entraba como centro lo concerniente al sexto mandamiento. Al sexo. Con la advertencia de san Alfonso María de Ligorio —según cuya obra de moral se dictaba y estudiábamos— «Materia delicadísima», expuesta a tentaciones.

Para mí carecía de interés, comparado con el de teología dogmática. Peligro de tentaciones, advertían el santo y los profesores y el director de conciencia. En aquel tiempo estábamos sometidos a los cuidados espirituales de un director de conciencia —al que había que declarar todo lo que nos pasaba: tentaciones, caídas, malos pensamientos…— y a la vigilancia de un confesor, al que había, claro está, que confesar sólo los pecados. El confesor estaba obligado al riguroso sigilo sacramental; mas no así el director, que podía aprovechar lo que se le declaraba para la disciplina y relaciones públicas. Su silencio era obligación de caballero, de consejero…

Dos obligaciones para nosotros. Lo de director —además de confesor— fue invención de los jesuitas. Con la introducción gradual del *Código de Derecho canónico* (1917) quedó suprimido lo de director de conciencia,

como obligación. Y efectivamente la mayoría de nosotros ya no dimos cuenta a nadie. Poco a poco se fue introduciendo tal práctica.

Para mí no tenía importancia —no me lo formulé expresamente. No tenía que confesar pecado grave alguno; ni dar cuenta de conciencia, por la misma razón. Era inocente, y aun cándido. Pero continué con las dos obligaciones, como si ya no lo fueran. Lo que fue muy apreciado por los correspondientes padres. Lo hice naturalmente, no por política consciente. Para un inocente no representaba ninguna molestia. Y adelantando un poco mis CONFESIONES, he de decir que, cuando en el año siguiente, el de la ordenación sacerdotal, de la que hablaré, se trató de la confesión general que se hacía ante y para tal acto de ordenación sacerdotal, noté, y lo advirtió mi confesor —confesor de todos—, que conservaba yo aún la inocencia bautismal.

Que lo sexual era un peligro de tentaciones y caídas constituía asunto de vigilancia constante de los padres encargados de todos nosotros: filósofos, teólogos. Así que desde 1917.

Entre nosotros había maleados, maliciosos que traían tal estado desde antes de entrar en religión. Conversaciones, contactos, cuentos, palabras… sexuales eran y están aún siendo materia natural —casi fisiológica— del estado social, externo, de las residencias religiosas.

Pero tales asuntos surgían de cuando en cuando, aun estando en religión algunos. Referiré un caso, rogando al lector excuse lo mal sonante, maloliente, del caso. Estaba hace años —en 1915 muchos años distante del moralista (1924-1925)— en la huerta del colegio con dos condiscípulos. De repente les dio por hablar de las clases de pedos. Yo me sonreía. No hablé. Desde siempre —acéptese el inciso— lo sexual ha tenido para mí un matiz de risible, de juego. Poco de serio. Uno de los dos tuvo remordimientos y se confesó al padre, y acusó al otro. Al día siguiente fueron expulsados los dos. A mí, por inocente, me conservaron.

Caso de vigilancia.

Pasaron muchos años. Hacia 1920 —de teólogo corrió por la residencia la noticia de que se había expulsado de un colegio a casi todos los alumnos, porque «habían convertido la sotana en faldas». Confieso que yo no entendí gran cosa de tal asunto. Lo entendería de moralista, en 1924.

Nuevo caso de vigilancia.

Desde, tal vez, postulante (1911-1917) y hasta 1920, de teólogo, un padre recorría los dormitorios por la noche y se lijaba dónde teníamos las manos. Había que tenerlas fuera de la colcha. En el dormitorio común cada uno estaba separado de los demás por cortinas corribles; durante el día, corridas. La separación se hacía más rigurosa en los llamados «lugares». Tabiques de madera, puertas cerrables; y durante ciertos actos, bien cerradas. No hace falta advertir que durante el día reinaba silencio absoluto, fuera de dos medias horas de recreo público: juegos, cual a la cuerda, gimnasia; conversaciones, de seguro inocentes. Lo de amistad estaba vigiladísimo. En un tablero especial se señalaban, y leían en público, con quiénes podía cada uno hablar: la tema con la cual también pasear en el tiempo de recreo. La amistad, tener amigos, resultaba físicamente imposible. Yo, todos, no hemos tenido amigos; ni sabido, experimentado, qué es amistad.

Yo no he tenido infancia —me llevaron al colegio religioso a los diez años. Ni juventud, desde tal entrada hasta los quince años en que ascendí desde postulante a novicio. A partir del noviciado —durante filosofado y teologado— no he tenido amigos que es ingrediente propio, esencial, imprescindible e insustituible para ser joven.

Me he encontrado siendo hombre a los veinticuatro años. De moralista.

Por todo ello el descubrimiento —a partir de 1938, año de mi ruptura violenta con la congregación de claretianos y con la religión católica— de lo que es tener amigos me ha rejuvenecido mental, sentimental y hasta literariamente: riqueza de palabras, frases, obras escritas, impresas, profesorado con alumnos jovenes.

Un poco tardíamente he conseguido tener pocos amigos, mas bastantes conocidos —por la apertura sentimental. Me han revivido. Y me parece, siento, la amistad como un milagro. Me siento joven, aun a mis noventa años. Quede como hilo suelto, por unas páginas, la afirmación de que el descubrimiento a los cuarenta años de lo que es mujer, resultó, me resultó, milagro, revelación, reviviscencia. Quede este hilo suelto que es, en verdad, madeja a devanar y a tejer en su momento.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Vuelvo a mis años de moralista. El aburrimiento, la sosería de la Teología moral, y sobre todo, del centramiento e importancia suprema, insistente del sexto mandamiento, la obsesión por el sexo, el femenino, los aguantaba por los estudios de matemáticas y física que, en particular, continuaba haciendo. Pero me eran insoportables las lecciones de clases y las lecturas obligatorias sobre la polución. Todo ello en vistas y preparación para confesar y dirigir los actos de los creyentes, sus consultas sobre licitud de ciertos actos, posiciones, palabras… Ya desde novicios nos decían que, de suyo, no era pecado mirar, tocar, rozar el propio cuerpo desnudo, pero era muy peligroso mirar curiosamente ciertas partes, tocarlas. Entre las asignaturas secundarias a la central y esencial de Filosofía, se hallaba una Historia natural, en castellano; una de cuyas partes estaba dedicada al cuerpo humano, con gráficos o dibujos. No creo que los hubiera del cuerpo de una mujer. Aun ciertas partes del cuerpo del hombre, del varón, estaban recubiertas de una hoja de cartón. Por supuesto no se hacía alusión alguna, menos explicación, de para qué servían, etc.

Los inocentes como yo, más quedábamos tan tranquilos, sin curiosidad alguna. Sólo los maleados, maliciosos, que de sus pueblos traían conocimientos, actos y palabras, podían rellenar de contenido y malicia, de tentaciones lo que en las figuras del texto veían.

No hace falta decir que si de lo de pedos no se hablaba, menos aún se hablaría de partes del cuerpo, de sus funciones… en recreos, en secreto.

No recuerdo con qué periodicidad había una reunión pública acerca de «Urbanidad y buenas maneras», dedicada a temas como comer, beber, policía corporal, palabras, comportamiento en los «lugares»… De actos más íntimos se los trataba individualmente con el director. Entre ellos los de polución —nocturna y de día, espontánea o procurada. Y el director nos —y a mí— daba las normas a seguir: cuáles poluciones deleitadas morosamente eran pecado grave; cuáles leve. De ello se trataba en teología moral, en las obras, especialmente, de san Alfonso. Y se nos recomendaban, leer las de Escobar, Diana…, en que instruirnos en casos, actos, prácticas

pecaminosas a lo largo de la historia moral, desde el Antiguo Testamento. Para la guía de las almas, especialmente en el confesionario.

Los psicoanalistas y psiquiatras actuales hallarían materiales, casos extraordinarios, variadísimos, la mayoría históricamente reales, conocidos por la confesión sobre todo; mas otros fingidos por los moralistas mismos cual hipotéticos, posibles. El único inconveniente se halla en que todo está escrito en latín y en las obras del tipo *Teología moral.* Freud no fundó sus teorías en tal cantidad y calidad de datos.

Un inocente como yo tenía que oír y leer, y aprender, las clases de cópula: dimidiata, apositiva, sodomítica. Podían ser tema de exámenes futuros.

Un padre prefecto que, antes de entrar en la congregación, había sido pastor de cabras, dijo una vez que las salas de estudio y capilla común —de treinta, cuarenta o más estudiantes (filósofos y teólogos)— «olían a chotuno».

¿Policía corporal, baños? No puedo recordar haberme bañado al menos con alguna periodicidad, durante mis años de novicio, filósofo, teólogo. ¿Desnudo? El sólo mirar el propio cuerpo o tocarlo era peligroso (moralmente); ¿qué fuera bañarse? Y ni pensar en bañarnos en río.

Un tema y problema reservado, a tratar con el director —no con el confesor— era el de la colocación propia de los testículos. Era el padre director quien tomaba la iniciativa de la instrucción. Sin entrar en detalles de para qué servían tales órganos. A mí me la dio el director. Pero creo recordar que no le vi interés alguno. No he padecido jamás de obsesión sexual. Ni me han interesado los grandes, inmensos, tomos latinos sobre tales materias. Ni leer los casos aducidos, cual, diríamos ahora, leer obras pornográficas.

Qué sintieran, en estos asuntos, otros de mis condiscípulos, no lo sé. De ello ni hablar. Recuérdese el trato que se dio a aquellos dos.

Entre las lecciones que nos daban de teología moral, una fue la referente a las blasfemias. Los carreteros, nos decían, usan de blasfemias horrendas; si no, decían, las mulas o no arrancan o no van al paso debido. La fórmula de tales blasfemias no nos la decían. Los maliciados la sabían; los inocentes, como yo, la ignorábamos. Nos advertían que no las decían con

malicia teológica, sino como ruido especial y eficiente. Así que, al confesarlos, no meterles tal malicia. Reprenderlos burlonamente. Eso de hacerlo en el cielo es bien incómodo… Seguro que la fórmula de tal blasfemia debí yo oírla al herrero, en su fragua, al lado de mi casa, y a los arrieros que enviaban a herrar sus mulas y caballos.

La había yo empleado, sin malicia, en el caso del alma de Enriquito. Reléase el caso en página 10.

Sobre el Matrimonio, la teología moral se dilataba larga, pormenorizadamente —hasta me parecía, sin decírmelo explícitamente, complacientemente—, curiosamente, cual si pretendiera hacer indeseable el matrimonio, indeseable y vergonzoso, siempre inferior al estado de célibe. Que no nos apeteciera, tentara.

Y realmente no era, tal cual se presentaba en el tratado, ni apetecible, ni deseable.

A mí no me tentó, ni apeteció. Se me hizo aburrido, soso. Nos hacían leer, cual lectura apropiada al tema, El cantar de los cantares, de Salomón, traducido por fray Luis de León; y *La perfecta casada* del mismo.

Yo leía las palabras (versos) entre Esposa y Esposo. Nos decían que había de ser interpretado todo como si el Esposo fuera Jesucristo; y la Esposa, la Iglesia.

No acababa de entender aquello inicial —«Béseme de besos de su boca, porque buenos son tus amores más que el vino»— que decía la Esposa al Esposo: la Iglesia a Jesucristo. Y en su turno, el Esposo (Jesucristo) a la Esposa (la Iglesia): «Si no te lo sabes, ¡oh hermosa entre las mujeres!, salta y sigue por las pisadas del ganado, y apacentarás tus cabritos junto a las cabañas de los pastores». «A la yegua mía en el carro de Faraón te comparo, amiga mía», etc.

Que el matrimonio cristiano había de ser una imitación del matrimonio entre Jesucristo y la Iglesia, tal cual se lo canta en El cantar de los cantares, se me hacía ininteligible e indeseable, inapetecible y no tentador. Supongo que tuve paciencia para leerlo entero, pues era una obligación. Qué pensaran, sintieran, mis compañeros, no lo supe. Ni me interesó. Cumplirían, seguramente, con la obligación de su lectura.

Otra lectura obligatoria era la de *La perfecta casada* de fray Luis de León. Para mí tal «perfecta casada» se me hizo también ininteligible, indeseable, no tentadora para casarme con tal tipo de mujer. Leí la obra entera, pues está escrita con el estilo castellano castizo: delicioso a lengua y oído, de pronunciar y oír; delicioso a la mente, el seguir el curso del pensamiento sencillo, ni sutil ni riguroso; delicioso al sentimiento, por su tranquilidad y moderación; y delicioso al decurso, cual procesión religiosa o desfile civil.

Cierro este punto con la consideración: El cantar de los cantares está aguachinado, desvaído, por la interpretación Iglesia-esposa, Jesucristo-esposo. El texto mismo de la traducción de fray Luis, leído, cantado, es tentador; de un estado no matrimonial, natural, hebreo-egipcio. El matrimonio cristiano —tal cual se lo describe, por minuciosamente estudiado— resulta mediocre, soso, monótono.

En el Prólogo dice el prologuista de la edición: «Ha sido y sigue siendo cierto que casi todas las novias españolas reciben, entre los regalos nupciales, un librito admirable: *La perfecta casada*, del maestro fray Luis de León». Palabras escritas en 1927.

Si el marido se encuentra con que su esposa realiza, encarna, «la perfecta casada», según la Sagrada Escritura y fray Luis, tiene, sin más requilorios, que ponerle cuernos en la primera oportunidad ofrecida o buscada, o derecho a anular tal matrimonio. Y a su vez: si la novia lee que debe portarse como «la perfecta casada», renunciará a eso de «perfecta» en favor de ella misma y de su esposo.

De todas maneras, pues, tal matrimonio es psicológicamente nulo.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

No puedo decir, ni siquiera barruntar, lo que los maliciosos pensaran, sentirán, de tentaciones, deseos, propósitos al estudiar tal materia en el texto de Teología Moral de san Alfonso María de Ligorio con el detenimiento —sospechoso de sutil regode que el santo hace. Los maliciosos creyentes, en pecado original y sus secuelas.

No tengo a mano el texto del santo para calibrar, por el número de páginas, la importancia que da, respecto de los sacramentos, al de la Eucaristía al del Matrimonio.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

En el primer año de moralista, tras una excursión al Pirineo me dio una hemoptisis grave. Tuve que estar en reposo unos meses. Por cualquier movimiento brusco, sobre todo inclinación, podía repetirse el vómito de sangre. Al cabo de unos meses pude reanudar los estudios. Mas el médico advirtió a los superiores que mi pecho estaba, y estaría siempre, delicado. Nada de predicar. Dedicarme a la enseñanza, al estudio.

Ya desde el primer año de Moral se estudiaba el Derecho cánonico. Un año más dedicado a él. Al terminar se hacían exámenes para doctorado en Derecho. Obtenido el título, pasaba para su refrendo a la Universidad Pontificia de Tarragona. Allá debe encontrarse el mío.

Entre las asignaturas secundarias del moralistado se hallaba un curso de Economía. El texto estaba en latín. Leyéndolo encontré la distinción matemática entre serie aritmética y geométrica, aplicada a alimentación y población.

Al final de los dos años tenía lugar la ordenación sacerdotal. En tal acto, entre otras ceremonias, había que estar echados boca abajo. Todos los demás ordenandos cumplieron sin dificultad con ello; mas yo permanecí en pie. El obispo (catalán) le dijo al padre (que era su confesor): «¿Qué fà aquest?». Y el padre le explicó que, por enfermedad de pulmones, no podía, sin gran peligro, tomar tal postura. El obispo continuó con las ceremonias de la ordenación sacerdotal. Terminadas, quedé ordenado de sacerdote.

Al día siguiente celebramos, celebré, mi primera misa. Habían precedido, como es claro sin más, los ejercicios preparatorios: ceremonias de la misa, trato del Misal, del Breviario, vasos sagrados. Misas ficticias, centradas en la consagración del pan y del vino y comunión. La misa real podía celebrarse cumplida, serena y devotamente.

Celebréla, pues.

Unas consideraciones previas. Me es difícil recordar sentimientos. Es fácil recordar ideas, hechos que, hasta materialmente, pueden estar presentes en libros, fotos… ¿Qué sentí yo en mi primera misa? ¿Qué por pronunciar el prodigio, los prodigios, de convertir pan y vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, de Dios?

¿Estuvieron mis sentimientos a la altura, en el tono, de maravilloso y originalísimo taumaturgo que hasta a Dios —hasta a la Santísima Trinidad, inseparable de Jesucristo— obligaba a estar bajo las especias, sacramentales consagradas, por virtud de unas palabras mías pronunciadas, con poder adquirido por la consagración sacerdotal? Cantidad y calidad de prodigios respecto de los cuales todos los demás prodigios y milagros del Antiguo y Nuevo Testamento quedaban depuestos, rebajados, a preludios, signos de la Eucaristía.

Lo que puedo asegurar —no creo que mi memoria me sea tan descomunalmente infiel en este, no punto, sino acontecimiento universal, que hasta los ángeles tienen que reconocer y envidiar— es que estas consideraciones no me acudieron en la consagración. Y tampoco me habían acudido en las celebraciones ficticias. Ni en el estudio teológico.

Repito lo de que recordar sentimientos es una reviviscencia; los sentimientos viven; no viven las ideas, conceptos, teorías en cuanto tales. No me *sentí* taumaturgo de tales prodigios, aunque bien *sabía* por teología dogmática que lo eran, y superlativos, supremos. ¡Nunca vistos, oídos, sidos!

Ya he dicho anteriormente que no he tenido ni infancia ni juventud, ni amigos. Tiene, pues, sentido la frase: «estoy sentimentalmente seco». Me habían secado el alma, gradualmente, desde 1911 hasta 1925; desde postulante a sacerdote. No pongo en duda la buena voluntad de mis superiores. Todos ellos secos también sentimentalmente. La amabilidad de ellos y la mía no curaba la común sequedad.

De tal sequedad mía se resintió la celebración de mi primera misa y de todas las siguientes. Las consideraciones que acabo de hacer sobre los prodigios…, sobre el celebrante como maravilloso taumaturgo, no impregnaron, no deshelaron, mi sequedad sentimental. Lo cual no implica que no la celebrara, ella y las siguientes, con los sentimientos de devoción,

de reverencia, de humildad. El deber de celebrar misa todos los días, tener que hacerlo porque de ello dependía el estipendio —entrada económica de que todos vivíamos—, apuntar cuidadosamente las encomiendas de misas pagadas por los fieles en favor de las almas del purgatorio, todo ello, lejos de reblandecer la sequedad, la agravaba por la sequedad constitutiva de la economía, del dinero contante, sonante y apuntado.

Al cabo de unos meses de misa diaria, lo que la misa tema de maravilloso, de conmovedor, de novedad, degeneró en rutina, en hábito, costumbre, con vaga devoción. La duración de la misa se fue abreviando, respecto de la duración de la primera e inmediatamente siguientes. ¿A veinte minutos?

Así hasta 1938 en que, como relataré al llegar su oportunidad, rompí —por mí, ante mí, de mí— con mi condición de religioso.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Después de la ordenación, los ya reverendos padres eran transferidos a la residencia de Santo Domingo de Silos para la denominada Teología pastoral: aprender y ejercitarse en las actividades de pastores de almas: sermones, confesiones, administración de sacramentos, misiones, ejercicios espirituales a religiosas, seglares, liturgia… Función de predicador.

Yo no pasé a Santo Domingo porque el estado de mis pulmones excluía el ejercer de predicador. Fui, pues, destinado a profesor. De Solsona pasé a Cervera, donde, como expliqué, se cursaban los tres años de filosofado. Con el título general de Profesor de Metafísica, aunque explicaría las demás partes de la filosofía. Las clases eran en latín, como lo era el texto. Yo cumplía con tal requisito resumiendo el tema; mas, resumido en latín, daba a los estudiantes su contenido en castellano. Los superiores debieron aceptarlo, si no como tradicional, al menos como innovación admisible.

En un intermedio de las clases los estudiantes salían a la huerta para hacer gimnasia; yo los acompañaba y dirigía. La hacían con el recato impuesto por la sotana, lo que restringía el efecto de la gimnasia. Viéndolo, les dije: «No importa que se os vean los *pantalones*». Mencionar tal palabra

no mencionable causó tal risotada general que el padre prefecto acudió a ver qué había pasado. Lo vio, sonrió y desapareció.

Los inviernos de Solsona y Cervera, duros y largos, eran un peligro para mis pulmones. Mis superiores lo juzgaron así, y me trasladaron a Tarragona. Clima benévolo y cielo despejado. Al cabo de un año, dedicado a mis estudios de matemáticas y física, me sentí suficientemente fuerte para solicitar que me enviasen a Alemania para perfeccionarlos. Condescendieron amablemente y me enviaron a Munich donde la congregación tenía ya una Residencia. Pertenecía jurídicamente a la provincia de Aragón. Para tal viaje tuve que ir a Barcelona. Allí el Gobernador de la Provincia me expidió el pasaporte. Vestido de sotana, podía sin dificultad pasar por Francia y Alemania (Baviera), países católicos. Tampoco había dificultad para transitar por Suiza en donde todas las Ordenes y Congregaciones católicas podían libremente ejercer sus misiones —a excepción de los jesuitas.

Por tren —no había entonces otro medio de transporte— salí de Barcelona, llegué a Lyon y de allí a Ginebra. Descendiendo del tren, vi en la avenida empleados de los hoteles. Por las insignias me pareció que el hotel más barato y sencillo sería el Beau Rivage. Me hice conducir; pero, ¡oh sorpresa!, era hotel de lujo. Me quedé sólo aquella tarde y noche. Y a la mañana, tomé el tren para Munich, atravesando casi toda Suiza. Maravillas deslumbrantes de lagos, Alpes, bosques, ganados, cultivos, flores y limpieza. En la estación de Munich tenía que recogerme un padre de la misma congregación, coincidiendo con que era condiscípulo mío, de carrera; uno de aquellos cinco alemanes. Al llegar yo, no había él aún llegado. Por mi inexperiencia y timidez no me había atrevido, desde Lyon, a ir al restaurante del tren. Estaba muerto de hambre. Dentro de la estación compré empanadas, dulces…; iba tirando al suelo papeles y desperdicios. Un empleado debió notar que era extranjero; se me acercó y, con un gesto inequívoco, me señaló lo que yo había echado al suelo, y con otro me señaló en qué debía echarlo. Humildemente recogí todo lo del suelo y lo eché en su depósito. Jamás, en los meses de estancia en Alemania, me atreví a echar nada en el suelo. El sentimiento de limpieza material, allí y en Suiza, me hizo perder el descuido —tal vez muy español— en cuanto a

limpieza material. Me convencí —mejor, descubrí— que limpieza es una forma de pureza. Y que limpieza de cuerpo tiene mucho que ver, y enseñar, respecto de pureza de alma.

En esto llegó el padre y me llevó a la residencia. Estaba integrada por un padre superior, alemán, de alguna edad, dedicado a preparar una tesis doctoral ante la Facultad de Teología católica, dentro de la universidad. La tesis versaba sobre la mística en san Juan de la Cruz. Como el padre había hecho la carrera en España, dominaba perfectamente el castellano. Presentada la tesis, aprobada con mérito, podía ya ejercer en Alemania como director de Colegio, jurídicamente admitido, y con grados reconocidos por el Estado. De hecho ya funcionaba. Constituíamos una pequeña comunidad. Con reglamento. Cada uno en su celda. Nos levantábamos a las cuatro y media. En el cuarto del superior, reunidos, meditación de una hora. Nuestra residencia era parte de una Residencia general, en un edificio totalmente financiado por una entidad holandesa y alemana. Ésta, filial de la históricamente famosa «Hansa Heime», de Hamburgo, Lübeck… En el piso inferior se hallaba la capilla. Bajábamos, en la hora convenida, a decir la misa. Después del desayuno en el comedor, salíamos para la universidad, cada uno a sus clases. El padre alemán y yo, a las clases de matemáticas y física. Él, para sacar el título y poder enseñar. Yo, para formación personal y para el futuro de lo que conviniera en España. En las clases alemanas la manera de aplaudir al profesor era la de patear. Para suplir mi deficiencia en cuanto a entender el alemán y seguir las lecciones —la deficiencia mía y de los estudiantes no alemanes— los llamados «esclavos» (estudiantes pobres alemanes) tomaban taquigráficamente las clases, las transcribían y nos entregaban una copia (debidamente pasada). Así podíamos atender directamente al profesor, sin preocuparnos de hacer apuntes.

El padre alemán —llamémoslo P.D.— estudiaba sobre todo las lecciones que habían de servirle cuando hiciera de profesor de Gimnasio (Bachillerato). Yo seguía los cursos de matemáticas que complementaran lo que, más o menos desconectada y no rigurosamente, había estudiado en privado.

Tomé curso de álgebra con Perrone; de cálculo diferencial y, en su momento, de ecuaciones diferenciales con Tietze; de topología con Hartzogs. Y de física con Sommerfeld, el gran especialista en *Estructura del átomo y líneas espectrales.* Dio un curso de lecciones sobre Teoría de la Relatividad. *Teoría de las funciones reales,* con Constantin Caratheodory. Con el mismo, Termodinámica, en que era gran especialista.

Naturalmente, estas materias en diferentes semestres de los años 1928 a 1931.

Presentaba los ejercicios, por ejemplo, de álgebra. Y me hallaba con las notas: «todo falso» (alles falsch), tachadas páginas y más páginas; el signo de aprobado era una pequeña cuña en lo alto de la página. Así, sin contemplaciones. Aún recuerdo los problemas que me (nos) propusieron en álgebra: vgr. grupo de Galois, de una ecuación de tercer grado (señalada). No llegué a presentarla. Ecuaciones diferenciales de segundo orden como solución a un tambor cuyo contorno es octagonal. Tampoco llegué a presentarla.

Como evasión de lo científico iba a escuchar a Monseñor Grabmann, el gran especialista en filosofía medieval.

Terminado el tiempo de universidad, volvíamos a la Residencia; entre otras tareas, la de responder a los problemas. Rosario a las seis, en la habitación del superior.

Paréntesis musical

Era estudiante de Teología, desde 1921 a 1924. Contaré —contra lo que es natural a tal estudio— lo que me aconteció, sorprendió, de Música. Y no respecto de la gregoriana —lo que fuera también natural y casi debido— sino algo accidental, mas decisivo, para mi futura formación (¿vocación musical?).

En la residencia en que yo y otros muchos estudiantes nos hallábamos, interrumpiendo una de las clases, se presentaron dos músicos itinerantes que ejecutaron algunas *Danzas húngaras* de Brahms. No será menester decir que para mí y los demás eran desconocidos totales eso de *Danza* (casi palabra pecaminosa, vaga) y de Brahms. De un total de 12 *Danzas* nos

ofrecieron algunas. A cuatro manos. Cosa aún no vista. Además de las *Danzas* tocaron *La campanilla* de Liszt. Como es natural el virtuosismo (yo ignoraba tal nombre), habilidad ligereza desconcertaron y admiraron al mal pianista que yo era. Pero, más que nada, el contraste sonoroso y auditivo de *Danzas* y *Campanilla*, resaltaba con el ambiente sonoro habitual y propio de religiosos: canto gregoriano, misas de Perosi, motetes de Victoria. Por de pronto, todo ello quedó incuestionado; pasó a fondo, pues los estudios de teología eran absorbentes, cotidianos, durante años.

Aun hoy en día —9 de setiembre de 1991—, y anteriormente, me sorprendo cantando para mí, en voz baja, casi imaginativa, lo del canto gregoriano:

Adoro Te devote,
Latens Deitas,
Quae sub his figuris
Vere latitas.

Tibi se cor meum
Totum subjicit,
Quia Te contemplans
Totum deficit […]

O también cantando: *Ubi caritas est vera, Deus ibi est* […]

O también:

Veni Sante Spiritus,
Et emitte caelitus
Lucis tuae radium […]
Dulcis hospes animae,
Dulce refrigerium.
[…]
O lux beatissima,
Reple cordis intima […]

Todo esto me hace recordar el refrán clásico del primer vino que en un odre se vertiera. Lo posterior que en odre se vierta sabrá, olerá, al primer vino que en él se virtió.

En todo el tiempo que viví en Munich no fui a ningún museo de arte, y eso que se trataba de la Antike y neue Pinakothek, famosa por sus obras de arte. No me acudió ni pedir permiso al superior.

En las residencias de España teníamos en la puerta del cuarto una tablilla en que habíamos de señalar con una clavija dónde nos hallábamos en cada momento. Y eran los lugares permitidos: capilla, biblioteca, huerta… Igual en Munich: no había tablilla, mas teníamos que pedir permiso para ir a otras partes que la residencia. Se me concedió ir a ver el Deutsches Museum, famoso por incluir todo lo referente a ciencia y técnica en tamaño natural y en la forma en que sus inventores hicieron y presentaron sus inventos: aparatos… Así que se podían ver los experimentos más famosos y repetirlos, en tamaño natural: los de Galileo, Torricelli… Newton, Cavendish… La historia de los medios de transporte a través de los siglos: formas de locomotoras…; descender a las minas y ver sus aparatos típicos; observatorio astronómico, etc.

Salida natural de la residencia para asistir a las recepciones de la Embajada de España con ocasión de las fiestas nacionales. En uno de tales actos, en el Nymphenburg, residencia de la infanta Paz, entre la concurrencia de la colonia española estaba yo como único estudiante español; la Infanta amablemente me preguntó por mis estudios; al oír que pertenecía a la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María, me recordó que el Fundador, el padre Claret, fue el confesor de la reina, y la acompañó en su destierro en Francia, donde él mismo murió. Me presentó a monseñor Pacelli, nuncio apostólico de S.S. el papa. Él, el futuro papa (Pío XII).

Ya era bien conocido, entre otras cualidades, por su elegancia en el vestido y por su dominio perfecto del alemán; lo que, no muchos años más tarde, y siendo ya papa, le serviría en sus tratos con Hitler y nazis.

Por mi estado de salud, siempre delicado, permanecía en Munich de marzo a julio, o de setiembre a setiembre. Volvía a España de noviembre a

mano o de julio a setiembre. Evitando siempre los inviernos feroces. En uno de tales viajes, a través, claro está, de Suiza me hospedé en una casa de católicos. Me asignaron un cuarto. Pero, al salir el primer día, cerré el cuarto y me eché la llave al bolsillo. Al volver, la señora de la casa me recriminó por la falta de confianza en llevarme las llaves. En Suiza todo se dejaba abierto: confianza como ambiente nacional. Me sentí avergonzado y, como excusa, le dije que en España no éramos tan confiados y echábamos la llave a todo.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

La residencia general confinaba con el Jardín Inglés (Englischer Garlen), adonde paseábamos en el buen tiempo. En uno de esos paseos oí que ejecutaban en el piano algo tan maravillosamente sonoro, gracioso y alegre que despertó en mí, mal pianista, una vaga duda de si mi vocación era la de teólogo o la de músico. De duda a certeza, se verá más adelante en mis CONFESIONES. La obra musical era la obertura de *La flauta mágica* de Mozart, reducida a piano, para dos manos.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Un día en la clase noté que casi todos los estudiantes estaban mirando hacia la ventana de una casa sospechosa; en ella estaban unas mujeres haciendo señas y descubriéndose a los estudiantes, complacidos y divertidos. Yo no llegué a distinguir lo que pasaba, por mi habitual miopía. Pero el profesor cayó inmediatamente en cuenta. Mandó al estudiante que tenía enfrente a que cerrara la ventana y abriera la puerta. «Machen Sie das Fernster zu, die Thür öffnen», intraducibie con igual fuerza y brevedad que el alemán. Por mi inocencia, aún natural, no supe de qué se trataba. ¿Broma estudiantil? El profesor sonrió benévolamente, y la lección continuó.

Estaba yo sentado escribiendo una carta. Puse el sello al revés, distraído. Mas el estudiante que estaba a mi lado me preguntó maliciosamente: «¿Está usted enamorado?». Yo iba de sotana. Estábamos

en una nación preponderantemente católica: no lo entendía. Me dijo: «Es que los enamorados tienen aquí la costumbre, significativa, de poner en sus cartas el sello al revés».

Creo que yo era el único estudiante español. Los había hasta japoneses. Se enteró Sommerfeld y me llamó. Hablábamos en *hoch Deutsch* (no en bávaro, ininteligible e impronunciable para todos, aun para los alemanes). Me preguntó si tenía noticias de en qué estaba trabajando Catalán: «En líneas espectrales del átomo, como yo. Cuando usted vuelva tráigame noticias de él y de sus trabajos». No volví a Munich. Era el último año de estancia.

En una habitación propia en el edificio vivía, como supe, el Gauleiter, el jefe de los nazis en Baviera, en Munich. No recuerdo su nombre. Incidentalmente nos encontramos. Yo, como siempre, de sotana. Él, con las correspondientes insignias de jefe nazi. Hicimos no amistad, pero sí gran comprensión. Eramos los dos apasionados por la música. Un día me preguntó si yo era español. Le contesté que sí. Me dijo que era extraño que yo fuera alto, rubio y de ojos azules. Él se imaginaba al español pequeño, de tez oscura, ojos marrones, braquicéfalo. Le conté que una raza aria, los visigodos, habían mandado en España durante unos tres siglos, sobre un estrato social y biológico romano; éstos, a su vez, sobre el estrato mediterráneo, oscuro… Tres siglos de dominación absoluta, como entonces era de rigor natural, daba para que surgieran rubios con ojos azules y demás características arias. Arios eran los celtas del norte de España. Por España pasaron suevos, alanos, vándalos… Todos arios. No sé si llegó a convencerse. Continuamos nuestras conversaciones hasta mi partida para España. ¿Qué habrá sido de él? —me lo pregunto en 1991.

En 1929, antes de la vuelta a España, pasé por la librería para ver las últimas obras. Me hallé con la novísima edición de *Grundzüge der theoretischen Logik* (1928), de H. Hilbert y W. Ackermann. No conocía aún *Principia mathematica* de Russell-Whitehead, tres vols., 1910-1913. Obra monumental, si esta denominación se la aplica justicieramente a una obra impresa. La compré, y durante el largo viaje la estudié. Algo nuevo, originalísimo, respecto de la lógica aristotélico-tomista.

Ella me inspiró para componer, al cabo de bastantes años, *Introducción a la Lógica moderna*, Editorial Labor, Barcelona, 1936; *Introducció a la Logística* (dos tomos), Biblioteca Filosófica, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1934. Y mi tesis doctoral *Ensayo sobre la estructura lógico-genética de las ciencias físicas*, Barcelona, 1935, Tesis presentada en la Facultad de la Universidad Autónoma de Cataluña y aprobada con mérito.

Volví a España el 30. España aún oficialmente monárquica. Pero en circunstancias tan desfavorables políticamente que las elecciones en el 31, en abril, impusieron por voluntad nacional la Segunda República.

Dadas las tendencias, aún programas de la República, de laicismo —de revisar los privilegios de la Iglesia en cuestiones de educación, títulos, locales, monopolios académicos—, y la falta, por no exigencia de parte de las autoridades, de títulos nacionales, pensaron mis superiores que urgía revalidar mis estudios en el extranjero, según las normas oficiales. Hechos los trámites respectivos, con equidad respetuosa, pude presentar mi tesis doctoral en 1935.

En este año salieron a concurso las cátedras de filosofía en dos Universidades: Santiago de Compostela y Murcia.

Para prepararme a las oposiciones pasé a Madrid, viviendo, como era naturalmente obligatorio, en la residencia de la congregación, dedicado a los estudios apropiados a concurso universitario. Verificado éste en febrero del 36, quedé yo solo retirados los demás aspirantes. Elegí la cátedra de Santiago de Compostela. Desde 1931 tenía en la Universidad Autónoma el cargo de profesor encargado de los cursos de lógica y filosofía de las ciencias, asignaturas introducidas por mí, y admitidas por las autoridades universitarias. El Ministerio accedió a la petición de la Universidad de Barcelona de que terminara allí el curso, aparte de que tomara allí posesión y devengara el sueldo. En octubre tenía que asumir la cátedra de Santiago.

Pongo a continuación, resumidamente, toda la trayectoria de mi vida hasta 1937. El tema principal —vida espiritual— ocupará lugar apropiado. En Santander funcionaba en verano una universidad dedicada sobre todo a extranjeros. Local: el Palacio de la Magdalena, residencia de verano para los reyes.

Los datos siguientes adolecen de la dificultad —insuperable por el lugar en que escribo estas CONFESIONES: Quito— de precisar su exactitud. Pero no en cuanto a realidad.

Para contrapesar el laicismo de la República, especialmente el de la Institución Libre de Enseñanza, de gran influencia y prestigio por el personal y tipo de enseñanza, se fundó en Madrid —y aquí aparece mi falta de información nominal— un Centro de Estudios Universitarios; algo así, sin el título, como una Universidad católica. Programa y movimiento dirigidos por don Ángel Herrera (futuro cardenal). Inaugurado tal Centro, sacaron a oposición varias cátedras. Me presenté yo, con aprobación de mis superiores, a la de Lógica y Filosofía de las Ciencias. Y gané el concurso. Otra cátedra, la de Derecho, la ganó por oposición don Joaquín Ruiz Giménez. Desde entonces, una cordial amistad, irrompible a pesar o precisamente por, nuestras diferencias políticas —exilado republicano yo; él monárquico de larga historia familiar— posteriores al 36; y diferencias religiosas por culpa de mi conducta pública eclesiástica.

Así, inalterable, irrompible amistad, impregnada de afecto y respeto, siempre crecientes, desde que por decreto el Vaticano me redujo íntegramente al estado laical, en 1965. Desde mi regreso a España, en 1977, acogiéndome a la amnistía legalizada por las Cortes y refrendada por su majestad el rey —amnistía justiciera, generosa y respetuosa—, tras cuarenta años de exilio en diversas naciones de Hispanoamérica, nos hemos podido abrazar en Madrid, conversar largamente y comunicarnos nuestros proyectos: el suyo público, de Defensor del Pueblo —*Tribunus plebis*, de los romanos—; y el mío de escritor. No de profesor universitario, cual era mi título antes de la guerra, pues había cumplido setenta y seis años. Era, pues, un jubilado. Me propuso reintegrarme a la vida cultural de España. Lo he cumplido, creo, con la publicación de numerosas obras, conferencias y trato con colegas, bien pocos, de los que habían sobrevivido a los azares desde 1936 a 1977.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Retrocedo al año 1930. Dentro todavía de la congregación. Lo empleé para visitar la Universidad Católica de Lovaina e informarme del neotomismo, neoescolasticismo, promovidos por el cardenal Mercier. En especial para conocer el estado de la filosofía de las ciencias, particularmente los trabajos de Nyss, Renoirte… y las obras del P. Maréchal, S.J. De Lovaina viajé a Friburgo de Suiza, para impregnarme de la atmósfera teológica clásica; vivirla, al menos, por unos días. Los dominicos me hospedaron con generosidad fraternal.

En la universidad éramos solamente dos los españoles. Fr. Santiago Ramírez y yo. Él, gran teólogo, de la estirpe genuina de santo Tomás y Cayetano. Asistía yo atento y respetuoso a sus lecciones —naturalmente en latín. Versaban entonces sobre las virtudes. Tema que no era de mi predilección; ¡cómo hubiera deseado que hubiese sido sobre Dios, creación… gracia, predestinación!

En una visita a su celda le presenté —un poco confuso y temeroso— una obra que acababa yo de publicar en España: *De rebus metaphysice perfectis* (1930). Con el subtítulo: *secundum primum philosphiae principium.* Me prometió amablemente enterarse de ella. Salíamos frecuentemente a pasear los dos, y conversar en castellano de mil y mil cosas. Compraba naranjas, recuerdo remoto para él; y para mí inmediato.

Tras un paseo solitario mío, volvía al convento, cuando vi que se me acercaba una persona, vestida de seglar, quien, al notar que yo no reconocía quién era, me dijo: «Padre García, ¿no me reconoce?». Me fijé, y era Fr. Prümmer. Para sacarme de mi sorpresa me dijo: «Esta noche iré al cabaret más escandaloso de Friburgo para cerciorarme de los caracteres de las danzas, en especial, y de otros aspectos, a fin de que pueda dar juicio verídico de su moralidad. ¿Pecado mortal, venial? Y para que los confesores sepan a qué atenerse en las confesiones de los católicos que asistan a tal espectáculo y en tal local».

Fr. Prümmer era el gran moralista, teórico y práctico. Había publicado *Manuale Theologiae moralis* —el primer tomo en 1914.

Lejos de escandalizarme, me admiré de la serenidad, prudencia y rigor científico que tal conducta exigía a la Teología moral. Bien diferente de toda casuística.

Fr. Ramírez me invitó a su celda. Había leído mi obrita. Me hizo unas advertencias, de entre las cuales, como más adecuadas para mi formación teológica, selecciono dos: «El subtítulo —me dijo— indica que la obra está dirigida por el principio supremo de la filosofía, que es el de identidad. Se resiente la obra de idealismo lógico, estilo Hegel, y de su predilección, y aun enamoramiento, por la lógica moderna: formal, matemática, logística… Todo ello es un atentado contra la Teología revelada. Las personas divinas que en ella se revelan no serían, según su obra, Realidades perfectas.

»Aparte de esto: el latín y estilo de ella no son el latín y estilo teológico tradicional y adecuado. El latín está rehecho, inconsciente mas eficazmente, según lógica formal matemática.

»Mi consejo: escriba en castellano. Mi felicitación cordial por la seriedad e información con que está compuesta. Comparte usted conmigo la admiración por el cardenal Cayetano».

Nos despedimos; me despedí de la comunidad agradeciéndoles la hospitalidad generosa, fraternal.

Ya no me volvería a ver y hablar con Fr. Ramírez. Al fin de la guerra civil —convertida, pervertida en internacional— él fue nombrado presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid (1941). Distancia espacial, Madrid-Quito entre los dos.

Distanciamienlo espiritual: él constante en su estado y creencias. Yo, desertor de mi estado religioso; y en cuanto a ideas, heterodoxo.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Vuelvo a mi itinerario, dentro aún de mi estado religioso. 1936, mes de julio. De Friburgo me dirigía a Santander, como era mi obligación. Pensaba, desde Santander, hacer una visita formal a la Universidad de Santiago de Compostela, de la que era profesor titular. Y debía serlo real, a partir del mes de octubre. Entré en España por San Sebastián. Volvía allí después de unos treinta años. Me hospedé en el Hotel María Cristina. Me revivió la gana infantil por la sidra. Pedí para la comida una botella. Y bebí la mitad; mas, por mi inexperiencia, se me subió a la cabeza —ligera borrachera. Otra inexperiencia. Se me pasó pronto. Pero, ¡qué bien me supo ella y los

recuerdos! Al día siguiente salí para Santander. El curso de Filosofía de las ciencias, a mi cargo, tenía lugar en una residencia especial, reservada desde Madrid por influencia de la Universidad de Verano de la República. La nuestra dedicada sobre todo a los estudiantes católicos. Los días anteriores al 15, en que comenzaban los cursos, los empleé en cumplir ciertos deseos míos irrealizables anteriormente: visitar las cuevas rupestres de Santillana, además de la misma típica ciudad. Las visitas a las cuevas, para ver las famosas pinturas, estaban prohibidas. Estropeaban todo. Visité un buen número de pequeñas iglesias de estilo románico. Delicia de risita y recuerdos, frente a las góticas que estaba ya harto de ver, admirar y perderme en su magnitud y pretensiones teológicas.

Al volver a la residencia, conversaba con los demás profesores que venían a dar sus respectivos cursos. Algunos extranjeros; casi todos españoles. Con uno de éstos —cuyo nombre se evade pertinazmente de mis esfuerzos por recordarlo— discutía larga y doctamente sobre música. Sobre Schönberg y Strawinski. Él, en principio, por principios, en contra; yo, también en principio y por principios, a favor. Él era fraile; no puedo recordar de qué orden. Conveníamos los dos, sincera y auriculamente, en cantar a la par melodías gregorianas. He hablado de mi predilección por *Adoro Te devote… Ubi caritas est vera… Veni Sancte Spiritus…* Las cantábamos los dos al unísono, *mezzavoce*, ante la admiración silenciosa y curiosa de oyentes músicos, acostumbrados —en aquellos años de preeminencia de Schönberg y Strawinski— a atonalismo y lujo, casi lujuria, de instrumentos de percusión —*La consagración de la Primavera…*

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

En 1974 la Orden de Predicadores, a la que perteneció Fr. Tomás de Aquino, se propuso celebrar los setecientos años de su muerte y mostrar la influencia de su teología y filosofía en la cultura europea con un Congreso internacional. Internacional en doble sentido: geográfico, por abarcar todas las naciones; y espiritual, por aceptar amplísimamente toda clase de ideas: religiosas y laicas, católicas y protestantes, ya que en todas ejerció

influencia la teología de Fr. Tomás de Aquino, con su presencia literaria; influencia positivamente aceptada o negativamente impugnada.

En una frase: Homenaje universal a Fr. Tomás de Aquino. Santo y sabio. Teólogo y filósofo.

Para la preparación de un Congreso con tales características la Orden envió propagandistas a todas las naciones, con invitaciones personales a teólogos y filósofos notables, católicos o protestantes, dándoles a conocer el plan de tal Congreso. A Venezuela vino uno de ellos, Fr. L. Me visitó amablemente, recordando mi profesión anterior de teólogo y filósofo católico. Me traía una invitación personal del maestro general de la orden. En el escrito me recordaba los tiempos en que yo había colaborado con la Orden: los tiempos de Friburgo, colaboración en revistas de la Orden como el *Divus Thomas de Piacenza*… Esperaba, confiado, en mi asistencia. Por razones que no son del caso darlas aquí al pormenor, no fui a Nápoles donde se celebraba el Congreso. Pero envié la obra *De Ente et Essentia cum comentariis Cayetani* que, adelantándome a la fecha cronológicamente exacta, había traducido en del original latino al castellano y que había publicado en 1974 la Universidad Central de Venezuela. Remití ejemplares de la obra al Congreso, que otorgó un largo y benévolo aplauso.

No diré, porque no es verdad, que intentara con ello dar a la Orden una muestra de mi agradecimiento por aquellos inolvidables días de mi estancia en el Convento de Friburgo. Pero, en realidad, tal obra lo era. En mi opinión no se ha escrito obra de metafísica no sólo igual, menos aún superior a ella. Por su contenido, sugerencias, cuestiones decisivas: cual esencia-existencia, potencia-acto, individuación, sustancia-accidentes… Difícil de entender; mas provechosísimo, entendido. En contraste con las obras de filosofía tomista, manuales y textos oficiales, cual las de Forges-Barbedette, Gredt, san Severino, Zigliara, Liberatore…

Tal fue mi homenaje a Fr. Tomás de Aquino. Empleando una vez más la metáfora significativa del odre: la Filosofía y teología tomista fue el primer vino —filosófico y teológico— que en mi entendimiento y alma se vertió. Qué y cuánto de su aroma perdure en mis obras es punto tratado ya aquí. Sabrán —si no continuamente, sí de cuando en cuando— al sabor, al aroma del primer vino. Tal me ha pasado en estos cinco últimos años, porque he

estado dedicado a la música. Con el resultado impreso de *Filosofía de la música* (800 pp.).

A solas me he hallado dirigiendo canto gregoriano, con sus gestos típicos tal cual lo hacía de teólogo en la capilla de la residencia con un coro de cantores, y en las fiestas calendarias que exigían tal canto. Intercalándolo en lugar propio dentro de la *Misa* cantada, de Perosi…

Recuerdo, a propósito, que jamás en mis noventa años he soñado en música gregoriana; es decir: no la he oído como sueño, y menos con la fuerza, casi de alucinación, con que he oído otras obras musicales.

Cierro este recuerdo que recibirá debido complemento más tarde.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Tomás de Aquino *creyó* que Jesús había dicho las palabras «Esto es mi cuerpo» (refiriéndose al pan común que delante tenía) y «Esto es mi sangre» (señalando el vino de la cena pascual) en el sentido que la Iglesia daba a dichas palabras; a saber: el de una conversión sustancial o transustanciación.

El cardenal Cayetano, Tomás de Vío, el único comentarista genial de la *Suma* —colocado ya en el presente histórico de la Reforma, en que a la Iglesia se le exigieron los documentos y se impuso la revisión de los papeles o letra de las palabras tenidas por divinas—, confesará en sus comentarios a esta cuestión: «No aparece en los Evangelios necesidad alguna de que estas palabras se hayan de entender propiamente».

Tomás de Aquino trató de justificar la transustanciación diciendo: «Dios es acto infinito, por lo cual su acción se extiende a la naturaleza entera del ser. Así que puede hacer que toda la sustancia de un ente se convierta en toda la sustancia de otro» (*Suma*, 3.ª parte, 75, art. IV).

Comentando lo cual —y a esto se encaminaba lo anterior— Tomás de Vío dirá: «Aunque según potencia natural sea absurdo el que se pueda convertir ángel en piedra y al contrario, no lo es, sin embargo, según la potencia obediencial a la divina omnipotencia».

Y lo que aquí se ha dicho —es comentario de J.D.G.B.— vale de la conversión o transustanciación entre cualesquiera otras realidades, por

remotas que sean: hombre en diamante, diamante en hombre; hombre en pez, pez en hombre; sol en arena, arena en lluvia de oro…

Es claro, clarísimo por lo anterior, que al leer yo tales sentencias —dichas en serio, creídas en serio— me haya sentido desconcertado. Estaba en presencia de la destrucción de toda óntica y ontología: transustanciar cualquier ente en cualquier otro ente, sin pérdida alguna en realidad total. Conservación del Ser. Nada de aniquilación.

Con aplicación concreta personal: yo podría ser íntegramente convertido, transustanciado, en cualquier otro ente: persona, animal, planta. Hasta en Dios; cual Jesús de Nazaret lo fue en Jesucristo: hombre-dios.

La valentía y absoluta sinceridad de Tomás de Aquino y de Tomás de Vío me afecta aún hoy en día, 11 de septiembre de 1992. Me recuerda al estudiante de teología, sincero creyente, cándido filosofante —*teo-logía*— que fui, allá en 1921-1924.

Y añadiré que la valentía ontológica de los dos Tomases me es aún motivo de admiración e imitación. Sobre todo, oportunamente, por la mediocridad, sosera y monotonía de las obras de teología actuales en que se forma al clero y a los inocentes crédulos laicos. Y se nos impondrían a todos, si fuera posible —no es imposible, sino improbable— una nueva Inquisición, con este u otro nombre. Centro en Roma, delegación en España.

Mi admiración por Cayetano, casi mi envidia, se acrecen con un dato más.

El texto latino es largo y difícil. Prueba para la paciencia del lector.

> En Dios, en cuanto tal o en el orden real, hay una realidad que ni es puramente absoluta ni puramente relativa, ni mixta o compuesta o resultante de ambas, sino que eminentísima y formalmente está teniendo lo que es relativo, y hasta lo de muchas realidades respectivas, y lo que es absoluto. Así, en el orden formal o de razones formales en cuanto tales —y no sólo por lo que nosotros entendemos—, hay en Dios una única razón formal, ni puramente absoluta ni puramente relativa, ni puramente comunicable ni puramente incomunicable, sino que contiene eminentísima y formalmente todo lo que es de perfección absoluta y todo lo que exige la *Trinidad* respectiva.
>
> Y conviene el que sea así; porque conviene que a cualquier realidad simplicísima, que sea en cuanto a sí máximamente una, le corresponda una sola y adecuada razón formal. En otro caso no sería inteligible y una —por sí misma y primariamente— para cualquier entendimiento.
>
> […]

> Nos equivocamos tratando a Dios con lo de absoluto y respectivo, porque imaginamos que la distinción entre absoluto y respectivo es algo prior a la realidad divina. Y por consiguiente tiene ésta que caer en uno de los dos miembros; tal creemos; y, sin embargo, es todo lo contrario. Porque la realidad divina es prior a ser y a todas sus diferencias, porque está siendo *superser* y *superuno*.
>
> Porque, a la manera como en el sol todas las calidades inferiores no están diferenciadas y distintas entre sí, sino elevadas formalmente a esa única potencia que es el sol, muchísimo más «absoluto» y «respectivo» están elevados a una realidad y razón formal: la divina [Cayetano, *Comentarios* a la 1.ª parte, q. 39, art. 1].

Ni los teólogos profesionales del tiempo de Cayetano, ni los posteriores censores impugnaron la afirmación de Cayetano de que, en realidad, la Realidad divina es superior a la de la Trinidad; y que la distinción entre absoluto y respectivo, la de comunicable e incomunicable, son distinciones secundarias, reabsorbidas, elevadas a la propia Realidad divina. Al Uno. Realidad superser y superuno.

Según esto habría que reformar todo lo concerniente a la Trinidad, a Dios, a Teo-logía.

No impugnaron tal sentencia, porque tal vez ni leyeron el texto los teólogos contemporáneos, y menos aún los posteriores, y muchísimo menos los actuales. No son lectores de *Summa*, ni de su gran comentador, sino autores de *Súmmulas* de servicio privado, en mediocre latín. Privado, no para el público, ni en castellano.

Queda con lo dicho confirmada, tal creo, mi afirmación: fue choque descomunal, desconcertante que yo sentí, estudiante de teología, hacia 1921. Y ni aún a mis noventa tal comentario de Cayetano, releído, ha perdido toda la fuerza que sintió un teólogo novel en 1921.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

En el 36 estalló lo que venía preparándose desde años. No es tal tema —tragedia— propio de estas CONFESIONES. Como es natural, quedó interrumpido todo curso en las dos universidades. Profesores y estudiantes extranjeros, pasados unos días de expectativa, partieron a sus respectivas naciones. En Santander no pasó nada de lo que en Barcelona se rumoreaba había pasado y continuaba pasando. El gobernador puso a disposición de

los que pensaban ir a Burgos, a los dominios de Franco, un autobús que los llevara. En él se fueron casi todos los asistentes, profesores y alumnos de nuestra universidad. Creo que solamente yo me quedé. Estaba de corazón y mente de parte de la República, ya desde hacía años. Como era catedrático con título del Estado, no hubo dificultad, sino complacencia, en que yo, sacerdote, residiera en la Magdalena. No hay que decir que hasta esa fecha, antes de la declaración de guerra, iba —íbamos todos— vestido de traje talar. Pero ya desde el 1936 todos, padres y hermanos, teníamos traje de seglares, casas en que refugiarnos y una especial farmacia en que podíamos proveernos de dinero. Yo la tenía señalada.

Vuelvo a Santander. Dentro de la Magdalena continuaron los cursos. Asistí a varios. Amenizada la estancia con música: había entre los asistentes una célebre pianista y actores teatrales. De entre los profesores extranjeros, la mayoría regresó a sus naciones. Uno quedó: judío de raza, casado con una alemana rubia. Famoso ya por sus estudios y trabajos sobre vida e inmortalidad. Pasamos unos días a la expectativa todos. Aún no había tomado el levantamiento militar carácter definitivo: ¿insurrección, rebelión, pronunciamiento, una más de las guerras entre carlistas y monárquicos? Malhadadamente era advenimiento de todo un régimen dictatorial, militar y civil, militar y falangista; más italianos, nazis y marroquíes. Todos bajo el mandato de Franco jefe absoluto. La Magdalena se dispersó.

Vuelvo a mi caso: yo quería volver a Barcelona, a mi universidad y, aunque peligrosísimo, a mi comunidad. Tal me lo dijo el Gobernador, al revisar mi pasaporte en que constaba mi condición de catedrático. Para llegar a Barcelona no quedaba más camino que por Francia. Navarra estaba de parte del Movimiento, Mola mandaba en Navarra. Las líneas de guerra por Aragón… estaban vagamente delineadas. Me dirigí a Bilbao donde tenía grandes amigos vascos. Yo navarro, de Pamplona, nacido en un apartamento de la Plaza del Castillo. Entre otros detalles recuerdo, perdón, haber comido unas angulas tan exquisitas que aún hoy el recuerdo verbal me sabe a ellas. Me enteraron de que al día siguiente salía para Francia un barco en que volvían a Alemania unos camiones Diesel. Los demás pasajeros se colocaron en las cabinas; yo me aposenté en uno de los camiones. Merced a los muelles potentes, en los movimientos violentos que

sufría el barco, por el mar movido del golfo de Vizcaya, oscilaba rítmica y suavemente mi camión. Pude dormir tranquilamente, sin mareo, acunado. Los demás se marearon. Desembarqué en Hendaya. Era el 16 de agosto. Un mes de revolución y guerra. Se hallaban en Hendaya un grupo de falangistas, ellos y ellas, enloquecidos de placer por haber salido de España, y sobre todo por las noticias del triunfo del Movimiento y de la Falange. No me hablé con ellos. Pasé desapercibido. Al día siguiente partí para Barcelona, por el sur de Francia. Llegué a Puigcerdá, puerto de entrada. Estaba Puigcerdá, como supe más tarde, dominada por un cojo famoso por su crueldad. Le presenté mi pasaporte. Vi que estaba sorprendido de que yo hubiera entrado en España en aquellas circunstancias. Le expliqué que venía a ponerme, como era mi obligación, a disposición de las autoridades de la República y reintegrarme a mis deberes universitarios. Era el cojo, anarquista, de los anarquistas aragoneses —los típicos, los de la CNT: Confederación nacional del trabajo, en lucha entonces con el partido socialista sobre quién mandaría en Barcelona. El partido comunista era minoritario.

Llegué a Barcelona y lo primero que hice fue ir a la universidad. Estaba desierta de profesores y estudiantes. Se habían apoderado de ella los bedeles. El bedel de la puerta me miró incrédulo. Me había visto casi todos los días vestido de sotana. Subí a ver al rector. Me miró por detrás. «Por suerte —me dijo— no tienes la tonsura. No sabes dónde te has metido. Todos te conocen de sacerdote y religioso. Basta con que uno de los bedeles te haya visto, para que te entregue al sindicato y sin más requilorios te fusilen, como lo han hecho con tantos religiosos. Para los de CNT y UGT el clero es franquista; han encontrado en los conventos y residencias armas, municiones, datos de espionaje en favor de los militares y de los fascistas. Si no todo es la verdad exacta, lo es con grandísima probabilidad.

Vete a esconder; que no te vean en compañía de sacerdotes correligionarios —aunque parezcan disfrazados de seglares. Te comprometerían y los comprometerías. Y me indicó un hotelito, lejos de la universidad. En él me alojé y no en la casa designada para mí por los superiores. Comenzaba a tomarme la libertad en un detalle; me la tomaría íntegra en su momento. Me acosté, aunque no del todo tranquilo. En efecto,

llamaron a mi puerta. Pensé: ¡Ya llegó la hora! Dije: «¡Adelante!». Vieron que no era yo el que buscaban, sino al que le tocaba un tumo de vigilancia. Se excusaron. El rector comunicó mi llegada y residencia a un colega mío, gran amigo, catalán de apellido ilustre por generaciones —actualmente él y su familia, tras la muerte de Franco, y sobrevivientes de los maltratos sufridos, personalmente y universitariamente (destituidos), ocupa, ocupan, altísimos cargos digna y eficientemente. Me indicó una pensión. Me sacaba las nóminas de la universidad para que, sin ir, firmara yo, y él cobraba en mi nombre, arrostrando el peligro de cómplice con el clero. Me alojé en la pensión. No sólo modesta, sino lujosa. Segura políticamente. En ella estaba hospedado el comandante o general republicano de Barcelona con su esposa. No venía a la pensión; al menos yo no lo vi nunca. Pero sí, días y días, a su esposa. Me presenté como profesor universitario y le refería brevemente mi viaje y detalles prudentes.

Era el mes de agosto, con sus calores casi insoportables. Por la noche salíamos al balcón. Una noche coincidimos yo y la señora del comandante, en el balcón. Nadie más. En un momento de la conversación se le cayó el rosario. Lo recogí inmediatamente y se lo entregué. Vi que estaba asustadísima. Le dije: «No se preocupe, señora. El rosario no puede hacerle mal. Tal vez hasta le ayude a la paz del alma, en estas circunstancias». Se calmó y continuamos hablando no recuerdo sobre qué.

Para llenar tantas horas de inacción universitaria —no digamos además religiosa— iba algunas a la Biblioteca del Institut d’Estudis Catalans. En él tenía grandes amigos; me habían publicado los dos tomos de Logística, de que hablé. Otras horas las pasaba en la playa de Sitges; recuerdo que estaba estudiando detenidamente el texto griego de la *Metafísica* de Aristóteles, en la edición de Oxford. Pero con todo ello la vida me resultaba insoportable por monótona y falta de perspectivas.

Leyendo el diario vi que se anunciaban obras de teatro, a cargo de una compañía de actores perteneciente a CNT. Como era casi una necesidad vital tener un carnet de alguna entidad admitida y poderosa, cual UGT o CNT, solicité uno de la CNT, que, viendo mi pasaporte, encantados de tener en ella todo un catedrático, me lo dieron especial. Iba con la compañía al teatro. Entrada para mí gratuita, y complacidísimos por mi asistencia. Al

final de la representación se cantaba *La Internacional*. Cantada, cada uno se retiraba a su residencia. Con tales credenciales podía pasearme por la ciudad casi sin peligro. Y con oportunidad de encontrarme con alguno de los supervivientes.

Todavía a mitades de agosto, tras el primer mes de barbaridades, entre otras las padecidas por los religiosos —sus residencias quemadas, las iglesias aún humeantes—, en las calles caballos muertos…, la gente para evitar sospechas o persecución se refugiaba largas horas en los cines. Fui a uno de ellos. Daban una película, no recuerdo título, en que hacía de estrella Fred Astaire con… No había visto tal clase de películas: bailables, besos, actrices —estrellas o comparsa— casi desnudas, sin rubor alguno por lo que exhibían ante un público curioso, excitado. Comencé a notar qué era belleza femenina. Notar, sentir en mi cuerpo y alma su potencia. Tentaciones desconocidas. Las que constaban en los manuales y aun en obras grandes de Teología moral eran tentaciones abstractas, anémicas, vagos deseos, vagas imaginaciones de célibes.

Pero todo ello era menos real que el trato con artistas de teatro. Bellas, en diversos grados; desenvueltas, con desenvoltura natural, en conversaciones, recitación de papeles, entreactos… Me miraban sin reparo o malicia; las miraba yo también, ya, poco a poco, con inocente naturalidad. En verdad no me había tratado con mujeres desde mis once años: las de mi familia —madre, hermanastras, en casa u otras en las calles— me eran indiferentes; no las veía o trataba como personas del otro sexo. Noté que algunas mujeres, en el teatro o en las calles, me miraban de una manera extraña, curiosa, insinuante (de no sé —sabía— qué). Aunque en los tratados de Teología moral y de casualística se hablaba de prostitutas, y aun en obras como *El Quijote* leíamos, leía, palabras como «puta», «hideputa» eran casi como «abracadabra». Meras palabras. Ni siquiera tentación verbal. Ni imaginativa. La significación real de la palabra «puta», la peculiarísima tentación que de ellas emanaba en miradas y palabras, lo comenzaba a entender y sentir en aquellas tardes y calles de Barcelona, en revolución, guerra.

Mi inexperiencia, o inocencia (ignorancia) me defendió. Sonreía y no hacía caso. Viéndolo, ellas se apartaban, no sé si despreciándome por

altanero o tonto; ¿por marica? En mi pensión me puse a pensar. Recordé haber leído en *El Quijote* —por supuesto, sin haber entendido entonces de qué se trataba en realidad— la escena referida en el capítulo III (parte primera): cómo se armó don Quijote Caballero. «Don Quijote le preguntó [a la buena señora que le ciñó la espada] cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón, natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don*, y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes».

En el capítulo II se dice: «Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido […]». Cervantes no las llama putas. Acabo de transcribir con qué respeto, no fingido, sino sincero, las trata: de doña Tolosa y doña Molinera.

Aún estaría en Barcelona unos días. ¿No habría de tratar a las putas como don Quijote, que las elevaba a doñas no fingida, sino realmente, a lo caballeroso? Si alguna se me hacía encontradiza, ¿no debería invitarla a un bar y tratarla con dignidad —se extrañase ella de ello o no, acostumbrada a otros tratos—, haciéndola sentirse, al menos por un rato, señora?

Consciente de mi inexperiencia o inocencia y notando, extrañado de mí mismo, que me sentía caballero español por primera vez —bien diferente de sentirme sacerdote, religioso, misionero—, no quise ponerme en ocasión, en tentación tales.

Pero no pude evitarme la pregunta: ¿no nos estará dando don Quijote —Cervantes— una lección difícil de aprender y más aún de practicar en el trato con esa clase de mujeres del partido, que sin remedio, por ahora, andan en ventas, castillos, servicios domésticos, de criadas? Sin llegar a

extremo de cambiarles de nombre, siempre es posible tratarlas dignamente, caballerosamente, urbanamente. Y que se sientan ellas, al menos por un rato, señoras.

Y he de confesar que yo me siento caballero español, estilo don Quijote, en el trato que he dado a todas ellas: a las que me han servido de criadas o servido en bares, restaurantes, vendedoras en comercios, autoservicios o simples barrenderas en ellos.

Paseando, paseando y dando rienda suelta a recuerdos, me acudió el de que yo tenía un amigo, dueño de un buen gimnasio. Me estaban conviniendo ejercicios físicos. Fui a visitarlo y a practicar bajo su dirección. Así varios días. Recorriendo el establecimiento vi que tenía un pequeño salón dedicado a limpiar botas. Tuve de repente la idea —no calificaré de genial; no pasaba de genialidad— de que podía ser lugar y actitud convenientes para avisar a padres y hermanos de que había un lugar seguro en que confesarse y consultar. Les expliqué en qué consistía, dirección… Se sentaban en el sillón e iban diciéndome lo que creyeran conveniente, confesión sacramental o no; yo les oía, y mientras tanto limpiábales las botas o calzado. Terminaba la sesión con absolución o consejo. Podían volverse tranquilos de conciencia a sus respectivas, ocultas, residencias.

No sé cuántas veces, y a cuántos, practiqué tal oficio de «limpiabotas». Pocos serían, pues estaba tratando de salir lo antes posible de España.

Leyendo el diario vi que había en Barcelona una delegación vasca para coordinar planes y decisiones. La presidía don Manuel de Irujo; gran amigo mío. Fui a visitarlo. Se sorprendió y encantó de verme. Me dijo: Juan David, vienes a tiempo; estábamos tratando de fundar en Bilbao una universidad vasca. Desconcertados: ¿con qué personal vasco, sobre todo, y con títulos? Tú vienes cual llovido del cielo. Yo arreglaré con las autoridades de la República y de Cataluña el que viajes a París. A nuestra delegación. Allí te dirán cuándo has de partir a Bilbao. Te encargarías de la Facultad de Filosofía y Letras. En efecto, al cabo de unos días, salía por avión (de la TECOERE). Al aeropuerto me acompañaron amigos de CNT, de los del teatro.

Pasé la noche en un hotelito. A la mañana, tomé el tren para París. Al llegar me dirigí a la residencia de nuestra congregación. Se alegraron

grandemente al verme sano y salvo, tras los terribles horrores padecidos por nuestros padres y hermanos, supervivientes de los primeros días. Estado de nuestras residencias, etc. Me proveyeron de sotana, manteo… zapatos… breviario, escapularios. Breviario precioso, cantos dorados. Edición última de la casa especializada en tales materias: la Desclée. Pude decir la misa tranquilamente en adelante y acomodarme en lo demás según el reglamento de nuestras casas. Comunicaron inmediatamente a Roma mi llegada. De Roma respondieron que me trasladara a Roma.

Llegué a Roma, repetí con más detalles, según nuevas preguntas, lo dicho ya en París. Como no los había hecho, ni podía hacerlos, me mandaron que hiciera los Ejercicios espirituales del año. Una semana de silencio absoluto y de meditación rigurosa. Terminada, el superior general me envió al cardenal presidente de la *congregación* encargada de los asuntos de los religiosos, de todas las órdenes, sociedades, congregaciones: régimen, disciplina, estudios, bienes, etc. (Canon 251). Coincidía el que el cardenal que presidía la *congregación* pertenecía a nuestra congregación. Era un claretiano. Era el Emmo. Arcadio Larraona. Vasco como yo. Pero con una diferencia, entre otras, decisiva. Era tenido como santo por su vida y costumbres. El prefecto nos hacía a los teólogos grandes elogios del padre Arcadio Larraona; entre ellos el del *motto o* lema que había adoptado para su vida: «Ser tan santo que no parezca hombre, y tan hombre que no parezca santo». Se alegró al verme personalmente. Antes de mi enfermedad, estaba ya ordenado que fuera yo a Roma y a las órdenes del cardenal. Repuesto de la enfermedad podía trabajar a sus órdenes y en sus proyectos. Me presenté, y me dijo: «Primero tiene usted que revalidar su título de doctor por la Universidad Pontificia de Tarragona y adquirir tal título en la Universidad Gregoriana. Eso le llevará unos dos años. Mientras tanto, vaya enterándose del funcionamiento de esta *congregación* y de la revista que en latín publico, como asunto privado: *Comentarii pro Religiosis*». Al cabo de pocos días estaba suficientemente enterado de cuál sería mi destino, tal vez para toda mi vida.

Volví a hablar con el superior general. Lo era el reverendísimo padre Maroto (no recuerdo su nombre completo), afamado canonista, autor de una obra que utilizábamos los moralistas en Solsona. Y una vez más la memoria

me flaquea, y no puedo recordar el título completo. Pero aparte de eminencia en cánones, era de una tal amabilidad y comprensión humana que me impresionó, y las experimenté en la conversación que tuve con él, después de mis impresiones en la *congregación.* Le dije que sinceramente no tenía vocación de jurista y curial, y que me permitiera seguir lo que sentía cual mi vocación y dotes: la lógica y filosofía de las ciencias. Ir a Gottinga para, con la dirección de Hilbert, perfeccionar mis conocimientos de lógica matemática. Me dijo que no era canónicamente posible. No había en Gottinga residencia de la congregación, como la había en Munich. Espontáneamente me indicó que pasara a París. En el Instituto católico y en la universidad oficial encontraría profesores y otras Instituciones en que perfeccionar lógica y filosofía de las ciencias. «Esta decisión mía la comunicaré al superior de nuestra residencia en París». Arreglados así mis asuntos, me despedí tanto de su Emma. el cardenal, como de los superiores de Roma, agradeciéndoles su espléndida y fraternal hospitalidad.

Salí, pues, para París. Estábamos ya en 1937. En ese año tenía lugar en París la Exposición universal. Universal en doble sentido: todas las naciones y todos los dominios de la cultura y civilización. Con tal ocasión se celebraban Congresos internacionales de todo: Filosofía, Lógica, Filosofía de las ciencias que eran los que a mí me interesaban. Cada nación tenía su propio pabellón en que exhibir lo que creyera conveniente. Franco y la parte de España en que mandaba no estaban aún reconocidos: él como jefe de Estado, y sus dominios como nación. Así que no podía tener pabellón.

En el pabellón español oficial, el de la República, se encomendó a Picasso la sección de pintura. Efectivamente, para ella se puso a pintar el posteriormente tan famoso y discutido *Guernika.* En la Embajada española estaba de ministro consejero el diplomático de carrera y reconocido literato José Carner, quien además presidía la sección de propaganda. Como es natural, mi congregación —en París o en Roma— no sabía nada de mis simpatías por la República, de mi colaboración con la Embajada en la sección de propaganda. Y menos aún de mi estado espiritual íntimo y decisivo. Más tarde, hacia 1938, se enterarían, porque se lo comuniqué. Punto a tratar más adelante.

En tal sección estaba José Bergamín, con otros. En ella colaboraban profesores, literatos… republicanos, y yo entre ellos. Pepe, mi gran amigo, tuvo la idea de que tal vez a su gran amigo Picasso le interesaría hacer el retrato de un filósofo. Picasso aceptó, curioso e intrigado. Me lo comunicó Pepe y se fijó un día para la entrevista. Pero yo dije que no aceptaba el que hiciera a un filósofo platónico como yo, convencido y consecuente, un retrato. Según Platón, el hombre auténtico —así que el filósofo auténtico— está existiendo en un mundo supracelestial. Está, por decirlo así, siendo hombre en estado de diamante, con dotes de cuerpo glorioso, bienaventurado. Eterno. Inmortal. Diamante y carbón no son cuerpos distintos, aunque sus apariencias, sus eídoses y propiedades sean opuestas y, al parecer natural, contrarias. La verdad es que diamante y carbón son nada más estados de una misma realidad: del cuerpo atómico del carbono. «Así que, Pepe, excusa éste mi pedantismo con que quiero declarar por qué no puedo aceptar que Picasso haga de mí un retrato. Éste sería imitación de una imitación, silueta de una ya silueta, sombra de una sombra que ya lo es. Antiplatónico y ridículo». Pepe sonrió. No sé si internamente se reiría de mis escrúpulos de filósofo platónico que me impidieron tener un retrato pintado por todo un Picasso.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

En el pabellón general de la Exposición había una sala destinada a libros de todas las materias: artísticas, literarias, técnicas…; libros compuestos por autores republicanos o partidarios o afectos a nuestra causa. No había muchos libros de autores republicanos, a causa de la guerra. Y en número menor las obras sobre filosofía. En la mesa que exhibía sobre ella estaban los dos tomos de *Logística* y la *Introducción a la Lógica Moderna*. Para toda la sala había una sola secretaria. Como supe más tarde, era una rusa blanca, de Ucrania, judía de raza. Se llamaba Nina Reyzin. Me vio curioseando los libros. Me preguntó si conocía al autor y si estaba en el Congreso de Filosofía. Le respondí que yo era el autor y estaba allí para el Congreso, aunque mi residencia habitual era Barcelona, y en ella mi cargo el de profesor de Lógica de la Universidad Autónoma. Yo había perdido ya

aquella mi timidez ante las mujeres que me impedía hasta el mirarlas. Y las miraba casi de reojo. Y hasta me atrevía ya a mirar directa, aunque discretamente, a las bellas. Nina era realmente bella. Además descubrí, agradabilísimamente sorprendido, el poder que sobre mí ejercía, mandaba, la belleza femenina —la masculina ni me interesó ni tentó jamás. No podía prever que, al cabo de no muchos años, hacia 1942, una bella, bellísima, tendría el poder no sólo de hacerse admirar sino aun de amar y ser amado por ella, atropellando —sin dudas ni consideraciones— votos religiosos, prejuicios sociales y miramientos políticos.

Al cabo de unos días volví a la exposición de libros y, naturalmente, a la sección dedicada a los de lógica. Nina me vio y vino. No sé de qué profundo hontanar de caballero español galante me acudió decir a Nina: «Veo que el color de los tomos está desvaído, descolorido. Como el sol descolora los colores naturales de las cosas, ¿su mirada no habrá descolorido (fané) el de mi obra?». Quedé yo mismo espantado de la audacia de tal requiebro. Con mi historia anterior ¿qué iba yo a saber de tales finuras de miradas y expresión? Nina sonrió, yo sonreí, creo que un poco ruborizado. Quedamos de amigos. Al cabo de unos días volví a la exposición. Estaba Nina en su puesto. Nos saludamos y yo le pregunté si le gustaría ver una película española, no recuerdo cuál era el título, de gran éxito, en el cinema (no recuerdo cuál). Aceptó y convinimos en los detalles pertinentes. En la película hacía de actriz central una gitana; bailaba con tal gracia y aun desenvoltura, castañeando, cantando, que era de admirar y de sentir no sé qué entrañable emoción. En un pasaje de la película cantaba:

¡Ay! que me digas que sí,
¡Ay! que me digas que no…

Salió Nina encantada, entusiasmada. Mas yo le dije: «De seguro que usted ha visto en su tierra y en París espectáculos superiores. En la película ha visto solamente una muestra de nuestro folklore. Y no la suprema. Las circunstancias de la guerra no dan para más». La acompañé a su casa. Nos despedimos con un ¡*au revoir*!

No sabía que nunca más la volvería a ver.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Con ocasión de la Exposición universal se reunía en París gran número de congresos: Congreso Internacional de Filosofía, y otros que no vale la pena de especificar. En la sesión inaugural estaba presente el presidente de la Nación y ministros. El discurso de orden lo pronunció Paul Valéry, eminente académico, literato, gran conocedor de Descartes. Se celebraba en el Congreso el tercer centenario de la publicación del *Discurso del Método.* Paul Valéry nos mostró documental, históricamente, la decisiva influencia de tal obra sobre el porvenir de la filosofía moderna. (Cierro aquí este punto, sin importancia para mis CONFESIONES).

En el Congreso Internacional de Filosofía había, entre las diversas partes de ella —Metafísica, Psicología…—, una de Lógica. El Congreso duraba cinco días. El programa indicaba, para cada lugar, día y hora, qué sección o secciones intervenían. En él se leían las ponencias enviadas al Congreso. Se las discutía. En el día señalado para ponencias sobre lógica, se leyó, por su ponente, la ponencia con título «Importanda fundamental y decisiva de la lógica aristotélica para la lógica formal actual». El ponente era Tomás Greenwood, inglés canadiense, profesor en un College de Londres de cuyo nombre no puedo acordarme.

Leída, me acerque a hablar con él. Le dije que estaba plenamente de acuerdo con sus tesis, que yo había desarrollado en mis dos obras *Logística* e *Introducción a la Lógica Moderna*, publicadas en 1934 y 1936.

«¿Así que usted es —me dijo entusiasmado y sorprendido— David García? Su obra *Introducción* la adquirí en Panamá, y sobre ella versó mi ponencia. Estalló la guerra civil en España y temí que usted en Barcelona debió correr peligros mortales. Encantado de verlo aquí y honrado con su presencia». Quedamos en vernos más tarde para intercambiar ideas, proyectos. Al encontrarnos me dijo: «Se ha constituido en Inglaterra una Asociación para ayudar a los profesores españoles republicanos, cuando la guerra les obligue a emigrar. Me temo —añadió— que, dado el decurso de la guerra, va a ser muy pronto. Hacia primeros de 1938. Llegado el momento, la Asociación hace al profesor un préstamo de honor, de 14

(creo) libras esterlinas, a devolver cuando se halle establecido». Le dije que yo deseaba tal aporte y sus condiciones. Me prometió arreglarlo a su vuelta a Londres.

«Otro punto —continuó diciéndome—: supongo que usted no se quedará en Europa, sino que emigrará a la América Latina. E irá en barco inglés. Yo tengo muy buenos amigos de capitanes de ellos. Puedo proporcionarle una carta de presentación al capitán del barco en que usted vaya. Comuníquemelo cuando lo tenga decidido».

Recibí las 14 libras esterlinas. Acusé recibo. Y mi agradecimiento. Enumero las posibilidades que tenía para emigrar a América: primera, a México. Su presidente el General Lázaro Cárdenas era gran amigo de la República. En México residía el Gobierno legítimo, único reconocido oficialmente. Reconocido, aunque a partir de 1955 la España nacionalista, Franco, fue casi umversalmente reconocida, aun por los anteriores gobiernos favorables a la República. Por todos menos por México, aun después de muerto Franco. Así que podía ir a México, seguro de que hallaría trabajo en la universidad, Casa de España, etc.

Segunda: ir a la Universidad de Tucumán (Argentina). Quedaba vacante la Cátedra de Filosofía por haber renunciado a ella el profesor Manuel García Morente. Me admitirían.

Tercera: ir a Estados Unidos. Alonso Church me acababa de escribir que podía ir a Stanford, con contrato de dos años. El primero para perfeccionar mi inglés. El segundo para mostrar mis conocimientos de lógica actuales y posibles. Church conocía todas mis obras sobre Lógica *Logística, Introducción…* Había fundado el *Journal of Symbolic Logic* en que constaban mis obras como únicas en lengua española y originales. En la misma carta me indicaba que en Quito estaban buscando un profesor de lógica y filosofía de las ciencias para la Facultad de Filosofía, recién fundada, y para el Instituto Tecnológico. Estábamos ya en los primeros meses de 1938. No me determiné aún qué posibilidad elegiría. Naturalmente en mi comunidad nada sabían de mis intenciones y proyectos. Continuaba con mis cursos. Y vida normal.

Un día apareció en la residencia el Provincial de mi jurisdicción, el Rmo. B.J. de G., quien me tenía, desde años, gran afecto. Venía de Madrid

con el encargo del ministro de Instrucción Pública, Sr. Ibáñez Martín, de que deseaba que pasara yo a Madrid. Por haber emigrado gran número de profesores universitarios republicanos, había muchas vacantes de profesores y falta de orientación en filosofía y materias adjuntas. Yo habría de tomar el cargo de remediar tales deficiencias. Rogaba que me decidiera lo antes posible, antes del curso, en octubre. El provincial me preguntó qué me parecía tal propuesta. Le contesté que yo estaba estudiando en París por decisión del superior General. Él era el que tenía que decidir. Y obedecería su decisión. Escribió a Roma. De Roma respondieron que aceptase el cargo y pasara a Madrid lo antes posible.

Estaba haciendo en París dos cursos en el Institut Henry Poincaré. Los terminaría y haría los exámenes, para obtener las notas y el título. Era cuestión de meses. Todo esto lo comuniqué también al superior de mi comunidad. Y por él lo supieron los demás.

Era, pues, cuestión urgente decidirme. Estaba determinado a ir a América, desertando de mi Congregación, y de la Iglesia si era menester. Me decidí por Quito. Lo mejor para mis delicados pulmones. Era realmente todo un sanatorio suizo.

Con los datos proporcionados por Church respecto de la universidad e instituto, me presenté en la Embajada del Ecuador. El embajador estaba ya encargado de la búsqueda de profesor para la universidad… Y se encantó de la oferta que le hacía de ir yo. Él arreglaría todo. Como efectivamente lo hizo, e iba comunicándome el proceso.

En el mes de setiembre se reanudaban en Madrid las actividades, suspendidas por los calores extremados de julio y agosto. Comuniqué al superior mi decisión de ir a Madrid. Un día, después de la comida, al mediodía, me arrodillé y pedí perdón a la comunidad por los malos ejemplos que había dado, a la vez que agradecía su fraternal y generosa hospitalidad. Todos nos retiramos a hacer la consabida y española siesta. Subí a mi celda, me despojé de la sotana, la colgué en el armario; me vestí íntegramente de seglar, cogí mi maleta, bajé; pero en vez de pasar por la portería, salí por la iglesia. Me hallé en la calle. Me sentí libre, por primera vez en mi vida. Me encaminé a la modesta pensión que había reservado. En setiembre se reanudaban todas las actividades. Yo continué dando lecciones

de castellano. Tenía que vivir ya a mi costa. Pensión, necesidades diarias. Las horas libres las empleaba en ordenar mis apuntes y notas de las asignaturas que había seguido; reflexionar sobre mis planes. Ratos en la Biblioteca Nacional… En fecha calculada de noviembre, me dirigí al puerto de embarque: Le Havre. Llevaba mi maleta y dos cajones de libros que mis amigos de Barcelona habían podido salvar de mi biblioteca en la universidad. Como tenía todos los requisitos legales para mi salida, entré directamente al barco. Allí, a mi camarote. Los cajones los depositaron en la bodega. Dormí con tranquilidad de cuerpo y alma. A la mañana, fui a ver al Capitán. Le entregué la carta que para él traía de parte de Greenwood. La leyó; se felicitó cortésmente de tener a tan ilustre profesor en su barco. Me preguntó en qué calidad venía. Respondí que en la de turista. Me dijo que me colocaría en clase distinguida. Se lo agradecí cordialmente. Mientras navegamos en climas de invierno, vivíamos todos en las salas calientes, dotadas de todas las clases de entretenimientos: juegos, bar, música, lecturas…; y salíamos a cubierta sólo para pasear, si hacía tiempo aceptable. Pasando días y días, llegamos a aguas tibias, después a calientes. Deliciosas. Podía pasar en cubierta horas y más horas, echado en hamaca. Lo primero que hice fue un recorrido detallado de mis residencias. A partir de 1911: Borja-Alagón-Cervera-Solsona-Barcelona-Cervera-(Barcelona-París-Roma-París)-Barcelona-Munich-Barcelona-Munich-(Santander-Bilbao-Barcelona)-París. Prescindiendo por un momento de lo puesto en paréntesis, en lo demás me hospedaba siempre, y debía hacerlo y lo hice, en las residencias de mi congregación. Con el reglamento estricto que he indicado, igual en todas. Lo incluido en paréntesis indica que en tales lugares no había, por la guerra, posibilidad de vivir en comunidad que no existía, y era peligroso verme con mis compañeros.

En total: había estado frecuentemente buscando una palabra que diera cuenta de mi situación. De repente, me acudió la justa: había estado «secuestrado» progresivamente desde 1911 a 1938. Secuestrado psicosomáticamente: de cuerpo y alma; de entendimiento, secuestrado por dogmas; la voluntad, por normas, preceptos, votos; secuestrado literariamente, por tener que estudiar y hablar casi siempre en latín mediocre, soso, como he dicho.

Esa especie de comunidad internacional que se establece, casi naturalmente, entre los viajeros, facilitaba las presentaciones entre todos. Cada uno se presentaba a sí mismo. Entre los muchos a que me presenté o se me presentaron hubo uno que me dijo: «En París, en el cinema, lo vi a usted acompañado de una bellísima dama judía, como yo; su familia, grandes amigos míos. Intenté, sin resultado, convencerle de que emigrasen a tiempo», lo antes posible. No acababan de percibir el peligro. Más aún, no creían en él. Me temo que los nazis llevaron a toda la familia a un campo de concentración. Allí debieron morir, según los procedimientos que posteriormente se descubrieron. Viene aquí una judía, estrella del cinema alemán. Huida a tiempo. El judío debió desembarcar en alguna parada. No venía al Ecuador.

En el barco se organizó una solemne fiesta. Los hombres, de smoking. Era la oportunidad de estrenar yo el mío, que había comprado en París. Me sentí, por primera vez —¡tantas primeras veces y en tantos casos!—, vestido como señor. El traje talar no viste; oculta el cuerpo. No se ajusta al individuo. Hace a casi todos iguales de apariencia. Y se pretende que sea así. Que nadie tiente a nadie. Temor fundado a la homosexualidad.

En la fiesta se bailaba a placer, largo y tendido. Naturalmente yo no sabía bailar. ¿Cuándo y dónde haberlo aprendido? ¿En París, un poco de matute? No estaba para ello. Y costaba dinero. Me contenté con mirar, sin envidia y sin deseos. Por suerte, ninguna dama me hizo caso. La comida, exquisita; las bebidas, a voluntad. Algo debí beber y, por no acostumbrado, se me subió a la cabeza. Tuve que retirarme a mi camarote. Dormí plácidamente y creo que sin ensueños.

Durante la travesía tenía que reflexionar sobre lo más importante: mi estado espiritual. Dicho sea en una frase: había perdido la fe. No se pierde la fe, no la perdí yo, por un acto de reniego, como algún cristiano pudiera y pudo perderla ante el pretor diciendo que había perdido la fe en Cristo. Así evitaba el ser perseguido, atormentado y muerto. Y le daba el pretor el correspondiente documento. Claro, yo no la perdí por el tipo de reniego ante ninguna autoridad. La perdí, se pierde, de la manera más sutil e inconsciente que voy a describir, tal como la recuerdo a mis 91 años.

Los rayos del sol van deshaciendo lentamente la neblina matinal que envolvía las cosas sensibles y las hacía aparecer con perfil vago, suficientemente para distinguir árbol de hombre, piedra de río… Y definía aun así el perfil, el eidos, de Hombre y alguna de sus propiedades, el de árbol… el de cielo, el de nubes… Todo un mundo. Mentalmente han vivido y viven tantos y tantos hombres dentro y a través de una niebla mental: conceptos vagos, normas vagas, deseos vagos…; y, no obstante, reconocen qué es real o no real: hombre, dios, Jesucristo, Iglesia, creación del mundo… Es decir: han hecho toda una teología dogmática, moral, *Summa theologica*, astronomía, geografía, aritmética, geometría… Pero, a medida y cuenta que se inventaban matemáticas superiores, álgebra, geometría analítica, cálculo infinitesimal… y esos sentidos nuevos que son los aparatos —plano inclinado, péndulo, anteojos astronómicos, relojes, computadoras manuales—, una ciencia química en vez de alquimia, una ciencia astronómica en lugar de astrología, una ciencia geográfica en lugar de las geografías fantásticas de los elementales mapas usados para viajes, incursiones, guerras, delimitaciones de naciones…; todo esto visto en neblina mental desaparece gradualmente, inconscientemente, sin intentos de asesinato o negación definida —sin herejías, cismas…—, conforme los rayos mentales de matemáticas deshacen esa neblina vaguedad que les parecía a los hombres del medievo y anteriores el colmo de la perfección mental, científica, astronómica…, y no pasaba de visto, pensado, sido todo, dentro de una neblina mental, sentimental, literaria.

El hombre del Renacimiento ha perdido la fe sin proponérselo, cual el sol deshace la neblina matinal. Son —naturalmente, espontánea y no maliciosamente— incrédulos.

A medida que yo iba adquiriendo la mentalidad matemática, en privado, ya en mis tiempos de teólogo, y sobre todo en Munich, me hallé naturalmente —sin renegación explícita y brutal— incrédulo. Había perdido la fe, la fe religiosa. Era realmente un pagano.

Exteriomente cumplía con mi profesión religiosa. Pero estaba dentro de un mundo en neblina. Dentro de él, Antiguo y Nuevo Testamento —personas, acontecimientos, palabras, obras— les parecían a tantos y tantos hombres, por millones, el estado natural, propio, perfecto para todo: moral,

religión, economía, política… Pero no caían en cuenta de que la técnica, la ciencia matemática, cual potentes rayos, iban deshaciendo su fe. Y todos ellos, sin confesárselo, estaban siendo incrédulos. Estaban perdiendo la fe.

El cumplimiento perfecto de mis obligaciones como religioso y sacerdote no lo desvirtuaba mi estado mental. Observaba las fórmulas y ritos prescritos. Todo resultaba jurídicamente correcto. Misa, sacramentos administrados: confesión, comunión… Desde siempre, por decirlo así, han separado y distinguido la Iglesia y la sociedad entre corrección de los actos y estado mental, íntimo, del administrante. No es hipocresía; es dualidad. Así, en mi caso, hasta 1938. En mi viaje, el primero en mi vida, cesó todo: hipocresía y dualidad. Como incrédulo, sin hacer ostentación de ello, continuaré, y continúo, siendo y portándome.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Llegamos a Panamá; atravesamos el canal; salimos al Pacífico hasta el puerto de Salinas. Y desembarqué definitivamente en América. Al día siguiente, en un trenecito de vía estrecha llegué a Guayaquil. Fui a visitar al gobernador. Me recibió con cortesía, a tono con su actitud de gran caballero. Había recibido ya informes sobre mi venida. Le enseñé la carta que traía para el Sr. presidente de parte de su hijo, el embajador en París. Sonrió el gobernador, y me dijo: «Ya no es presidente». Me quedé unos días en Guayaquil para conocer la ciudad, sus alrededores, sus problemas… Ciudad para mí extraña y bien diversa de las que conocía en Europa. Emprendí la subida a Quito. Desde el nivel del mar a dos mil ochocientos metros. Al llegar me hospedé en el Hotel Mayestic, el mejor de Quito. Me dio una taquicardia desaforada y temerosa. Me la curaron fácilmente. Era experiencia corriente.

Pasadas las fiestas de Navidad, fui a la universidad a saludar al Decano de la Facultad de Filosofía y Letras; quedó encantado de verme, y yo de él. Fue uno de mis primeros y mejores amigos. Subimos al Rectorado, hallamos al rector. Presentaciones amables a pesar de lo convencional. Se fijó el día, hora, lugar de la inauguración, dentro de la Facultad, de la sección de Filosofía, para la cual había sido yo contratado. Llegados día,

hora, lugar, y después de la presentación elogiosa que de mis méritos y persona hizo el Decano, yo pronuncié el discurso inaugural. No viene al caso de mis CONFESIONES repetirlo ni entero ni en resumen. Dése por dicho todo ello. El auditorio estaba compuesto por profesores, estudiantes y numeroso público, curioso de ver al profesor español y de qué manera sería su discurso. Como es natural, conforme progresaba en serio el curso fue disminuyendo el número, y quedaron profesor, alumnos y algunos profesores.

Nada especial sucedió durante el curso, de meses, que valga la pena relatar aquí. Todo lo normal y consuetudinario en una universidad.

En un Instituto de Segunda Enseñanza, el Mejía —el mejor y de mayor renombre en Quito—, di un cursillo de tres lecciones sobre Filosofía. Gustaron tanto que, aparte de los emolumentos establecidos para cursillos, los profesores, por ocurrencia de uno de ellos, el llamado *El Condesillo* —su nombre propio era, como supe mas tarde, Eduardo Orbe Egas—, me quisieron regalar, a lo torero, una oreja de oro. Claro está que no vi tal oreja. En el Mejía habían cursado dos mexicanos que llegarían a ser literatos de universal nombradía Carlos Fuentes y Octavio Paz.

El Condesillo llegó a ser uno de mis mejores y más divertidos amigos. Referiré un caso típico.

Estaba yo por entonces de novio de la que me hacía la ilusión de que llegaría a ser mi esposa. Ilusión, una de esas palabras con auréola o atmósfera —cual las de Verdad, Bondad, Belleza, Justicia…— radiante, transparente, mediante la cual se ven las cosas vulgares como distinguidas; y las distinguidas, como divinas. Volvía al centro de Quito después de haber pasado la tarde en la residencia de mi novia —mansión magnífica en todos los aspectos. Y no era ilusión. Tomé el tranvía que pasaba delante de la casa y me dejaba cerca de mi residencia. En una parada subieron al tranvía dos personas. Una, El Condesillo; la otra venía, se conocía, algún tanto bebida. Me saludó El Condesillo: «Buenas noches, Maestro». «Buenas noches» —le contesté. Mas el compañero le dijo: «¿Te has fijado en que lleva guantes, y gato con guantes no caza ratones?». «Cállate» —le dijo El Condesillo. Mas al cabo de unos segundos su compañero añadió: «Ese amigo tuyo debe ser diplomático pobre, de segunda mano. No tiene auto y ha de ir en

tranvía». A la parada siguiente bajaron los dos. A la mañana vino a verme El Condesillo, a pedirme disculpas por las impertinencias de su amigo. Yo le respondí: «¿Disculpas?; dale mil gracias; jamás me habían dicho algo tan gracioso y a punto de mi situación».

Se celebraba el día de México, en la Cámara de diputados. El orador, panegirista, ponderaba: «México, luz de América. México, abanderado de la libertad. México, modelo universal de democracia…». El orador calló un momento. Lo aprovechó uno de las barras populares y gritó: «¡Viva México, caraxo!». Se interrumpió la sesión parlamentaria entre risotadas.

Me retrotraigo a los primeros días de mi estancia en Quito. Iba algunas tardes a un cine colocado en un pasaje de estilo moderno; tiendas variadas de forma y mercancías, las más raras, con lo actual y lo pasado, lo español y europeo con lo indio. El pasaje lo era entre la calle que daba a la Universidad y la Venezuela. Había en él limpiabotas, librerías, peluquería… Unos guambritos (muchachitos), al verme, me decían: «Mister Cónsul, ¿un taxi?». No les hacía caso. Al cabo de unos días volví al pasaje no sé para qué. Y los guambritos, al verme, repitieron: «Mister Cónsul ¿un taxi?». Me encolericé ya, y les grité: «¡Carajo!, no soy ni inglés ni cónsul». Iba saliendo, pero escuché que decían: «El señor *ha sabido ser* español».

Del Hotel Mayestic me trasladé a la pensión Aguirre, muy buena, sin ser lujosa. Colocada cerca de la universidad. Ya se había difundido la noticia de que yo, profesor, había llegado a Quito. Vinieron a saludarme profesores, jóvenes estudiantes: de ellos, algunos iban a ir a Francia a estudiar en diversas carreras; eran los de familias pudientes; los demás estudiaban en el Colegio de Segunda Enseñanza dirigido por los jesuitas. Pasarían posteriormente a la universidad. Tenían, pues, interés en conocerme; y yo en conocerlos para ir formándome un concepto de la sociedad en la que tenía que trabajar durante los cuatro años de mi contrato.

Entre los que se me presentaron, uno, al parecer tres o cuatro años menor de edad que yo, se me presentó dándome su nombre: Alfredo Gangotena. Me dijo que al quedar libre de más visitas quería hablar conmigo larga y sinceramente. Efectivamente, me dijo: «Yo me eduqué durante muchos años en Francia, en París, y obtuve el título de ingeniero de minas. Pero mi vocación es la de poeta. Y he vuelto a mi patria y tierra. Soy

hombre rico. Poseo en un pueblo cercano a Quito, en Puembo, una gran hacienda a la que tendré el gusto de invitarle. Pero de más detalles de mi vida le hablaré en su oportunidad. Lo que ahora quiero decirle es que tengo en mi casa un departamentito vacío. Lo pongo a su disposición. Le agradecería cordialmente que viniera a establecerse en él. Podríamos hablar de tantos asuntos que verá nos son comunes y escuchar música en la salita adjunta. Yo vivo en otra parte de mi casa. Como verá, es de estilo colonial, dos patios, jardines… Allí podremos comer juntos, con mi familia. Estarán encantados».

Acepté complacido y agradecido. Cómoda y honrosa solución al problema de alojamiento. Comenzamos nuestras tertulias. Echados en alfombras de alpaca, deliciosas al tacto. Los dos sentados a lo budista. Escuchábamos música rusa y francesa. Eran los años de estrecha colaboración de Rusia y Estados Unidos, contra Hitler. El día en que los nazis entraron a París, lloramos de rabia impotente. Escuchábamos a Shostakovich, a Debussy. Y volvíamos a nuestros problemas. Graciosamente decía Alfredo que tenía que cambiar su título de ingeniero de minas por el de ingeniero de tierra, por agrónomo y agricultor. Durante el día atendía a sus negocios. Yo, a los de la universidad e instituto pedagógico. Por la noche reanudábamos nuestras charlas y conciertos. Por sus extensos y serios conocimientos de matemáticas superiores la conversación recaía sobre nuestros estudios en París. Nos eran comunes profesores e instituciones: Henry Poincaré, Paihlevé, Borel, Lebesque… Él había conocido, y aun tratado con cierta familiaridad, al duque de Broglie, quien le había dedicado un ejemplar de sus obras sobre física atómica, sobre su interpretación ondulatoria, principio de indeterminación… El duque percibía la formación matemática de Alfredo. De ahí el paternal afecto para con él. Alfredo se enorgullecía, justamente. Yo le contaba de mis estudios matemáticos y físicos en Munich. Sus conocimientos de matemáticas eran superiores a los míos. Yo tenía que pasar de aficionado técnico. Mi trato con Sommerfeld, de lo que hablé en la página 42, era, por decirlo así, el paralelo con el suyo respecto del duque; teníamos material para largas y sutiles conversaciones, días y días. Según el temple diario. Mas el poeta reclamaba sus derechos contra el oficio de agrimensor: la vocación contra el oficio.

Alfredo había conseguido en París uno de los poquísimos ejemplares del poema de Mallarmé *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard*, publicado en Cosmopolis, en 1914. Y que el mismo Mallarmé no consiguió en vida ver. Era todo un tesoro. Para mí fue una revelación y provocación. A la que no resistí: publiqué en 1985 una obra, *Necesidad y azar. Parménides y Mallarmé*, cumpliendo la voluntad de Mallarmé de que al poema se le diera la forma de las partituras de los conciertos de música. Alfredo no pudo verla.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

En 1941 se inauguraban en México los cursos de verano para los extranjeros, patrocinados por la Universidad Nacional Autónoma (UNAM). Para su solemne inauguración se invitó a don José Ortega y Gasset, a la sazón en Argentina. Por razones políticas obvias, don José no aceptó. En segundo lugar estaba yo. Y acepté, complacido y honrado. Durante el cursillo de filosofía, que corría a mi cargo, entré en comunicación con las autoridades correspondientes y quedó determinado que, al cesar el contrato que me vinculaba al Ecuador, vendría de profesor en la universidad, como colaborador del Fondo de Cultura Económica y como miembro de la Casa de España (Colegio de México). En previsión de ello, y del aumento de mi familia, alquilé un apartamento grande en que alojarla, con servicio doméstico, niñera, etc.

Dejé además arreglado lo de nuestra entrada en México, yo y mi esposa, de modo que no hubiera en tales puntos dificultades legales. Volví a Ecuador. Terminé los cursos en agosto. Quedaba libre. En agosto de 1942 contraje matrimonio civil en Guayaquil. Mi esposa, María Fanny Palacios Vásconez Borja, ecuatoriana de nacimiento, de familia de rancio abolengo.

Pero antes de entrar en más detalles, creo conveniente un previo: Jorge Ruiz de Santayana nace en Madrid en 1863. En 1868 se traslada con su familia a Ávila. En 1872 se establece en Boston. En 1882 entra en la Universidad de Harvard. En 1908 será nombrado profesor ordinario del Departamento de Filosofía. En 1912 se despide de Harvard definitivamente, y desde 1920 hasta su muerte, en 1952, residirá en Roma. Todas sus obras

filosóficas y literarias están escritas en un inglés perfecto, reconocido y admirado por los conocedores natos: ingleses. He traído todos estos datos para poder afirmar: Jorge Ruiz de Santayana es el mayor filosófo español de este siglo; lo es, además de gran literato. Que haya escrito todo en inglés no es obstáculo. Los grandes teólogos y filósofos del Siglo de Oro español escribieron todo en latín —mediocre, ligeramente superior al latín medieval. Y son filósofos y teólogos españoles: Suárez, Vázquez, Soto, Vitoria, Juan de Santo Tomás, los conimbricenses y complutenses.

Lo anterior, pesado, se ordenaba a lo siguiente. Es sentencia de Jorge Ruiz: «La paz pública ganaría grandemente si fuera de tan mal gusto hablar uno de su religión, como ya lo es hablar uno de su esposa y del color de la piel».

Muchos siglos, milenios antes, había dicho uno de Los Siete Sabios, Cleóbulo: «En presencia de extraños ni pelees con tu mujer ni le hagas demasiado caso: que esto segundo es de insensatos, mas lo primero puede parecer manía».

Aplicación: en todo lo siguiente no hablaré de mi esposa —lo extiendo a mi familia entera— de no ser inevitable en casos que leerá el lector.

Recién casados emprendimos el viaje de novios. En avión —bien elemental a juzgar según los actuales. Escalas: primera, Panamá; siguientes, en casi todas las Repúblicas de Centroamérica. Lo llamaban *El Lechero.* Llegamos a México. Como teníamos todo en regla, fuimos al apartamento grande que tenía alquilado. Nuestro círculo de relaciones era de radio muy pequeño; más el de ella. Por buena ventura el encargado de la Embajada del Ecuador era amigo nuestro, de los primeros para mí; y para mi esposa, la mujer del encargado era remota pariente suya. Aliviábase así algún tanto la soledad.

Yo emprendí la tarea complicada de insertarme en las instituciones con las que me había comprometido trabajar: universidad, Fondo de Cultura, Casa de España. En la universidad, la cátedra fundamental era la de Filosofía; mas tenía que dar un cursillo de Lógica matemática en la Facultad de ciencias matemáticas. Novedad allí y en España. En la Facultad de Ciencias Físicas, un cursillo sobre Filosofía de las ciencias. También novedad. Di el de Lógica matemática, con el éxito de que uno de los

asistentes —de nombre Zubieta, si no recuerdo mal— notó que su vocación era justamente la lógica matemática. Tanto que fue a Stanford a ponerse bajo la dirección de Church.

El cursillo de Filosofía de las ciencias quedó ventajosamente compensado siguiendo el curso que sobre *Teoría de la Relatividad generalizada* estaba dando un notable matemático y físico norteamericano: Birkoff Jr. Para mí fue doblemente provechoso, pues me recordaba y comparaba con el que en Munich escuché de Sommerfeld.

Con todo ello, había cumplido con mis compromisos para con la Facultad de Matemáticas y Física. Y podía darme íntegramente a la Facultad de Filosofía.

Durante los tres años exigidos para una licenciatura en Filosofía di las diversas materias, asignaturas, del *pénsum.* Entre ellas constaban tres años de griego. Murió el griego que daba tal materia, y el decano me persuadió de que yo tomara tal asignatura. La tomé: profesor de griego. En un pizarrón escribí con grandes letras griegas la primera sentencia de Aristóteles en su *Metafísica:* «Todos los hombres tienen, por natural, apetencia de saber con ideas». A base de tal texto deletreaban; más adelante aprendían palabras… géneros, verbos: la gramática entera. Con semejante procedimiento estudiamos los textos griegos más clásicos y usados en Filosofía. Podían leer obras de Platón, Aristóteles, en griego, ayudándose, como es claro, con traducciones. Así fui profesor de griego, durante tres años.

En el Fondo de Cultura Económica publicaron varias obras mías. Lo mismo en la UNAM. Prescindo de todo ello, para así reducirme a mis relaciones con don Alfonso Reyes, director de la Casa de España (México).

Transformando deliciosamente una frase —parte de un soneto— de Quevedo —«Érase un hombre a una nariz pegado»—, decía don Alfonso que él vivía en una casa pegada a una biblioteca. Biblioteca riquísima: magnífica de dimensiones espaciales y en libros. Casa en dos niveles. Por el delicadísimo estado de su corazón no podía subir y bajar al nivel inferior; pasaba su vida en un único nivel: de la biblioteca a casa, de casa a la biblioteca.

En días convenidos entraba yo por la puerta que daba a la calle. Hacía una primera reverencia, a la que correspondía don Alfonso con leve inclinación de cabeza. Subía yo la escalerita que unía los dos niveles, y nos dábamos un abrazo. Yo le preguntaba: «¿Cómo está usted?». Y solía contestarme: «Estoy con prórroga de 15 días o una semana, según mi médico», el Dr. Chávez, el gran especialista en cardiología.

Don Alfonso estaba enamorado —que es algo más que estar admirado — del griego clásico. Acababa de publicar una obra: *La crítica en la Edad ateniense* (1942).

Estaba empeñado en traducir la *Ilíada.* No sabía griego. Se ayudaba de traducciones en inglés, francés y castellano.

Convinimos en qué días le ayudaría yo en tal tarea. Discutíamos las traducciones y la suya, cotejándolas con el texto griego. Casi siempre don Alfonso estaba, por instinto poético, más cerca del original griego que las demás traducciones.

Estábamos un día dedicados a tal tarea, cuando don Alfonso me dijo: «García Bacca, escóndase inmediatamente debajo de la mesa». Y me escondí. Al cabo de unos segundos, me dijo: «García Bacca, ya puede salir». Y me explicó: «He visto a Júpiter mirando a ver si estaba usted aquí. Como no le ha visto, se ha retirado. Traía en su diestra mano el rayo, destinado para usted. No se extrañe. Ha fulminado ya a dos filósofos, ateos según él, por no creer en su divinidad: Antonio Caso y Joaquín Xirau. Antonio Caso ha muerto de ataque cardíaco, según la opinión médica. En realidad, ha sido fulminado por Júpiter, por ateo. Xirau, al salir de Mascarines, de dar su curso de filosofía, vio que el tranvía iba a atropellar a su hijo. Se lanzó y lo salvó; pero el tranvía lo arrolló a él. Que lo atropelló fue la explicación materialista. Pero la causa real fue divina, teológica. Por ateo. Júpiter aniquiló a dos filósofos por ateos. No creían en su divinidad».

¿Cuento helénico de don Alfonso? Continuamos trabajando.

Cuando don Alfonso terminó la traducción, me dedicó un ejemplar con las palabras: «Espero que halle gracia ante sus ojos». Empleaba tal frase bíblica del Antiguo Testamento. Ester entra en la cámara real, sin ser llamada por Asuero. Pena de muerte. Pero Ester alcanzó a decir: «Señor, si he hallado gracia a vuestros ojos […]». Asuero bajó el cetro. Y Ester se

salvó. Don Alfonso, con admirable humildad, me tiene un poco como el rey Asuero. Ha hallado don Alfonso «gracia ante mis ojos», pretenciosamente griegos.

Por mi parte, envidia. Jamás hubiera yo podido hacer la traducción, en verso de métrica digna, bien sonante, que don Alfonso hizo.

En otra reunión don Alfonso me dio un volantito, del 6-II-1955, en que me decía —recorto lo más importante:

> Mi querido García Bacca… Su *Antropología filosófica contemporánea*, libro genial.

Al leer tal frase me sentí orgulloso —mejor, vanidoso.

Y continuaba el volantito dándome un encargo. Lo cumplí. Terminaba la cartita con «abrazos de Alfonso Reyes». (Todo manuscrito con letra firme, segura, aun flexible en rasgos.) Conservo el volantito como reliquia y recordatorio de aquellos días y sesiones.

En una reunión, después del ritual establecido, me preguntó: «García Bacca, ¿cómo está su señora?». «Bien, gracias, don Alfonso. Está ya en casa, reponiéndose». «Se lo pregunto, porque últimamente a muchas señoras de los españoles han tenido que operarlas de algo “entrañable”. Estos casos tienen algo de misterioso y científico. Usted sabe que México está en el fondo de un inmenso volcán. Sobre él se vierte una cantidad extraordinaria de rayos cósmicos, según nuestro querido amigo y gran especialista en rayos cósmicos Sandoval Vallarta. Tal pudiera ser la causa natural de lo padecido por tantas señoras. Causa material. Pero cabe otra explicación: es la venganza que los dioses aztecas toman de los dioses cristianos, en las cristianas. Explicación teológica, mítica. ¿Cuál prefiere usted?». «Yo, la materialista». Y don Alfonso me dijo: «¡Qué poco de poeta tiene usted! Y con mi trato de poeta le he contaminado poco. Pero continuemos trabajando».

Interrumpo lo conexo. El Gobierno de la República española —establecido y reconocido por México como el único legítimo— fundó, con sus propios recursos, una editorial, Séneca de nombre, para ayudar a los autores republicanos, editando sus obras, o reproduciendo otras de valor internacional. La dirigía José Bergamín con un Consejo. En ella me publicaron un volumen sobre *Teoría de la relatividad.* Incluía,

seleccionadas, las memorias básicas de la relatividad. Las de Lorenz, Einstein, Weyl, Minkowsld, Reichenbach. Con notas mías, para aprovechamiento científico y filosófico. Millares Cario, especialista en *El Quijote*, preparó una edición a la altura de la técnica actual. Con gran número de notas. Y la editorial dedicó tal edición al presidente, general Ávila Camacho, en agradecimiento por su actitud generosa hacia los republicanos españoles. La editorial publicó en un volumen las *Obras completas* de Antonio Machado. Pepe inauguró una sección bajo el nombre —sólo él era capaz de inventarlos— «El Clavo Ardiendo».

En la colección «El Clavo Ardiendo» me publicó la editorial un volumencito, en dieciseisavo, con el título: *Platino. Presencia y experiencia de Dios* (1942).

En el opúsculo traduzco trozos seleccionados de Plotino, *Enéadas*, referentes a la presencia y experiencias místicas de Plotino, y paralelamente, si se admite la expresión, textos de los místicos cristianos: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Se echa de ver, sin más comentarios, la procedencia histórica y el influjo interno y el lenguaje de ellos como dependiente, a través de diversos autores, de Plotino.

La misma editorial publicó una obra mía con el título *Hölderling y la esencia de la poesía*, por Heidegger. Apenas si llegó a circular. Pero llegó, por suerte a manos de don Alfonso Reyes, quien inmediatamente me telefoneó y me dijo: «García Bacca, hay que retirar inmediatamente la edición. El nombre de Holderling está con una “g” al final. El original es sin “g”: Hólderlin. Tal disparate no solamente está en la portada, sino en todo el libro».

No sé qué es lo que me indujo a añadir una «g» al nombre: ¿instinto falso, por analogía con Schelling, Lessing, Keyserling? Se retiró la edición. Pérdida para la editorial. Pero don Alfonso me refirió lo que a él le pasó. Había fundado una revista a la que dio el título de *Rueca;* pero el impresor se equivocó y puso *Recua.* Hubo que retirar toda la impresión.

Claro está que en las ediciones posteriores, muchas, de tal folleto consta *Hölderlin.* La última es de 1989, en Editorial Anthropos.

Don Alfonso me consolaba amablemente con su experiencia. Nos consolábamos.

En una de las reuniones posteriores, casi sin saludarme D.A. —permítaseme la abreviación— me condujo a un nuevo armario que acababa de estrenar. No le cabía, dígaselo así, el gozo en el alma ni la sonrisa en los labios ni el chisporroteo en los ojillos —ojillos benévolos, mas con dosis de malicia y gracia. El armario contenía los cuatrocientos volumencitos —en tela, con cantos dorados, de exquisito gusto— de la Loeb Classical Library de Oxford. Clásicos latinos y griegos. Texto griego o latino, en la correspondiente página su traducción al inglés, con introducción y notas. Todo por especialistas en griego o latín clásico. Así que se los podía emplear para trabajos técnicos y citar como autoridades. D.A. estaba feliz respecto del trabajo de traducción de la *Ilíada.* Y me ponderaba la buena oportunidad con que había adquirido la colección. Le dije que yo tenía de tal colección las *Obras completas* de Platón, las de Aristóteles, Jenofonte, Euclides, Marco Aurelio… Pero D.A. las tenía al alcance de la mano. Me daba envidia, y se lo dije. Mas él añadió, poniéndose serio: «García Bacca, ¿cómo las pago?».

Y espontáneamente me fue contando sus ingresos: sueldo de embajador jubilado, director de la Casa de México; y con graciosa sonrisa, añadió: «Redacto en buen castellano las actas de las sesiones de un gran Banco, reviso los guiones en castellano correspondientes al inglés de películas, *etcaetera* —sea dicho en homenaje al latín—, *katá tá loipá, ktl.* —en honor al griego». El silencio que siguió, secreto para él: ¿daba todo ello para pagar los cuatrocientos volumencitos?

Sin más comentarios volvimos al trabajo de la *Ilíada.* Me despedí de él. Por las complicaciones de la vida, las suyas y las mías, ya no pudimos vernos en este mundo: ¿estará él en el Hades, conversando con Homero, Esquilo…? Méritos tenía para ello.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Durante los años 1942-1947, de nuestra estancia en México, Bergamín se propuso desvelar en mí los gérmenes taurinos que del gran taurino de mi padre debieron quedar —¿a qué profundidad infecundos por falta de experiencias que los descongelaran? Yo debí, impensadamente respecto de

las consecuencias, referir lo que ya dejé constante. Bergamín me llevó, un poco a remolque de mi parte, a muchas corridas de toros, en la Plaza de México. Y me iba haciendo notar las faenas, trajes, gestos, instrumentos: banderillas, estoque, mozos, reacciones del público: silbidos, pitos, aplausos a tiempo y méritos, o a destiempo y demérito, corte de orejas, vuelta al ruedo… Valentía, a diferencia de audacia; gestos de bailarín, aun en peligro de muerte; serenidad majestuosa; saber dar final a la faena…

> Aprende, *de visu,* lo que es enfrentarse voluntariamente, bellamente, tranquilamente a la muerte, matando; pero corriendo el riesgo de ser muerto. La Muerte, ese acaecimiento que tanto preocupa a teólogos y a moralistas, que la enfocan con oraciones, arrepentimientos, resignación a la voluntad de Dios: tarea teológica y no faena estética. Tú, griego de pretensiones: morir matando bellamente y bellamente morir, ¿no tenéis los helenistas una palabra precisa y biensonante para ello?
>
> ¿La de *kalokaiagathía*? Bondad bella de ver, belleza digna de ser buena. Aplica todo eso a lo taurino, y no te arrepentirás de haber asistido a corridas de toros, en México. Claro está que en los años de 1911 a 1938 no te fue posible tal experiencia de bellamente y buenamente morir.
>
> Ni Homero, Esquilo, Sófocles, Platón, Aristóteles, Plotino… Tomás de Aquino, papas —con la honrosa excepción de Alejandro VI; y la de los jesuitas que celebraron con corrida de toros su teológica victoria en la controversia *de Auxiliis,* en Roma— percibieron lo original.

No sabíamos ni Pepe ni yo las secuelas que estas lecciones taurinas tendrían bastantes años más tarde, hacia 1983. Ya en Madrid. En su oportunidad lo confesaré.

Mientras tanto, a las corridas de toros asistían miles y miles de espectadores —de simpatéticamente toreros y toros— que estaban viendo esa manera y faena de morir estéticamente bella y buena. Es claro que, al salir —no ya encantados— de la plaza y revertir a la vida diaria, se enfrentarán con esotras clases de toros que son —y lo son bien reales a su manera y tanto— Religión, Política, Economía, Sociología; y tendrán, sin escapatoria o talanquera, que torearlas a vida o muerte, hasta corporal, al menor descuido, al pasar una calle o salir de una oficina… ¿No irán, subconsciente mas efectivamente, deseando un bellamente morir, cual el torero en cada pase?

Comentando Pepe y yo las corridas, llegamos a la conclusión o confesión de que los dos, cada uno a su manera, éramos toreros enzarzados a vida o muerte con esotros toros: Religión, Política, Economía. En todas nuestras obras se percibe el toreo con las ideas más respetables. «Torear»

ideas, en contraste con «Filosofar» con ellas y sobre ellas. Teólogos y filósofos, a la par, condenaran tal procedimiento o faena.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Estamos aún, en estas CONFESIONES, entre 1942 y 1947. En México. Los dos. Dejemos lo de los toros. O lo dejo yo. Entre las muchas y múltiples amistades, una era la que mantenía con la marquesa de U., española. De las pocas que se exilaron con nosotros. Llámola aquí «Juanita». Frecuentemente cenaba en su apartamento, en el Paseo de la Reforma, a la vista de Cuauhtémoc, amenazante. Cenas magníficas por la cantidad y exquisitas por la calidad. En una de ellas, nos retiramos J. y yo a hablar. Quería consultarme algo serio, muy serio. Estaba temerosa de ir al infierno; creía merecerlo por su vida… Yo traté, primero, de persuadirla de que eso de infierno era una barbaridad mental y una barrabasada sentimental, engendro monstruoso de la imaginación de teologuillos que se regodeaban morosamente en tales monstruosidades. Ni el Dante se libró de ellas en su «Inferno». Pero J. insistía en el miedo a tal infierno, a pesar de mis palabras. A propósito me vino recordarle lo que se cuenta de un obispo francés, quien tenía una penitente temblorosa de tal infierno por sus pecados… Él le dijo: «Hija, o no hay infierno, o, si lo hay, no hay nadie dentro».

No sé si J. se tranquilizo o si la buena cena disipó, como causa suficiente indiscutible, sus temores

Por las mañanas solíamos salir a pasear por el Paseo de la Reforma, los dos independientemente. En un encuentro Juanita me preguntó: «Juan David, me han dicho que has tenido un hijo. Te felicito». «No —le respondí —, ha sido una hija». Juanita me espetó la frase: «Te jodiste, porque respecto de las mujeres hay que procurar que, de pequeñas, no se caigan; mas de grandes, que no se echen».

No recuerdo cómo terminó la conversación. Nos despedimos. Yo me dirigí a la Editorial Séneca.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

En 1945 terminó la guerra con la destrucción del Tercer Imperio germánico, de Hitler. Creíamos los republicanos que Franco y su régimen correrían la misma suerte. Derrota absoluta. Se restauraría la Segunda República Española, volviendo a España el Gobierno republicano residente en México. ¡Cuáles fueron nuestra sorpresa y desilusión al notar que Franco y su régimen continuaban con aprobación implícita realmente, aunque con reprobación verbal, de las potencias victoriosas, amigas —¡qué amigas!— de la República española! Pasó el 45, pasaron los 46… Llegó el 1955. Y Franco y la España Nacionalista ingresaron como miembros de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Dejó de valer la denominación de España Nacionalista, y se habló solamente de España, cual se habla de Francia, Suiza, Holanda…

Por tal hecho, *factum*, infausto, los republicanos quedábamos sin pasaporte. No íbamos, no iba, a solicitar un pasaporte español, de Franco. Quedaba atascado donde estaba. Por suerte, en Venezuela desde 1947. Sin posibilidad de salir. El recurso más natural era el de naturalizarme venezolano. Así lo había hecho ya un español (catalán): don Augusto P.S. «Augusto» hasta por su cabeza de león. Médico ilustrísimo, no sólo como médico —profesor de Medicina en la Universidad Autónoma de Barcelona—, sino como investigador y organizador de institutos médicos a la altura de Ciencia y Técnica. Venezolano ya, naturalizado, se entregó íntegramente —cuerpo, alma y espíritu— a la formación de médicos investigadores, jóvenes entonces, mas que con el correr de los años y prácticas han creado en Venezuela especialmente una Facultad de Medicina de la Universidad Central a la altura de Ciencia y Técnica. Laboratorios. Revista.

Naturalizarse, aparte del aspecto jurídico, es, como acabo de decir, «entregarse íntegramente…». Naturalizado yo, intenté, me esforcé en, la formación filosófica de estudiantes que con los años llegarían a ser profesores, investigadores, rectores, ministros y autores de obras estimables en filosofía actual. Tantos años han pasado desde la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras —denominada ahora Facultad de

Humanidades y Educación— que los otrora de estudiantes, más tarde profesores en diverso nivel, el supremo de titulares, están ya jubilados jurídicamente, mas no real, vitalmente, formando sobre todo dentro del Instituto de Filosofía generaciones nuevas. Con el pasaporte venezolano puedo viajar por casi todo el mundo. El pasaporte republicano me fue expedido por don Femando de los Ríos, ministro de Relaciones Exteriores de la República. Dejó de valer, aunque no dejo de recordarme de él, agradecido y honrado por su posesión.

En el 47 estábamos aún en Caracas Bergamín y yo. Pepe no había conseguido dar clases de literatura según el programa del Instituto Pedagógico y en la Facultad de Letras. No había nacido para profesor de nada, y menos de literatura, sino para inventor, inspirador, locutor, atisbador, invitador, sugerente. No cabía en ningún instituto ni universidad. Por suerte, fue invitado a Montevideo, dejado a su talante. Tal fue la condición. Y la aceptaron encantados, sinceramente. Y me consta, y le constó, su éxito, por siete años. La trayectoria posterior de Pepe es asunto que no cabe dentro de mis CONFESIONES. Ya no nos vemos hasta 1977 en Madrid, aunque estuvimos en constante contacto por cartas —algunas larguísimas, todas personalísimas— que conservo y aun acabo de leer emocionado.

Revierto, por tanto, a los años 1947-1977. En Venezuela, casi permanentemente, aunque por el pasaporte podía viajar por casi todo el mundo, inclusive por España. Pero me había jurado ante mi conciencia no ir a España mientras viviera Franco y estuviera vigente el franquismo. Así que hasta 1975. Por suerte —de esas que, con lenguaje griego clásico llamaría «divina»: de la Diosa *Tyje*—, en 1977 uno de los primeros decretos de las Cortes Constituyentes fue el de amnistía —justiciera, generosa, digna. Y a ella me acogí. Se me reconoció mi calidad de catedrático universitario. Como tenía ya 76 años —y los 70 eran jubilación forzosa—, se me jubiló y de tal jubilación estoy aún hoy disfrutando. La nueva Constitución otorga la doble nacionalidad para los españoles de nacimiento. Tal mi caso. Aunque no tengan ni sentido ni valor jurídico alguno mis palabras ante las Cortes, estoy, y me siento, agradecido y honrado. Y para colmo —acéptese la

palabra—, Su Majestad el Rey me otorgó la condecoración Gran Cruz de la Orden, Isabel la Católica.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Vuelvo a mis CONFESIONES, a Venezuela. Relataré lo que resalte respecto de la rutina universitaria, constante años y más años.

Uno de mis mejores amigos era el Dr. Óscar Palacios Herrera. Había sido varias veces ministro; según bien merecida fama, correcto y eficiente. Ahora director de *El Nacional:* el gran diario, por fondo, forma, cultura.

Tenía en su residencia un apartamento dedicado —montado según la técnica— a la música. En él nos reuníamos tres amigos: los tres de música. En una de las sesiones, en 1975, aparte de otras obras, el aparato emitió *El Concierto para flauta y arpa en Do Mayor, K. 299,* de Mozart. Me sentí, como nunca anteriormente, extasiado; «todo —valga la frase— orejas». Oía un tejido de sonidos transparente como un cendal en el que los sonidos se presentaban, se los oía, un instante, urgidos de salir de tal presente, para dar lugar a —dar a sonar— nuevos, sin que la oreja —yo «todo orejas»— pudiera detenerlos contra el compás de lo que la flauta, sin hablar, decía. Me sentía griego: arpa-flauta. ¿Qué más y mejor pudiera Apolo componer y dar al aire del Olimpo, para concierto digno de divinas orejas? En el silencio sonoro, desperté y, sin poderme refrenar, callar, exclamé: «¿Por qué ¡coño!, he resultado filósofo y no músico?». Sorprendidos mis dos amigos ante un Juan David tan diverso e imprevisible del conocido universitario y filosofante, cayeron en cuenta, aun antes que yo mismo, explícitamente, de que mi *vocación* era la de músico, contra mi *profesión* de profesor de filosofía.

Es ya categoría vulgar la de converso. Los grandes conversos según la historia, se han convertido por unas palabras y por una visión —relámpago auditivo o visual. Y se hallaron siendo hombres nuevos: Pablo de Tarso, Agustín de Hipona. Apóstol, obispo.

Vocación, a costa de profesión. Pablo de Tarso: profesión, estoico helénico. Vocación, apóstol de las gentes. Agustín de Hipona: profesión, la de orador romano; vocación, obispo: el primer teólogo de la Iglesia católica,

apostólica y romana. Como «obispo» —contracción del griego *epí-sco-pos* — vigila (*skopei*) *supervisa (epí)* la ortodoxia.

¿Sería yo un convertido que deserta de la filosofía en favor de la música?

Me recordé a punto aquella escena, descrita en el diálogo *Fedón,* en que, obedeciendo Sócrates a ciertos ensueños en que se le mandaba componer música, puso en música unos poemas de Esopo, mas cayó en cuenta de que «la filosofía es ya, de por sí, música y la suprema». Así que esa especie de dilema —o filósofo o músico— es falso. No sólo no son excluyentes, sino complementarios y, aún más, idénticos. Mi vocación era, pues, «filósofo de la música» o «música filosofante». A la una, a la vez, al alimón.

Cuando me encuentro filosóficamente decaído, acudo a la música: al último concierto que, en Besançon, dio Dinu Lipatti (1950). Y escucho su interpretación de la Partita n.º 1, de Bach; y la de la *Sonata en la menor, K. 310,* de Mozart. Me entran tal vergüenza, a la vez que tales ánimos de filosofar musicalmente o de música filosofante, que compongo lo que será una parte futura —sin preverlo, así que *a posteriori*— de mi obra *Filosofía de la música* (1990, 830 pp.).

En lo restante del diálogo, Sócrates no pone nada en música explícita, cantada o cantable o instrumentable, sino, fiel a su norma de que «la filosofía es, ya de por sí, música y la suprema», filosofa sobre mortalidad, inmortalidad. ¿Iría cantándolo? No voy a permitirme en estas CONFESIONES ni respuesta, ni aun sugerencia a tal pregunta.

Sócrates canta el diálogo en vísperas de su muerte. Para así, cantando dialécticamente, con dialéctica cantante, irse tranquilo de conciencia a otro mundo.

Un auténtico filósofo de la música, de música filosofante-y-de filosofía cantante, ha de terminar su vida poniendo en música no fábulas de Esopo, ni tan sólo diálogos de Platón, sino un poema que, aun dicho en palabras, haya que cantarlo. Leerlo no según lectura corriente sino según «lición», que es canto.

Yo estoy también en vísperas de mi muerte. Las estadísticas me han dado ya por muerto. Y si vivo es a pesar de ellas. Así que ya estoy

pensando, cantando interiormente, un poema, ensayándolo a trozos, a silencios. ¿Llegaré a tiempo para que tal poema sea una obra perfecta: con principio-medio-final?

Mientras tanto, para cumplir con mi *vocación* —dejando constancia de ello en CONFESIONES—, explicaré cómo cuatro obras musicales han conmovido y puesto a tono musical ciertos sentimientos míos. Sentimientos musicalizados y música sentimentalizada.

Yo, de oyente —¡tantas veces!— de la primera y segunda parte de la *Scheherazada,* de Rimsld-Korsakov, iba experimentando los sentimientos indicados por la partitura misma: *dolce, tranquilo, moderato, allegro… dolce ed espressivo.* Gozándolos, regodeándome en ellos. Mas al iniciarse la tercera —*andantino quasi allegretto*— sentí como si me hablaran, aunque sin palabras cual las de Scheherazada y el Sultán. *Me* hablaba a veces, en compases, el clarinete solo, cual suspiro; otras veces una flauta sola, también suspiro. La música resultaba lenguaje entre personas. Hasta esta fase de la *Sheherazada* la música no *me* hablaba. Sonábame a impersonal, para uno de tantos. De persona a persona se hablaban el príncipe y la princesa: personalmente, íntimamente. En la cuarta parte la música vuelve al tono de impersonal. Y yo me siento descender a uno de tantos oyentes.

Tercera parte. Música para *yo,* para intimidad, conciencia de sí mismo. Y si algún lector quiere sentirse «yo», escuche esta tercera parte. Sabrá que tiene intimidad.

Sea ahora la *Séptima Sinfonía* de Beethoven.

La primera parte de ella la escuchaba yo como uno de tantos oyentes. Pero al llegar a oír la segunda, *me* sentí personalmente aludido en mi calidad de griego. El segundo apellido de padre era Barrancos, que es la misma palabra que el *phárangos* griego. El primer apellido era García, vasco.

La música de Beethoven procedía no al paso del hexámetro, sino del octómetro. Siempre, en ambos casos, dáctilo y espondeo.

Escúchela el lector, que es oportuno caso, e instructivo, del sonar de hexámetro y octómetro. Siempre griego clásico. Yo *me* sentí griego clásico. Hasta entonces —y a pesar de lo mucho que vanidosamente y

científicamente creía saber griego— era sólo entenderlo como uno de tantos helenistas —menos que muchos de ellos— que lo oían; mas *no personalmente:* no lo sentía. Supe experimentalmente, durante y por virtud de tal melodía, lo que era sentir*me* griego. Yo como persona. Tal tema *me* afectaba a *mí.* Lo era, lo estaba siendo. Lo demás de la *Séptima* me sonaba ya como dirigido a uno de tantos.

¿Servirá este mi caso para que algún lector se advierta, se note, como personal, como «yo», al escuchar esta parte de la *Séptima Sinfonía,* o de otra obra, y no las escuche como uno de tantos?

Sea ahora la *Tercera Sinfonía* de Brahms.

Parecidas consideraciones respecto de la audición de las partes primera, segunda y cuarta. La tercera —*poco allegretto*— se inicia cantando *mezza voce* el violoncello un tema conmovedor, en subfrases de tres notas; la primera como arrancada al ánimo, a despecho del alma. El tema lo tomarán otros instrumentos, el violín ejemplarmente. Pero ya no conmueve. No en vano —y no es pura y simple metáfora— afirman que las cuerdas del violín son tripas de gato; mas las del violoncello son cuerdas de tripas de león. El violín no conmueve, que el gato a nadie afecta en las entrañas; el violoncello suena a voz humana, dirigida a *mí.* a mis entrañas; y aun fisiológicamente se las siente afectadas. *Me* sentí *yo* entrañablemente afectado. Con entrañas, aparte de su función fisiológica natural, afectables musicalmente. ¿Qué otras obras musicales, en alguna de sus paites, pueden producir semejante efecto: sentir un yo que tiene intestinos, entrañas, musicalizables?

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Antes de sacar consecuencias —siempre dentro del delimitado plan de CONFESIONES— consideremos, escuchemos, un caso más. La *Sinfonía Júpiter,* de Mozart. Prescindamos, como en los ejemplos anteriores, de las partes primera, segunda y cuarta. Al llegar y escuchar el *menuetto,* especialmente sonante en y por el violín, *me* sentí como si mis piernas y todo mi cuerpo natural —pesado, torpe, bulto— se apoyaran, bastaba para ello, en un dedo; y tocaban en la tierra sin ser atraídos por ella, ingrávidos.

Ya *míos*, no de la tierra natural. Y podía repetir tal antigravitacional experiencia dos veces seguidas; la segunda, desafiante, más veloz. No hasta descansar, pues no se cansaban mis piernas, mis órganos de locomoción, por tal danza celestial en otro universo. Terminaba mi estancia y movimiento rítmico con seis compases: cinco cual suspiritos, sueltos, entre silencios, y tres afirmaciones finales en que reposar largamente con calderón.

Voy con todo ello cultivando mi vocación de músico. Evitando que degenere en profesión.

Una de mis impresiones, verdaderas lecciones, es la de que Bach y Beethoven terminan rebelándose musicalmente contra la profesión de músicos clásicos, por contenido y normas, que las admiten cual tradición, o las imponen ellos mismos, se las imponen a sí mismos. Tal tipo de rebelión musical, de hacer —dicho en frase castiza castellana— no su divina gana, sino su musical gana, la hace Bach en su *Fantasía cromática y fuga, en re menor.* Hizo Bach —el de fugas, conciertos, pasiones, cantatas…— su *Fantasía*, su musical gana. Y aun los no peritos o técnicos en estructuras musicales admiramos la rica variedad, rica en clases de sonidos, de arpegios…, bien diversa de la restringida, casi ascética, variedad de las clásicas fugas, conciertos… Se explica sin más que Bach sintiera unas ganas irrefrenables de romper sus propias normas, que él mismo se había impuesto.

En la *Fantasía* hizo lo que le dio la gana musical.

A Beethoven —el de las sonatas, sinfonías… conciertos— le dio la gana musical de la *Serenata para piano;* en particular, en la variación final de la Arietta. E hizo lo que le dio la gana. Y hay que ver, que oír a qué le sonó y a qué nos suena.

La cavatina (*adagio molto espressivo*) del *Cuarteto n.º 13 (op. 130)* y la *Gran fuga (op. 133)* son otros casos ejemplares en que Beethoven hizo su musical gana: la que venía, durante años y más años, a través de obras y más obras, refrenada, oyendo cual trasfondo musical, potente, de sus sonatas, conciertos, sinfonías, *Missa Solemnis…* Y no sería audacia extremada de J.D.G.B. si afirmara que en el *Cuarteto n.º 15 (op. 132)*, en

aquel *Heiligergesang* (en sus cuatro movimientos), su gana musical teológica, refrenada, se impuso violenta y sonoramente.

Hizo Beethoven su gana musical teológica. Objetivada en sonidos es el *Heiligergesang.* Y con parecido temple hay que escucharla.

En mi formación para músico, para mi vocación, hay que distinguir entre music-urgo y musicó-logo. Lo primero sería, en mi historia, algo así como creerme *taumat*-urgo: milagrero musical. He renunciado a ello; mejor, no ha sido jamás ocurrencia ni en mis momentos de extrema vanidad. Me contento resignado a ser musicó-logo, *musicólogo.* Y efecto de ello es mi *Filosofía de la música.*

Dando una mirada (una oída) retrospectiva a la historia de mi oído, creo percibir que desde siempre he sido un poco sordo; sordera que ha ido aumentando hasta la sordera casi total actualmente. No oigo intensidades *pp, p.* Comienzo a oír a partir de *mf, f, ff.* Intensidades interpoladas a lo largo de una obra musical; me dan la impresión de oír una serie de huecos, intensidad ametrallada. Y concomitantemente, percibir el tema, melodía, frases ametralladas también. Unidas, en los mejores casos, imaginativamente. Con imaginación sonora, tanta que llega a veces, raras, a alucinación.

Pesadillas o ensueños de oírme yo mismo ejecutando una obra mía —una sonata, unas fugas o de verme dirigiendo una orquesta, percibiéndola, son breves y penosas alucinaciones. Mas alucinaciones auditivas, uno bien despierto, las he experimentado cuatro veces. Se oyen con la intensidad de un concierto en sala pública. Lo raro es que sea uno sólo quien lo perciba, y no persona alguna que esté cerca. Intensidad para él. Y se cree uno por ello gran músico. Tiene por dentro toda una orquesta y obras. Pero no actúa a voluntad, como en las orquestas y conciertos públicos. Repetibles. Las alucinaciones musicales —hablo de las mías— sobrevienen imprevisiblemente en tiempo. Las primeras las experimenté a partir de 1980, conexas a un estado de mi cerebro propenso a alucinaciones visuales y olfativas. Dos visuales, dos olfativas. Con un tratamiento médico, general y especial, no me han sobrevenido ya auditivas sino una sola vez. Lamentándolo.

Muchos defectos tienen aún mis oídos. Los padezco, pero no quiero que el lector pierda su tiempo con tales detalles míos. Uno sólo: mi oído me suena constantemente, dina a *mezza voce* y casi continuamente, a la *Chacona* de Bach. Me está sonando ahora, mientras escribo a máquina, y a pesar del ruido de ella.

No me suena, sino rara vez, a temas de Beethoven, de Brahms, Mozart, Rimski, y nunca a ellos espontáneamente, sino premeditadamente, si me ocupo de ellos. No son el tema de mi oído. Su obsesión auditiva. Y me es una delicia lo de Bach que, en cierto grado, me compensa por otros muchos defectos.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Y ahora a mi gana. Respecto de lo que no depende de mi gana —que es todo lo que tengo que hacer, decir, escribir como profesor de universidad e investigador del Instituto de Filosofía, desde 1947 a 1970, no por gana, sino por deber, publiqué *Teoría de la relatividad* (1941), *Elementos de Filosofía de las ciencias* (manual para estudiantes 1967); *Teoría y metateoría de la Ciencia* (vol. I, 1977, 304 pp.; vol. II, 1984, 934 pp.). Pero me dio la gana de hacer mi gana científica; y la obra es *De magia a técnica* (1989, 220 pp.).

Por deber telógico publiqué *De Rebus metaphysice perfectis, De nfinitate, De Ente et Essentia cum Comentariis Cayetani* (1974, 319 pp.). Mas me dio la gana teológica, y lo que escribí por gana teológica fue *Qué es dios y Quién es Dios* (1986, 580 pp.). En sus tres primeras partes (277 pp.) comprende lo que tenía el deber de decir el contenido de la teología tradicional, llevado a perfección según métodos actuales; doble sometimiento racional-teológico. Mas la cuarta parte (pp. 313-503) comprende justamente lo que la gana teológica me inspiraba pensar, decir y sentir. Hice mi gana teológica.

Por deber o compromiso escribí y publiqué los dos tomos de *Logística* (1934, 226 y 198 pp.) e *Introducción a la Lógica moderna* (1936, 244 pp.). No diré de mala gana; mas no según mi gana lógica. Por ella compuse *Necesidad y azar. Parménides y Mallarmé* (1985, 149 pp.).

Sobre música escribí en la obra *Filosofía de la música* (1990, 830 pp.) una primera parte (pp. 19-123) dedicada a lo que el deber histórico que importa, lo primero y primario —griego, medieval—, a lo que me forzaban la historia y la lógica. No lo hice a desgana; pero sí poco según mi gana musical. Ésta predomina en la segunda parte, a partir de Bach y llegar a lo actual: música estocástica, Xenakis.

El año 1970 quedé jubilado. Toda jubilación es, en cierta manera y grado, ocasión propicia, y aun deber, de hacer examen de conciencia y balance de ¿a quién debo más? Y pagar en su cuantía y mérito. Sin duda alguna, a quien debo más es a Platón. Manera de pagarle: traducir sus *Obras completas.*

No es lugar ni tiempo declarar el tipo de traducción adoptada. El deber abarcaba traducir todas: desde las auténticas hasta las dudosas y espúreas. Así lo hice. Traduje todas: *Banquete, Fedro, República,* con gana grande y constante; las demás a desgana, pero a conciencia y paciencia. *Leyes, Timeo, Sofista, Parménides, Político…* son el deber. Y lo cumplí.

Mi gana helénica, griega, quedó satisfecha. Análogamente a como Bach, Beethoven… hicieron su gana: *Fantasía… Arietta…*

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

He confesado que desde siempre he sido un poco sordo, en cuanto a música. Ahora lo confesaré en cuanto a lenguas.

En la buena sazón para aprenderlas, que es la niñez o adolescencia, no pude aprenderlas: oírlas, hablarlas. Sólo cumplen tal condición el castellano y el catalán —estuve viviendo, oyendo y hablando en catalán desde 1917 a 1937. El francés, el alemán el inglés no los oí, hablé, ni en la infancia ni en la adolescencia. Así que cuando tuve que oírlos y hablarlos —al estar en Francia, Alemania, Inglaterra— los oía mal y entendía, hablados, peor. Y los hablaba poco y mal.

Pero los entendía, escritos, para traducir; y aun gozar, moderadamente, de sus peculiares riquezas literarias, en obras filosóficas… Y por supuesto, en las obras técnicas: de matemáticas, lógica, física… Su pronunciación era convencional, cual la que nos resulta al pronunciar griego, latín, hebreo

clásicos. Los oíamos, los oía, con esa voz, casi *mezza voce*, con que oímos nuestra propia lengua interiormente.

Aprendemos las demás lenguas, decía Antonio Machado, no para oírlas, pronunciarlas, hablarlas con los nativos, sino para leerlas impresas. Así que para vistas primeramente, y por la vista guiarnos para oírlas. Cual lo hacemos con las partituras de música.

En total: me he convencido de que la única lengua que entiendo y hablo bien —y aun esto es ilusión vanidosa— es el castellano. Y por contraste, noto lo mal que sé, oigo, entiendo, las demás lenguas.

Defecto que puede notarse en mis traducciones de ellas.

Conversaciones con José Bergantín

Como he dicho, volví a España después de cuarenta años de ausencia: 1937-1977. Desde 1947 no me había visto cara a cara, persona a persona, con Bergantín. Aunque por cartas habíamos estado en conexión frecuente y larga. Al llegar a España, en 1977, mi primera llamada por teléfono, desde el hotel, fue para él. Pasada la sorpresa, convinimos en vernos al día siguiente. Nos dimos un gran abrazo, de escuchimizados. Reducidos los dos a piel y huesos. Y las correspondientes bromas. Tema convencional: familias, conocidos, ocupaciones, proyectos, duración de estancia en España, en Madrid cual centro.

Las conversaciones siguientes no guardan fechas. Fuera de unos casos. Duraban cada una tiempo variable, dependiendo de los muchos compromisos de Pepe y de los pocos, pero urgidos de tiempo, míos.

—Juan David: ¿tú qué eres? De repente dices que eres navarro, aragonés, castellano, catalán.

—Pepe, soy navarro, vasco, por nacido en Pamplona; aragonés por mi padre, zaragozano; castellano por mi madre, de Zamora; catalán porque, desde los 17 a los 37 años, hice toda mi carrera —primaria, secundaria, licenciatura, doctorado y profesorado— en Cataluña, en Barcelona sobre todo. Y hablo el catalán, y aun lo escribo, como mi segunda lengua.

—Ahora entiendo —dijo Pepe— lo que eres: eres chivo que has mamado de muchas cabras. Y ahora estás mamando de grandes vacas

petroleras.

—Pepe —le dije—, he venido a España con una gran lista de personas que quiero ver y no he visto en años, y más que no conozco personalmente.

Y le leí la lista: comenzaba con J.L. Aranguren. Dijo Pepe:

—Es gran caballero cristiano, medieval. Por anterior y superior a la escisión en protestantes y católicos, puede mirarlos y tratarlos con conocimiento y caridad cristiana. Y escribirlo en público, a costa de sus espaldas. Además de otras excelentes cualidades suyas, cual escribir en castellano puro, y no ese castellano para turistas.

Seguimos con la lista… Salté a la zeta. ¿Qué es de nuestro amigo Zubiri?

—Mira —me dijo Pepe—, está monstruosamente gordo y está monstruosamente católico.

—Lo referente a gordo, lo entiendo, y lo comprobaré cuando nos veamos; pero no entiendo eso de «monstruosamente católico».

—Fíjate, Juan David: Zubiri cree en la infalibidad pontificia personal y en Nuestra Señora de Fátima.

—Pero, Pepe, estás acusando al papa actual de monstruosamente católico: él cree en su infalibilidad personal y en la Virgen de Fátima. Dejemos este punto, a punto.

—¿Sabes tú —me dijo Pepe—, cómo se puede ser actualmente cristiano de manera sincera?

—No —respondí.

—Te lo explicaré.

»Hay que ser anticlerical, lo que proporciona libertad de conciencia.

»Hay que ser antiteológico, y se obtiene libertad de pensamiento. Que bien te hace falta, Juan David.

»Hay que ser antijesuita, y la ganancia es sinceridad.

»Hay que ser antiidólatra del becerro de oro, y adquieres la virtud de la templanza.

»Hay que vivir en estado de pecado mortal, y serás humilde.

»Con libertad de conciencia, de pensamiento, sinceridad, templanza y humildad serás auténtico cristiano hoy en día. Cinco virtudes.

»Lo serás ante Dios.

»Pasemos a tema conexo —me dijo Pepe—. Tú y yo estamos ya en los noventa años. Así que presto nos enfrentaremos con Dios. Mejor, Él se enfrentará contra nosotros. Y nos preguntará, haciendo del que no lo sabe: “¿Qué méritos podéis aportar para merecer la vida eterna?”.

»Señor —responderemos—: hemos sido verdaderos cristianos y lo hemos sido en los tiempos más peligrosos de exhibirlo. Ahí están nuestras cinco virtudes.

»“Admitido —responderá Dios—. Merecéis vida eterna en el Cielo”».

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Retrotraigámonos, Pepe, a mi primera aparición en público. Vino a buscarme al hotel Carlos Gurméndez, gran amigo mío epistolar; con él había estado en correspondencia durante muchos años. Pero no nos conocíamos cara a cara. Feliz y primera oportunidad. Me llevó a un restaurancito. En él tenía Pepe su rincón personal. De personaje distinguido y honra de la casa. Nos sentamos a comer; mi primera comida española, en lugar español típico. Comenzar por satisfacer mi hambre atrasada de garbanzos. Sopa de ellos, en exquisito caldo. Prescindo de los muchos y variados asuntos que nos debieron ocupar toda la comida. Al terminar, salimos. Tú, Pepe —¿te acuerdas?—, me detuviste un momento y me dijiste: «¿Ese pelo tuyo… es tuyo o postizo?». «Haz la prueba —te dije». La hiciste: me tiraste de él. Era mío, mío. Toda la pequeña y habitual concurrencia celebró con estruendosas risotadas el espectáculo. Conocían a Pepe.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

—Recuerda, Juan David, lo que dice el Evangelio: «De toda palabra inútil habrá de darse cuenta a Dios». Y *a fortiorissime*, de toda palabrota. Dame cuenta a mí, para comenzar.

—Pepe, he empleado, proferido, dos veces «coño». La primera vez, te conté, cuando descubrí mi vocación de músico y renegué de la de filósofo o

teólogo. La segunda vez me la reservo yo, en secreto. ¿Las dos veces justificadas?

—Sí —dijiste.

—La de «joder», una vez al referir una escena con nuestra querida marquesa «J. de U.» (p. 86). Por cierto que no sé si vive aún, pero su hijo murió, me cuentan, cuando tenía el plan de continuar tu revista *Cruz y Raya.* ¿Justificada tal vez?

—Sí.

—La de «carajo», según mi cuenta, creo recordar que la he pronunciado unas diez veces. Que no es mucho, a la edad de ochenta años. Y está justificado, por derecho anatómico y fisiológico. Más respeto he guardado, y se lo merece, la de «coño».

Díjome Pepe:

—Tu repertorio de palabrotas es bien reducido, y más aún su uso. Lo cual muestra tu dosis imperdible de inocencia. Cuál será el juicio de Dios, lo sabrás cuando aparezcas ante Él.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

—Como méritos de vida eterna exhibimos nuestra condición de cristianos. ¿Crees que puedo añadir como méritos accesorios, dos: no he mascado ni un chicle en toda mi vida, y no he tomado más de una docena de Coca-colas? Y éstas, como tú lo has experimentado en el clima tropical de Caracas, bien frías con limón. ¿Crees que esto puede pasar ante Dios como meritillo?

—Juan David, esto depende del talante de Dios.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

—Estamos hablando de Dios, Vida eterna… ¿Es que tú crees que haya otro mundo y sus HABITANTES?

—Pepe, soy en esto socrático: «sólo sé que no sé nada».

»Se ha dividido de muchas maneras a la humanidad: en buenos-malos, feos-bellos, circuncisos-incircuncisos, católicos-protestantes, fieles-infieles… Pero, para mí, y ésta es la cuestión, se divide en dos: los que no pueden aguantarse la ignorancia y quienes pueden aguantarla. Los primeros tienen que rellenarla con mitos, dogmas, teologías, ritos. Yo soy, creo, de los poquísimos en España que pueden aguantar la ignorancia».

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

—Después de haber vuelto a España dos veces, en 1977 y en 1979, ateniéndome a lo que siento como ambiente, atmósfera general, me pregunto en 1981: ¿estamos viviendo los demócratas un paréntesis de democracia dentro del cual hablar, gritar, pensar, sentir según nuestra gana y talante? ¿Paréntesis espacial y temporalmente delimitado, otorgado a regañadientes por otro ambiente más potente, durable, sutil de dictadura —falangista, nazi, fascista, religiosa: de Estado e Iglesia a la una—, ambiente o atmósfera secular, tradicional de España?

»Dentro de ese paréntesis podemos pecar. Y si nos arrepentimos a tiempo, pueden absolvernos.

»O bien: supongamos que el ambiente o atmósfera general de España sea *ya* el democrático, asegurado por Constitución, leyes, prácticas, institutos —hasta por fama nacional e internacional. ¿No otorgaremos, de buena gana, generosamente, a dictadura civil y religiosa —a la una las dos, pues son una y la misma— un paréntesis espacial y temporalmente delimitado, dentro del cual falangistas, franquistas, tantos obispos, curas, frailes… puedan hablar, gritar, insultar, maldecir, añorar otros tiempos ya idos —aunque no muchos años ha—, recordar que “socialismo” fue herejía que lo fue y es, y lo es “separación de Iglesia y Estado”, y tantas leyes anticristianas promulgadas y sancionadas?

»No te preguntaré, Pepe, qué te parece de este inocente mito u utopía. ¿Qué otra cosa pudiera yo, inocente, inventar?».

Tu respuesta es tuya. Y secreto tuyo. Me diste por respuesta una ambigua sonrisita.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

—Antes de volver a Venezuela —en 1983— quiero aprovechar mi visita, casi de despedida, hasta el 1985, para mostrarte que las lecciones sobre tauromaquia que me diste en México no han caído ni en vano ni en desuso.

»Nuestro querido amigo Óscar Palacios Herrera —gran cronista y entendido en toros— publicó un librito con título *Regaterín.* Sabía de mis aficiones taurinas, cultivadas por ti en mí, y le acudió que merecía yo un título: ¿filosofo taurino?

»Tenía para ello —y era deseo natural mío, de filósofo, añadir tal título a otros más académicos, ya desgastados por siglos— que pasar doble examen: uno de palabra, otro escrito. Fui aprobado de palabra. Para el escrito me recordé, a punto, de mi traducción del poema de Rainer María Rilke —el gran taurófilo y gran hispanista, además de grandísimo poeta—, “In memoriam Montes” (1830)».

CORRIDA

In memoriam Montes, 1830
A la memoria de Lola Montes
por
Rainer María Rilke.

Traducción
de
Juan David García Bacca.

Trabajo presentado
para
aspirar al título de Bachiller
en
Tauromaquia

(mención Taurología)

Desde que, aún pequeño,
del toril saltó, espantados ojos y orejas,
y aceptó del picador los caprichos
y cual si las banderillas juego fueran,

acrecentóse en tempestad su figura.
¡Vedla! ¡Qué de negro odio amontonada masa,
resumida en puño la cabeza!

Nada de jugar contra un cualquiera.
¡No! Que, izadas ensangrentadas banderillas
detrás de sumisa cornamenta,
desde la eternidad sabe contra Quién:
contra *Ése*

que, oro y seda, malva y rosa
de repente gira,
y cual a enjambre de abejas
y como si a Ése le doliera,
humillado bajo su brazo, que pase lo deja,

mientras cálida levántase su mirada,
una vez más ligeramente resignada,
cual si allá afuera
y a cada golpe de sus párpados
aquel círculo su brillo y sombra depusiera,

antes de que Aquel, ecuánime, sin odio,
recogido en sí mismo, con dejadez y soltura,
en la grande y renovada ola
de reembestida vana,
despaciosa, casi suavemente hunda la espada.

Fue aprobado. Cumplía así mi aspiración al título de Bachiller en Tauromaquia, mención Taurología.

Pero Óscar me advirtió que tal grado, y todos los demás, estaban sujetos al examen y aprobación del Maestro en Tauromaquia y Taurología, el autor de *El Arte de Birlibirloque*, don José Bergantín. «En tu próximo viaje a Madrid somete el asunto a su examen y juicio final».

—Pepe, aquí te traigo el trabajo sobre Taurología. Dale una mirada benévola.

Me dijiste:

—Juan David hoy estoy muy ocupado. No me dejes aquí esos papeles. Se me confundirían con otros muchos que me aguardan. Ya te avisaré de la oportunidad. Pero, ten presente que no puedes aspirar sino a Bachiller en Taurología, no en Tauromaquia. Y eso extremando mi benevolencia, por mor de nuestra amistad.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Me retiré. Aguardé pacientemente tal oportunidad. No me llegó. Tuve que regresar a Venezuela dejando al asunto, de común acuerdo, para mi vuelta en 1985.

No sabía que, al llegar a Madrid en 1985, Pepe Bergantín y Xavier Zubiri habían pasado, hacía dos años, a mejor vida: a Vida Eterna, como buenos cristianos que lo fueron «contra viento y marea» religiosa y civil.

Me recordé de que, al despedirme de Pepe el 19 de agosto de 1981, me entregó un poemita, dedicado a mí de su puño y letra, que canta:

«Puesto ya el pie en el estribo»…
para saltar la barrera,
estoy esperando al toro,
¡ay! pero el toro no llega.
Me está dando el corazón
que, al fin, tendré que tirarme
de cabeza al callejón.

Hoy —14 de enero de 1992— puedo aplicarme el poema:

A los noventa años
estoy esperando al toro:
a la muerte.
¡Ay! pero la muerte no me llega.
Me está dando el corazón
que, al fin, tendré que tirarme (yo)
de cabeza al callejón,
sin esas salidas o evasiones
que son
Providencia, Historia, Dialéctica…,
exponiéndome a que me coja EL GRAN TORO:
DIOS.

Doy una vez más la palabra a Rilke. Aplicándomela a mí mismo.

Dice, canta Rilke:

Vivo mi vida en expandientes anillos
que sobre todas las cosas se extienden.
Tal vez no llegue a completar el último,
pero quiero intentarlo.
Giro al derredor de Dios, el primigenia y antiquísima Torre.
Y desde miles de miles de años estoy al derredor de Él girando.
Y aún no sé si soy Halcón, Tempestad
o un gran Cántico.

«Con la medida con que midiereis seréis medidos», es sentencia de Jesús.

El autor se ha medido a sí mismo con la triple medida: «Halcón, Tempestad, Gran Cántico». Y ha de reconocer que no es Halcón con tal poder que pueda apresar para sí a Dios: hacer de Él mi Dios. Que no es Tempestad tan potente que pueda arrebatar para sí a Dios: hacer de Él mi Dios. Que mi prosa y quisiversos ocasionales no son capaces de encantar a Dios para mí con Gran Cántico: hacer de Él mi Dios.

Tal es el balance que el autor hace de sí mismo en 1992.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Con fecha 31 de marzo de 1983 recibí el nombramiento de MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA.

La fundada por Platón en 387 a.C. De la cual han tomado todas las posteriores el nombre y el programa de trabajo, especificándolo cada una: Academia de la Lengua, de Bellas Artes, de Ciencias Matemáticas, Física, Historia…

Mi nombramiento venía escrito en pergamino; su contenido en letra de mano; letras dibujadas según los tipos de letras griegas, bellas de ver; y que no me canso de mirar, con una cierta, creo excusable, vanidad de filósofo.

Me siento premiado con el máximo premio a que puede aspirar, desear y anhelar, y satisfacer a, un FILÓSOFO.

Año de GRACIA*:* 1983.

Filosofía y Música están íntimamente unidas, conforme se declaró aquí. «Filósofo de la Música» es, por tanto, la frase que me define en total, íntegramente.

Después de la fiesta del dios Apolo, me he puesto, obedeciendo al ensueño, a componer música, «que es más seguro no irme de aquí sin haber satisfecho a mi conciencia». Palabras de Sócrates.

Imitándole verbal y musicalmente he compuesto un poema a cantar, y no sólo a leer:

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada, Fray Luis de León
Salinas,
cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.

El aire se serena
Y vibra de armonía no usada,

¡Oh Gran Bach!, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
El alma, que en olvido está sumida, Fray Luis de León
Torna a cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Al principio creó Dios
Cielo y tierra, plantas y animales.
Y creó al Hombre en el sexto día.
¡Oh Haydn!, en tu *Creación*
Nos recuerdas
Nuestra origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
En suerte y pensamientos se mejora: Fray Luis de León
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora.
La belleza caduca engañadora.
Tu música, Bruckner,
Lo es de aldeano mal vestido, creyente, inadaptado
Al mundo vienés aristocrático.
Tu música es ruda, bronca,
Contra belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
Hasta llegar a la más alta esfera, Fray Luis de León
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera.

Tu música, Mozart,

Traspasa la térrea esfera, éntrase en el Olimpo
Donde las Musas, de Júpiter hijas,
Donde de Apolo la cítara
Dan al oído Música que es la fuente y la primera.

Ve cómo el gran Maestro,
A aquesta inmensa cítara aplicado, Fray Luis de León
Con movimiento diestro
Produce el son sagrado,
Con que este eterno templo es sustentado.

Tu música, Beethoven,
Lo es de Gran Maestro: contra leyes, contra formas.
Impones forma nueva: «Así es y así tiene que ser».
Como lo es la *Sinfonía*, la *Novena*,
SINFONÍA sustentante el eterno templo de la MÚSICA.

Y como está compuesta
De números concordes, luego envía Fray Luis de León
Consonante respuesta,
Y entrambas a porfía,
Mezclan una dulcísima armonía.

Tu música, Brahms,
Lo es la de tu motto «FREI aber FROH»: Libre, mas contento.
Libre del Mandamás: Beethoven.
Contento de ser yo mismo: el del Allegretto
De mi *Tercera Sinfonía.* Tal es la respuesta: sobria armonía.
Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura; y finalmente Fray Luis de León
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño o peregrino oye o siente.

Tu música, Debussy,

Es la de tus *Nuages*, es la de *Après-midi*,
Es la de *Suite bergamasque*.
Se desliza por un mar de suavidad.
Ingrávida, nota alguna se anega.
Ningún accidente extraño o peregrino se oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo, Fray Luis de León
Sin ser restituido
Jamás a aqueste bajo y vil sentido!

Tu música, Mahler,
Es la de aquella frase tuya, última, de tu *Segunda Sinfonía:*
«No has nacido, Mahler, en vano.
No has vivido en vano.
Ni sufrido en vano».
Resucitarás, sin ser restituido a aqueste bajo y vil sentido.

A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro. Fray Luis de León
Amigos a quien amo
Sobre todo tesoro,
Que todo lo visible es triste lloro.

Tu música, Strawinsky, la tuya, la tuya,
Es la de *Sinfonía de los Salmos:* «Alabe al Señor»
el apolíneo coro: ¡Aleluya!
A este bien nos llama,
Que todo lo bailable y audible ya pasó, y ya está solo.

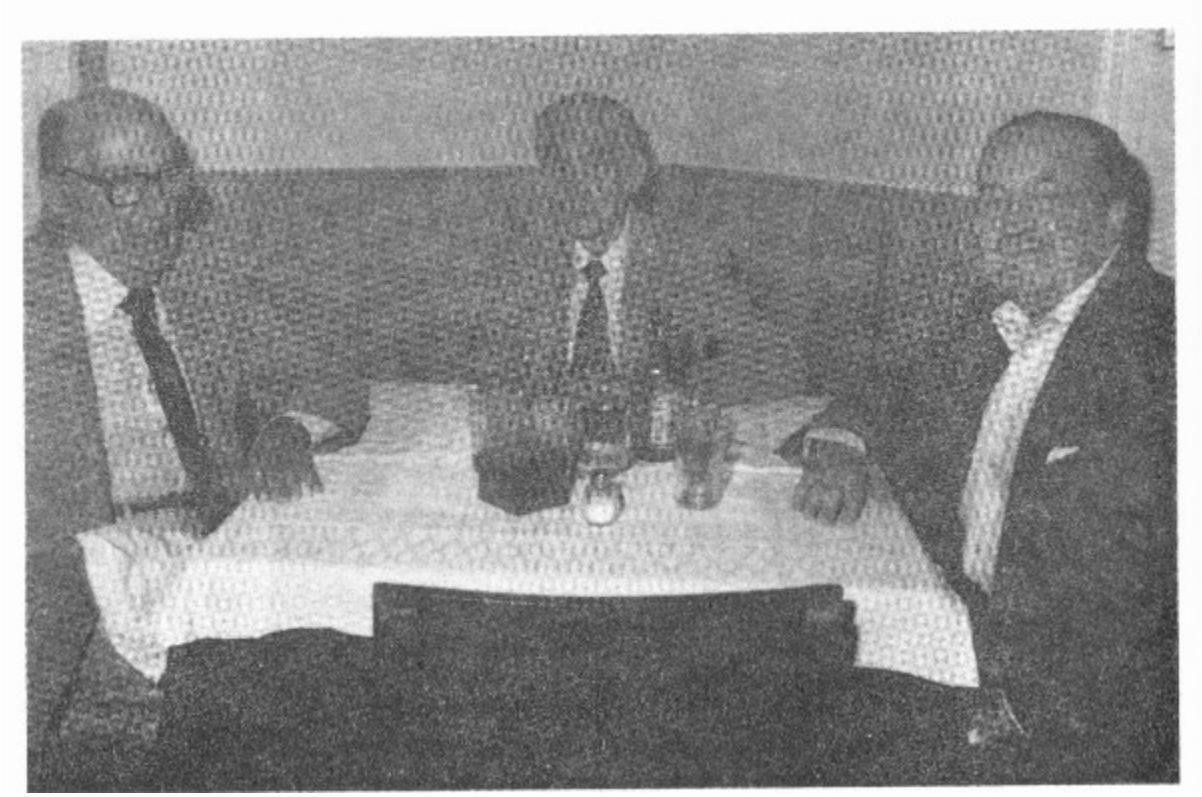
¡Oh!, suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos, Fray Luis de León
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,

Quedando a lo demás adormecidos.

¡Oh!, suene de continuo,
¡Gran Bach!, vuestro son en mis oídos (los de J.D.G.B.),
Por quien al son divino
Despierten mis sentidos,
Quedando a los demás adormecidos.

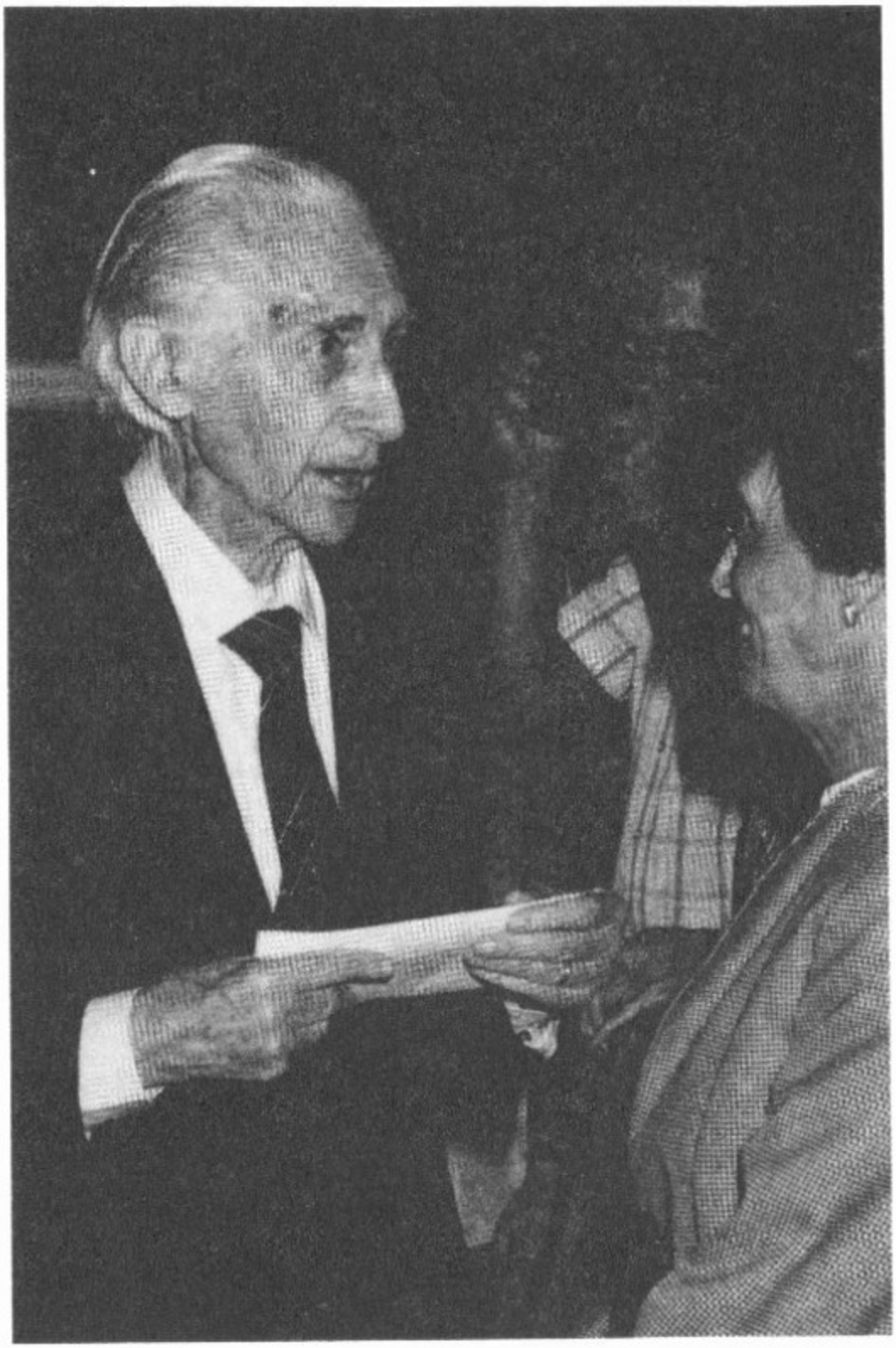
García Bacca con su familia en 1982

J.D. García Bacca con José Bergamín en Madrid, 1977



Con J.L.L. Aranguren y Carlos Gurméndez en Madrid, septiembre de 1981

Juan David García Bacca en Barcelona, 1983



J.D. García Bacca con la directora del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional

en la ceremonia de homenaje por el Premio Nacional de Literatura de Venezuela que se le otorgó en 1978. Caracas, 1988

Autobiografía «exterior»

Norma mía para estas autobiografías

No entra ningún detalle tan personal que no crea tiene importancia para que el lector aproveche mis obras para su formación personal. Omito, por tanto, los detalles, hechos, noticias, que juzgo no tienen más valor que la curiosidad —amable, respetable— del lector; y sus deseos —agradecidos por el autor— de conocer más del decurso vital, político, religioso, del autor.

Es, pues, la autobiografía del estilo seco, fáctico. Nada hay de novelado, a pesar de las vicisitudes de la vida del autor: guerra civil, exilio, cambio de estado, estancia en diversas naciones, universidades, institutos.

- Previo «natural»; nací el 26 de junio de 1901. Mi padre: Juan Isidro García Barranco, aragonés, maestro. Mi madre: Martina Bacca Benavides, castellana de Toro, Zamora. Hermanos míos: Rufino, José Martín. Hermana: Rosario.
- Estudios especiales en Alemania (Munich, de 1928 al 1931): Física Atómica y Teoría de la Relatividad (A. Sommmerfeld). Álgebra y Teoría de los Números (O. Perron); Cálculo Infinitesimal y Ecuaciones Diferenciales (Titze); Geometrías y Topología (Hartogs).
- Miembro de la Sociedad Matemática Española, 1933.
- Profesor encargado de curso de Lógica y Filosofía de las Ciencias en la Universidad Autónoma de Barcelona, 1933-1937.
- Miembro del Círculo Vienés, 1934-1936.

- Catedrático universitario, título ganado por oposición a Cátedra de Introducción a la Filosofía, en la Universidad de Santiago de Compostela, febrero de 1936. La oposición se realizó en Madrid.
- Estudios especiales en el Instituto Henri Poincaré de París, 1937-1938: Teoría de los Conjuntos (Lebesque); Cálculo de Probabilidades (Borel).
- Profesor de la Universidad e Instituto Pedagógico, Quito, 1939-1942.
- Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1942-1946.
- Miembro de El Colegio de México, 1942-1947.
- Miembro de la Sociedad Matemática Mexicana, 1943.
- Profesor de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1946. Titular desde 1959. Jubilado desde 1971.
- Profesor del Instituto Pedagógico, Caracas, 1947-1962.
- Miembro del Instituto Panamericano de Cultura, 1950.
- Miembro del Instituto de Cultura Americana, Bolivia, 1950.
- Diploma de Reconocimiento de Méritos Universitarios de la Universidad Central de Venezuela, 1950.
- Miembro de la Sociedad de Epistemología de Argentina, 1952.
- Miembro de la Sociedad de Filosofía Alemana, 1952.
- Miembro de la Sociedad Filosófica Argentina, 1953.
- Miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, Caracas, 1955.
- Miembro correspondiente de la Academia de Historia, Caracas, 1955.
- Doctor *honoris causa* por la Universidad Central de Venezuela, 1956.
- Doctor *honoris causa* por la Universidad Central de Lima, 1956.
- Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 1959-1960.
- Director del Instituto de Filosofía de Venezuela, 1959-1971.
- Diploma de la Orden Andrés Bello, Venezuela, 1960.
- Miembro de L'Institut International de Philosophie, París, 1962.
- Miembro de la Hispanic Society, Nueva York, 1962.
- Miembro de la Société pour l'Histoire des Sciences, París, 1962.

- Miembro del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Nuevo León, Monterrey (México), 1964.
- Miembro del Instituto Brasilero de Filosofía, 1964.
- Miembro de la Casa de Bello, Caracas, 1964.
- Diploma Mención de Honor otorgado por el Concejo Municipal del Distrito Federal de Caracas, 1967.
- Condecoración Orden 27 de Junio, Primera Clase, Diploma, Venezuela, 1972.
- Premio Nacional de Literatura, Venezuela, 1978.
- Calle dedicada a mi nombre por el Ayuntamiento de Caracas, 1979.
- Condecoración Orden Nacional al Mérito, Ecuador, 1981.
- Biblioteca del Instituto de Filosofía con mi nombre, Caracas, 1982.
- Institución de la Cátedra Juan David García Bacca, Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1982.
- Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, España, 1982.
- Gran Cordón de la Orden El Libertador, Venezuela, 1982.
- Miembro correspondiente de La Academia (platónica), Atenas, 1983.
- Medalla de Plata de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1984.
- Doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense, Madrid, 1985.
- Acto Homenaje de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona, por haber sido profesor (1934-1937) y primer doctor (1935) de la misma, 1985.
- Miembro honorario de la Academia de la Lengua, Ecuador, 1986.
- Tesis doctoral sobre mi obra por Carlos Beorlegui, 1988.
- Premio de Humanidades Arturo Uslar Pietri, Venezuela, 1990.
- Miembro del Consejo Asesor de Filosofía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 1990.
- Tesis doctoral sobre mi obra por Miguel Ángel Palacios, 1990.
- Medalla de Oro del Gobierno de Navarra, 1990.

Salí de España en 1937; volví en 1977. El intervalo, en América hispánica.

Ausencia: por motivos de conciencia democrática. *Vuelta:* por el restablecimiento de la democracia en España.

Por la ley de amnistía se me restituyó mi calidad de catedrático. Con todos sus derechos. Como tenía ya más de setenta años, de jubilación forzosa. Se me jubiló. Me he reintegrado a la vida cultural de España. Y todas mis obras compuestas a partir de 1977 se han editado en España. Y de todas las obras publicadas en América, las ya agotadas allí se han reeditado asimismo en España, y todas las futuras se editarán en España.

Autobiografía intelectual

Advertencias previas

1. «Nadie es buen juez en causa propia» nos advierte el refrán. Pero podría haber añadido: «si no quiere serlo». Que, si quiere serlo, no hay nadie mejor que uno para ser juez de sí mismo. Nadie tiene más datos y más de primera mano que uno mismo respecto de sí mismo.

En esta autobiografía me he propuesto ser buen juez en causa propia respecto de mi vida *intelectual* —no respecto de mi vida religiosa, científica, literaria, musical, estética… y teológica.

2. Se trata de historia, hecha desde mis ochenta años. Hecha y, sea dicho sinceramente, *rehecha* de memoria que ha actuado en sus dos funciones: *a)* recordar; *b)* seleccionar. *Imprimir un texto*, una estadística de datos sobre aciertos y errores; y *elaborar un contexto* según criterios, benévolos de ordinario, que cada uno puede llegar a reconocer, a confesar, cual suyos, como definidores de su (pretendida, siempre y de todos) personalidad. Mi historia, mi autobiografía, no es, pues, imparcial. Tal vez incluya no tanto lo que he sido, sino lo que habría querido ser o cómo habría querido verme después de cincuenta o sesenta años de actividad intelectual. Que desde los veinte (1921) comenzaron a lloverme ideas sobre todo-dios, mundo, vida, naturaleza, inmortalidad…; y fueron calando, sedimentándose, tranquila y constantemente, en *fondo* del que aflorarían posteriormente en momentos impensados, con fuerza impresionante, bajo choques de dos tipos: *a)* choques filosóficos contra tal fondo filosófico; *b)* choques científicos contra ese mismo fondo. Incluye, pues, esta autobiografía dos partes de un *Todo*:

1. Choques filosóficos contra el *Fondo* filosófico inicial, depositado durante unos veinte años (1918-1928).
2. Choques científicos contra el *Fondo* filosófico de unos sesenta años (1918-1980).

(A) Choques filosóficos contra el *Fondo* filosófico inicial

Mi fondo filosófico veinteañero se constituye por calar año tras año, curso tras curso, en mi inteligencia de filosofía aristotélico-tomista.

Primer choque. Obras (en latín) de Farges-Barbedette, Gredt, Marxuach, Liberatora, Zigliara, Sanseverino, Urráburu…, (mediocridad plúmbea); obras (en latín) de Suárez (*Disputaciones metafísicas*), *Curso filosófico tomístico* de Juan de Santo Tomás (de áurea mediocridad), mediocridades no remediadas por Mercier, Nyss, Renoirte, Maréchal…, y que de no haber sido por los choques filosóficos de que voy a hablar, hubieran hecho de mí una mediocridad filosófica de este tipo híbrido, infecundo filosóficamente que es la filosofía aristotélico-tomista. Por suerte Dios (o Alá) es grande y misericordioso.

El primer choque filosófico contra tal Fondo me vino del cardenal Cayetano (Tomás de Vío, 1468-1534): el único comentador genial, y pensador original, de santo Tomás y de un tomismo no cruzado aún con aristotelismo dogmático, escolastiquero y pedagógico clerical.

Sus comentarios, amplísimos y geniales, al brevísimo y elemental opúsculo de santo Tomás «De ente et essentia» y a la *Summa Theologica* fueron para mí choques contra esas mediocridades, plúmbea o áurea: choque, aquella valentía de Cayetano acerca de transcendencia (*Deus et supra unum et supra trinum…*), acerca de tipos y grados de identidad, su interpretación audaz de la transustanciación —ónticamente tratada, frente a lo parcial de trans-*formación*, trans-*materialización…* audacias que daban al traste, valiente y consecuentemente aplicadas, al aristotelismo y tomismo escolar. Pan nuestro intelectual y filosófico de todos los días de tantos años (1918-1928). Pan nuestro de cada día y de cada curso, dado por mí a

devotos estudiantes, que traté de mantener y de mantenerme con él, a pesar de todo, en obras mías (en latín) cual *De rebus metaphysice perfectis* (1930), *De metaphysica multitudinis ordinatione* (1928).

El *segundo choque filosófico* contra el Fondo aristotélico-tomista lo recibí en la Universidad de Munich en que, cual estudiante, cursaba matemáticas y física, para tratar, ¡oh iluso y benévolo!, de hacer una filosofía de las ciencias a tono con mi fondo aristotélico-tomista, tenido y vivido aún cual el *único* sistema de pensamiento, la *única* verdad en filosofía; cual el *único* lenguaje en que expresarse y entender y darse a entender, y el *único* cuerpo de doctrina sinceramente, conciencialmente, vivible.

Unicidad de verdad, *unicidad* de veracidad, *unicidad* de sinceridad. Dicho en términos modernos: *monopolio* de verdad, veracidad y sinceridad filosóficas; y *monopsonio:* unicidad de alimento intelectual para todos y cada uno de los filosofantes.

¿Quién no defendería, aun en día, tal monopolio y monopsonio en filosofía, no tan sólo aristotélico-tomista, sino kantiana, marxista, existencialista, positivista, fenomenológica…?

Yo intenté, con la mejor buena fe y conmovedora inocencia, defender —tal me lo parece a mis 80 años— todos esos *mono:* unicidades. ¿Comodidades —vitales, religiosas, políticas…?

A mis 28 años había leído a Kant —*Crítica de la Razón pura*—, sobre todo.

Tiene razón Antonio Machado al decir que una «cosa es leer y otra haber entendido».

Después de seguir el curso de física teórica y experimental en formulación newtoniana, caí en cuenta —fue choque filosófico— de que el prólogo de Kant a la segunda edición de *Crítica*, y la consecuente refundición de toda la obra, en especial de la deducción transcendental de las categorías, implicaban, y eran, la teoría del conocimiento capaz de dar razón del *factum, o* hecho y hazaña, de la ciencia matemática (Tales, Teeteto…), física (Galileo, Torricelli), tal cual hacían acto de presencia y eficiencia en el Renacimiento y siglos posteriores. Las categorías hacían

realmente posible tal tipo de ciencia y experiencia (aparatos y experimentos fisicomatemáticos), con cálculo algebraico e infinitesimal, con sentidos nuevos —telescopio, barómetro, balanza, planos inclinados, las cinco potencias: rueda, cuña, tornillo, palanca…; todo lo cual y lo a ello secuente y afín no podía explicarse ni obtenerse con esotros procedimientos y enseres mentales de esencia-existencia, potencia-acto, materia-forma, sustancia-accidentes que, con toda su pretenciosidad de esenciales, son incapaces de llegar a la fórmula más elemental de caída de los cuerpos, de la ley de gravitación, de la realidad de geometría analítica, del álgebra, clásica ya; todo ello implicaba saltos de género a género, inaceptables ya entre geometría y aritmética, según Aristóteles. Todo ello: esencia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidentes, materia-forma, *objectum formale quod y quo*, son vaguedades conceptuales, realmente inoperantes, que dan la ilusión de una coherencia sintáctica, tan vaga como ellas. No son, dicho en terminología kantiana, condiciones que hacen realmente, determinada y matemáticamente posible, la experiencia y la ciencia física moderna.

¿Quién es capaz de deducir, homogéneamente, de que «peso es el acto de tendencia de todo cuerpo hacia el centro del universo», la fórmula elementalísima de $z = 1/2\ gt^2$? No digamos, ahora, las fórmulas matemática y experimentalmente finísimas que hacen *realmente* posible o *factible* enviar lunanautas y pasearse por el cielo. Ascender a los cielos.

El choque que recibió de Newton mi fondo aristotélico-tomista deshizo tal híbrido. Y en realidad me mostró la necesidad de otra teoría del conocimiento. *Crítica de la Razón pura.* Sustituir esencia por proyecto (*Entwurf*).

Un intento de salvar tal fondo querido, abrigado cuidadosamente, fue mi obra *Ensayo sobre las consecuencias fisicomatemáticas de la teoría tomista de materia y forma* (1933).

Tercer choque de filosofía contra filosofía de Fondo, secretamente querido. El hecho de la ciencia físico-matemático-instrumental imponía nueva teoría del conocimiento. Mas el *hecho*, resaltante ya, insoslayable, impostergable de la ciencia económica clásica (Smith, Ricardo…) y de la industria,

deshacía esotro híbrido infecundo históricamente de sociología, hecha de política de Aristóteles y de iglesia tomista (teocracia, monarquía teocrática). Caí en cuenta de ello en 1936, leyendo los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx, recién dados a la publicidad. Me convencí de la necesidad de estudiar economía. No la de Aristóteles o de Jenofonte…, sino la clásica ya y sus formas posteriores de que todos, de buena o mala gana, vivimos.

Acusé el golpe, el choque. Reponerme de él tardará aún muchos años. Tal vez hasta 1960.

Cuarto choque de filosofía contra filosofía de Fondo, cuidadosamente abrigado. Si Newton me llevó a Kant, Kant pasó a fondo querido, cuidadosamente tratado, meticulosamente estudiado. En 1942, lejos ya de España, allá en tierras de la Nueva España —México—, la lectura de *Kant und das Problem der Metaphysik* de Heidegger fue un choque contra lo que de metafísica conservaba en el Fondo. El choque no me lo dio *Sein und Zeit*, a pesar de que el planteamiento inicial mismo de tal obra es de estilo metafísico clásico, Aristóteles. La metafísica, dice Heidegger en *Kant und das Problem…*, no es una teoría; es un *acontecimiento (Geschehen):* toda una *irrupción (Einbruch*) que en Ser hace ese ente concreto que es el hombre Irrupción que descompone el ser en entes: y a éstos, en enseres (*Zeug*). Si así fuera —y Heidegger muestra cómo se produce en Kant mismo eso de que la *filosofía primera considera al ser en cuanto ser y lo que en cuanto ser le conviene:* tal es la caracterización y tarea que Aristóteles le señala, y se señala, y en ello trabajaron abnegadamente los medievales—, resultaría deshecha, deshecho el Ser, por una *irrupción*, no por una refutación u olvido. La coherencia máxima del Ser, el Ser parmenídeo, no resiste la irrupción de un ente cuyo privilegio y faena en el orden de lo real es, cual la de la bomba atómica (recién descubierta y empleada), deshacer el ser en entes —la materia, en radiación.

Kant und das Problem der Metaphysik, segunda parte de *Sein und Zeit* (tal la creyó Heidegger por un tiempo) destruyó la primera. Tanto que Heidegger notó no poder continuarla. *Kant und das Problem…* es la bomba

atómica, filosófica, de *Sein und Zeit.* Y lo fue de lo que de metafísica (ontológica general) quedaba en mi Fondo.

Quinto choque de filosofía contra filosofía de Fondo. En 1945 leí por primera vez, lo he releído muchas más (trece), *Process and Reality* de Whitehead. Su esquema categorial incluye 27 categoriales, siendo el primero y principal el de creatividad: novedad, avance creador, advenimiento de novedades, emergencia de nexos nuevos… «Creatividad es lo universal más universal: la característica de lo realmente real». «Creatividad es el principio de novedad». «El principio metafísico último es el avance desde disyunción a conyunción, creador de entidad nueva diferente de las entidades dadas en disyunción…».

Ser(on) se dice en plural (pollachos), así ya Aristóteles (*Metafísica,* 1028 a).

Ser(se) deshace en entes, por irrupción del Hombre (Heidegger).

(Whitehead):

Creador se deshace en creaturas.

Creación se deshace en creaciones, creatividades, en novedades.

Creaturas, creaciones, novedades se rehacen en novedades.

Ambos, Dios y Mundo, están agarrados por ese fundamento metafísico que es el avance creador hacia novedad. Cada uno de ellos, Dios y Mundo, es instrumento de novedad para el otro.

Kant y el problema de la metafísica, Heidegger, 1959.

Proceso y realidad, Whitehead, 1929.

¿*Creatividad:* novedad, emergencia, espontaneidad… *categorial* superior a ser y a categorías aristotélicas y kantianas, inclusive a la función de irrupción del hombre en el Ser y su deshacimiento en seres, de Heidegger?

Tal propone, y discute larga y concienzudamente, Whitehead, lógico y coautor con Russell de *Principia mathematica,* matemático él mismo y físico en quien, por irrupción, surge esa concepción del ser, de dios y del mundo, como irrupción de novedades, espontaneidades, creaciones, recreaciones… ¿Concepción radiactiva del ser? ¿Explosión del Ser en

seres? Mas todo ello apunta al tema: autobiografía teológica. Falta aún considerar antes de abandonar el tema de esta primera parte, la (B).

(B) Choques científicos contra el *Fondo* filosófico

Choque primero: contra las nociones aristotélico tomistas de finito e infinito. Todavía intactas, inatacadas en 1928.

Por entonces cayó en mis manos, en mis ojos, la *Einleitung in die Mengenlehre,* de Fränkel (edic. 1928). Y por ella me enteré de los transfinitos de Cantor. Mejor, chocaron estruendosamente con mis nociones de finito e *infinito.*

Para el griego Aristóteles, lo finito definible, llegado a definido —y expresado en definición— está ya en estado perfecto (en-telequeia). Lo finito definido es perfecto. Infinito es, por ello, indefinido, in-definible, in-determinado: imperfecto. *Apeiron* significaba todo eso. Ningún griego consideró como atributo digno de ningún ser lo de *infinito.* Tomás de Aquino, provenga de lo que proviniere la inversión, creerá que *infinito* es atributo supremo: que infinito es lo máximamente definido: lo máximamente perfecto. Constitutivo digno de Dios. Y tono (modo) en que se hallan siendo todos sus atributos —sabiduría, bondad, justicia, poder… Y, por inversión, todo lo finito, lo bien definido, es imperfecto. No cabían mayores inversiones de lo griego. Inversión que es realmente un *híbrido* aristotélico-tomista.

Entre finito e infinito se da lo transfinito, perfectamente definido por leyes propias determinadas. A las preguntas, v. gr., «¿cuántas son infinitas ideas, infinitos conceptos, infinitas creaturas…?» no basta con decir y probar vagamente que son infinitas. Con Cantor se puede ya preguntar «¿son tantas o tantos cuantos los números enteros, los algebraicos, los trascendentes, los reales…?». Si Dios, por ejemplo, tiene infinitas ideas, y puede crear infinitos seres… ¿cuántos? ¿Tantos cuantos los enteros, los reales? Y ¿con qué orden entre ellos? ¿Contarlos con qué transfinito, cardinal y ordinal?

El híbrido-infecundo matemáticamente: cardinal y ordinalmente de in*finito,* aristotélico-tomista, deshácese por los transfinitos de Cantor,

tratados no sólo como y con números, sino con *conjuntos;* que su teoría es lo que la escolástica denominó unidad y multitud trascendental, superior y diversa de la cuantitativa finita. A unidad y multitud dedica Tomás de Aquino dos artículos en la cuestión XI de la primera parte de la *Suma.* Los transfinitos, cardinales y ordinales, desdefinen lo finito y deshacen la vaguedad de infinito, Espacio, tiempo, número continuo, movimiento… dejan de ser finitos o infinitos en potencia, jamás infinitos en acto; mas pudieran ser transfinitos, perfectamente determinados por funciones, por leyes matemáticas. La vaguedad del híbrido finito-infinito deshácela la teoría de los transfinitos cardinales y ordinales. A mis 26 años yo sentí el choque, y los destrozos que causaba. ¿Cuántos aristotélico-tomistas lo han sentido, y valiente y sinceramente aplicándolo a todo: *a todo dios*?

Choque segundo: Lógica matemática (simbólica, formal, teorética) de Hilbert-Ackermann (*Grundzüge der theoretischen Logik*, 1928).

Descubierto en el anticuariado de Kitzinger (en Munich) —y adquirido para lectura durante el viaje de vacaciones de Alemania a España entre los semestres de verano e invierno (1929-1930)—, trocóse de curiosidad en *choque.* ¿Tratamiento calculatorio de la lógica? Perfecto —esto fuera lo de menos. *Axiomático,* y esto es lo definitivo. Todas las leyes lógicas conocidas —desde principios cual identidad, contradicción, disyunción… pueden deducirse de cuatro axiomas y dos reglas. El paso, o descenso, de ser principio a ser secuela: de *principios* de identidad, contradicción… a *teoremas,* a demostrados… invertía su posición y valor en lógica aristotélica y pasaban a ser principios, o axiomas, fórmulas más hondas, y extrañas, que regían a la lógica aristotélica, y la reducían a lógica derivada: a caso insignificante de una lógica más fundamental. Respecto de semejante lógica todos los tipos de proposiciones —teológicas, filosóficas, físicas, matemáticas…— descendían al mismo nivel para todas: a casos de fórmulas. Tanto, y más, que los números enteros son casos insignificantes de una fórmula algebraica.

Que la abstracción lógica es la suprema, y constitutiva de la ciencia lógica, desciende a ser caso tan vulgar como la abstracción física.

Choque tercero: de axiomática general contra filosofía de Fondo.

La obra *Grundlagen der Geometrie*, de Hilbert, es de 1900. Pero actuó sobre mí cual choque al ponerme el año 1944 a traducir y valorar filosóficamente los *Elementos de Geometría* en Euclides (edición UNAM). Hilbert presenta una axiomática perfecta que incluye no sólo los axiomas catalogados explícitamente por Euclides, sino los implícitos y actuantes. Total 20, en cinco grupos; en contraste con los cinco postulados (aitémata), de Euclides. Pero lo decisivo no es tanto el número explícito de lo implícitamente contenido y actuante, sino que los axiomas (20) son no sólo compatibles o no contradictorios entre sí; ni lo es el que sean suficientes (completud) para demostrar todos los teoremas conocidos y los por conocer si se los formula con las nociones básicas; sino que son independientes unos de otros. Lo cual viene a decir que se puede afirmar o negar uno, conservando los demás; y son deductibles teoremas, es decir: dan una ciencia completa; y son posibles, e igualmente válidas, otras. Así el «postulado de las paralelas» (en DI, en Hilbert: el V, en Euclides), por ser independiente de todos los demás puede ser tomado afirmativa o negativamente. «Que no cabe más que una paralela, etc., que cabe más de una, que no cabe ninguna». Que son, pues, equiposibles y equicientíficas geometrías cual la euclídea, la riemanna, la de Bolyai. Y así respecto de todos y de cada uno de los restantes 20 axiomas. Pluralidad de geometrías.

La geometría, que parecía por siglos y aun milenios, ser la única posible; la monopolizadora de la verdad geométrica, resulta, estudiada axiomáticamente, una entre más. La unicidad geométrica no existe. Como se sabe, no hay algo así como única aritmética posible… Todo lo cual viene a decirnos —vino a decirlo a quien todavía creía, con conciencia científica tranquila, que la verdad en todos los órdenes es no sólo una, sino única— que *Verdad* es un plural; tanto, por decirlo así, como *Flor* es, dichosamente, un plural; *flores*; y *Fruta* es, saboreable, en *frutas*. *Verdad* ¿no será, dichosa y viviblemente, *verdades*? *Verdad* geométrica, aritmética, filosófica, teológica, moral… ¿no será real, dichosamente, viviblemente, *verdades* geométricas… teológicas…?

Choque, golpe —descomunal, desconcertante— contra unicidad de *Verdad;* ¿y contra los *monopolios* que por tal *unicidad* se justifican y practican?

Choque cuarto contra la preeminencia de la proposición. Hablar en proposiciones —no en exclamaciones, deseos, oraciones, maldiciones o bendiciones, himnos, alabanzas…— pareciera y me lo pareció durante tantos y tantos años, a mí, y es lo menos importante, sino a todos los lógicos, comenzando por Aristóteles, ser condición necesaria para hablar científicamente —filosóficamente, teológicamente, matemáticamente… Pero allá, en 1934, en el curso de filosofía de las ciencias que estaba dando, inaugurando, en la Universidad Autónoma (con la autonomía otorgada por la República a Cataluña) me serví de la obra *Concepto de sustancia y concepto de función*, de Cassirer (publicada en 1910). Al estudiar ese año —«no es lo mismo leer que entender lo leído». A. Machado, tenía razón una vez más— el choque que yo recibí, lo transmití, me consta, a mis oyentes. Pocos y escogidos. Con proposiciones: modelo, las viejas: «El hombre es animal racional» o «dos es par»… se podía hablar de todo —tal se creía—; a una sustancia con carácter de sujeto podía, y tenía que, atribuirse predicados. Y al asignarle todos y solos los suyos resultaba *definición.* Así se hablaba y tenía que hablar; y no había otra manera correcta de hablar de todo: de dios, dioses, héroes, hombre, números, figuras, virtudes, vicios, luna y sol, agua y fuego… La estructura «sustancia y propiedades de ella» subtendía y justificaba la estructura del sujeto y predicado, la de proposición enunciativa. La óntica regía la onto-*logia* y la *lógica.* Pero la ciencia, a partir del Renacimiento, tuvo que inventar lenguaje nuevo: el matemático, en que no hay ni sujeto ni predicado, ni afirmación ni negación, ni sintaxis gramatical, ni ortografía, regida por la lengua y no hay ni vocales ni consonantes… La gramática científica —aritmética, algebraica, analítica… y, por tanto, la gramática de la física matemática, de una geometría analítica, se rigen por otra estructura: la de *función.*

La fórmula más sencilla —delicada y aprovechadamente traída por Cassirer— en tal obra: la fórmula cuadrática de las cónicas

$$x^2 + y^2 + axy + bx + cy + d = 0$$

no es legible, ni pronunciable, ni inteligible. Mas es aprovechable científicamente o intrinsecable reguladoramente en instrumentos. La necesidad que de la lengua natural —con vocales, consonantes, proposiciones…— tienen y han tenido, como necesidad natural, todos los conocimientos —teológicos, filosóficos, morales, políticos…— de siglos pasados, es necesidad dictada por la fisiología elemental del cuerpo humano. Es necesidad fisiológica, corporal: impuesta al alma por su cuerpo. ¿Que hasta Dios ha tenido que hablamos en tal lengua, y ha tenido que hablar él consigo mismo en tal tipo de lengua? En ella han tenido que hablar, y han creído que era la *única* manera de hablar todos: Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino…

El monopolio de la lengua natural y de su gramática, queda destruido por el invento, no natural, de la lengua matemática, algebraica, simbólica. O, reducido a la afirmación de Cassirer: el concepto de sustancia ha quedado sobreseído, sustituido, por el de función.

Del golpe de *función* no se puede reponer el de *sustancia.* Si todavía hablamos según gramática natural proviene de la fisiología; no de ninguna clase de palabra «divina». ¿Todavía pediremos que Dios nos hable en hebreo, latín, griego, castellano…? ¿Que nos tenga que hablar en estilo fisiológico? Si ya no tenemos que hablar de nada, de lo más profundo, sutil y potente de lo real —en física, química, astronomía…— con lenguaje natural, fisiológico, ¿por qué no pedir a Dios o a los hombres, o algunos de ellos para comenzar, que nos hable en lenguaje funcional, matemático, simbólico, formal? Tales lenguajes funcionales ¿no podrán ser ya lenguaje en que Dios, conciencia, fondo del universo se nos revelen? ¿No se está usando para pasearse por el cielo el lenguaje funcional? Pero estos, y parecidos interrogantes, me remiten a autobiografía teológica —excluida del trabajo, confesión actual.

Quinto choque: el científico contra la estructura filosófica de la ciencia. Como estudiante de física teórica en Munich había seguido las lecciones de Sommerfeld sobre teoría de la relatividad. Él fue el primero que aplicó tal

teoría a la estructura de las líneas espectrales de los átomos (*Atombau und Spektrallinien*, 1929).

Pero, una vez más, modulando la sentencia de Machado, «una cosa es haber seguido un curso de teoría de la relatividad; y otra haber percibido, entendido el golpe, el choque que su originalidad daba a la teoría de la ciencia»; y en mi caso, a la teoría clásica aristotélico-tomista. El golpe descendió, dicho en terminología de Freud, a la subconciencia. La teoría aristotélico-tomista reprimió, represó, el golpe, hasta 1941 en que publiqué en México (editorial Séneca) un volumen entero de 295 páginas dedicado a teoría de la relatividad —memorias fundamentales de Lorenz, Minkowski, *Einstein*, Weyl, axiomática de Reichenbach, con introducciones y notas. El prólogo a tal obra, en sus 58 páginas, acusaba el golpe; salíale a la cara de la teoría aristotélico-tomista. ¿En qué se condensaba y conocía el golpe?

Según los analíticos posteriores de Aristóteles, la ciencia es un contexto de proposiciones verdaderas, evidentes, ciertas, firmes, necesarias. Digamos breve y resumidamente que «ciencia es un contexto de proposiciones en un tono (modo) de verdad necesaria». Por *necesario* no puede, tiene más bien, que desarrollarse según las correlaciones de principio a secuelas, de axiomas a teoremas. La ciencia, así constituida, no puede ser refutada por hechos; no puede progresar por experimentos. ¿Qué clase de hechos, de sucesos, podrían demostrar o destruir los principios de la lógica, constituida en ciencia, en estado científico? ¿Qué experimento —trato artificial— pudieran destruir, refutar, el teorema de Pitágoras? Todo lo que esté en *estado de ciencia* es inmutable, eterno, necesario, irrefutable, No hay, ni puede haber, hechos en contra, experimentos en contra. Pues bien: un *hecho:* la igualdad de masa inercial y gravitatoria y un *experimento:* el del interferómetro de Michelson no destruyen, propiamente, la ciencia física newtoniana, o física en *estado de ciencia* matemática; hacen un efecto espectacular, imprevisible e inconcebible: surgimiento de una ciencia física nueva que reduce la newtoniana a caso particular, sin privilegio de *unicidad* de verdad; y ciencia de nuevo estilo porque entra en sus leyes matemáticas un *hecho:* la constancia de la velocidad de la luz; su carácter de velocidad máxima: su valor de 300.000 km por seg. Y además llevan sus fórmulas incrustadas una relación fáctica: la igualdad de masa inercial y gravitatoria.

Y tal tipo de ciencia compleja: de ciencia y experiencia, de funciones y aparatos, de ley y de hechos, hace progresar la ciencia; no por evolución homogénea, por desimplicación de lo idéntico, por virtud del principio de identidad mediata o inmediata.

Ciencia de tipo sintético *a priori*, con incrustaciones de sintético *a posteriori.* Montaña con diamantes.

Sexto choque contra la teoría aristotélico-tomista de la individualidad. Teoría cuántica de Heisenberg.

Todavía en mis años de Munich (1929-1931) se comentaba en la universidad el fracaso de una teoría de Heisenberg sobre la superconductividad de ciertos metales. Por natural curiosidad leí sus *Principios físicos de la teoría cuántica* (1950). Pero, una vez más, se cumplió lo de Machado que no es lo mismo leer que haber entendido; sobre todo, entendido filosóficamente, y apercibídose del golpe demoledor que asestaba a ciertos conceptos filosóficos clásicos ya hasta en la física newtoniana y la relativista; y aun en las teorías atómicas de Bohr… Me sentí en 1941 golpeado en el *principio filosófico* clásico, adoptado inocentemente hasta por físicos, *de individuación.* Todo lo real y todo lo de todo lo real no puede ser real sino individuado. La unidad de individualidad es condición para ser real. Dicho fraseológicamente; tiene sentido real las proposiciones «*este* hombre tiene *esta* razón y tiene *esta* voluntad y tiene *este* lugar en *este* momento y con *esta* cantidad de movimiento y este color… y en *esta* sustancia, y tiene *estos* accidentes y es *este* hombre». Todo lo real es, está, necesariamente, individuado y tiene, *a la vez, en unidad*, individuado todo: desde ser, por sustancia… hasta esta cantidad… Inclusive cuando se dice, con su poquito de novela filosófica-teológica que los espíritus (los ángeles) son cada uno de una especie, esa unidad de especie es su unidad individual. No hay, ni puede haber, más que un Gabriel. Los físicos clásicos, como Newton, y aun los físicos cuánticos, como Bohr, creían, sin más, que no sólo tienen sentido científico físico —sino además tal sentido físico es experimentablemente comprobable— las frases o programas experimentales: este electrón pasa en *este* momento por esta rendija con esta cantidad de movimiento. ¿Todo individuo físico —

protón, electrón, fotón, *a fortiori* sol, luna… hombre…— es *este, único;* y tiene *estifactas*, a la vez, de una vez todas sus propiedades, sobre todo las básicas: masa, lugar, energía, tiempo, momento…

Pero Heisenberg —prescindamos de los motivos que llevaron a sospechar primero, programar después y estudiar los experimentos que creían regirse por tal principio de total individuación de toda categoría física, y notar su fracaso—, afirmó que la realidad estaba regida simultáneamente por un principio de indeterminación, en virtud del cual la individuación de una categoría, o magnitud, llevaba adjunta la desindividuación de su conjugada. Que, por ejemplo, si un (*este*) electrón pasa por *esta* rendija (está, pues, en *este* lugar), su cantidad de movimiento (impulso) queda indeterminado, *desindividualizado;* diría, se lo dijo a sí mismo el autobiografiado. Mas, para desconsuelo de filósofos ignorantes de física y matemáticas —y consolados con lo que dice la frase, mal traducida, de «principio de incertidumbre»— tal indeterminación, no sólo consiguiente, sino simultánea con determinación dentro de una misma realidad, está formulada en fórmula *determinadísima;* la famosa de

$$pq - qp = h/2\pi i$$

que fija el ámbito de la indeterminación de la categoría o magnitud conjugada de *esta* realidad.

Para desconsuelo del breve consuelo, tal principio, tal determinación simultánea, a la vez y a la una, con determinación, afecta a las realidades básicas de nuestro universo, y del hombre: átomos, electrones, protones, moléculas… y aun a cuerpos cual sol, luna; y la misma fórmula indica la magnitud de tal individuación desindividuante. Magnitud inexperimentable por ahora, dada la finura actual de los instrumentos, en ciertas realidades, pero experimentable y experimentada en los componentes básicos del universo y cada uno de nosotros.

Dicho ya clara, distinta y escandalosamente: el individuo no tiene, ni puede tener todo lo suyo en el mismo grado de individuación. La individuación en *esta* categoría (cantidad, movimiento, masa, energía…) desindividúa, según ley, según fórmula, otra categoría de las tenidas por

individuadas. La individuación desindividúa. No hay principio de individuación. Mas desindividuar, por haber individuado, es una real y original manera de universalizar. Ningún individuo puede llegar a ser *mónada.*

Si los átomos, moléculas, electrones… de cada uno de nosotros no pueden ser *míos,* a la vez, a la una, en todas esas categorías, tan fundamentales como posición en el lugar y cantidad de movimiento, o duración y energía… *yo, este,* hombre —Sócrates, Jesús… J.D.G.B.— somos y tenemos que ser a la vez, a la una, *este*-y-*universal,* este en *universo,* vinculados este y universo en la misma realidad, y según ley físico-matemática. Nada de vaguedades.

Sólo en cuerpos, vivientes o no, grandes —cual los de hombre… sol, luna…— el componente de desindividuación, de cosmicidad, resulta tan pequeño —con pequeñez, no obstante calculable y en principio observable — que pudo pasar desapercibida, y lo pasó, para Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino… Newton, Laplace y Bohr mismo.

¿Hasta cuándo pasará desapercibida, en sus secuelas filosóficas, para los filósofos actuales? ¿Por qué se han de dar por enterados de que han venido al mundo Heisenberg, Born, Jordan, Schrödinger… a perturbar la tranquilidad evidente, del *principio de individuación*? ¿Yo no soy íntegramente yo? ¿Lo mío no es íntegramente mío? ¿Limitación aun del Yo trascendental?

Séptimo choque científico contra las modalidades filosóficas. Posible, real, necesario son las modalidades, o tonalidades, que pueden afectar, en principio, a los seres y a todo lo de ellos. En verdad «ser no se puede ser sino siéndolo *realmente*». Lo necesario es necesariamente real; tiene que llegar a ser necesariamente *real,* y lo posible degenera en imposible, en inconcebible, si no es, si no llega a ser, real. Necesario, real, posible son *modos;* no son atributos —cual racional, sustancia, cantidad, acción, relación, viviente…— que puedan constituir seres. A el Necesario no corresponde nada, ningún ente; cual sólo eso de «Do mayor» no constituye ni suena a melodía o tema o sinfonía musical alguna, Igual se diría de *lo posible* o *lo real.*

Las modalidades compuestas —trabalenguas y trabaconceptos, para los clásicos desde Aristóteles— «necesariamente real, necesariamente posible, posiblemente real, posiblemente necesariamente real, realmente posible»… NR, NP, PR, PNR, RRA, NNP, etc., no pueden ser constitutivos de ningún ente. Al NNN nada puede corresponder —cual nada resuena ni puede, a ello sólo sonar a Do menor, Mi bemol mayor, Fa mayor…

El necesariamente posible, el necesariamente real, son tonalidades sin música —sinfonía, sonata…; sin *entes*— Dios, dioses… vivientes, números, fórmulas…

La interpretación estadístico-probabilística de Born y Jordan, y los diversos tipos de estadísticas cuánticas, rectoras de las partículas fundamentales del universo —electrones, protones, fotones… que son las *nuestras;* y aun el tratamiento estadístico de nebulosas, gases, en el universo, en el cielo— todo ello resumido en la frase, escandalosa física y filosóficamente, de «concepción probabilística del universo» me hizo sospechar —la sospecha es atentado filosófico— que probabilidad, cálculo de probabilidades, no sólo *sustituía* ventajosamente, con ventaja para este tipo de ser real, comprobable aun instrumentalmente su realidad, sino que *era el constitutivo* de toda realidad, adaptable a cada tipo de ella. A *el* Necesario, o a *Lo* necesario nada responde; igualmente, a lo imposible nada corresponde. Pero «máximamente probable, mínimamente probable, mayormente probable» constituyen original curva de Gauss, que hasta las compañías de seguros provechosamente explotan, y explotamos al asegurarnos. El procedimiento estadístico es experiencia de realidad. La probabilidad tiene leyes matemáticas; desde Pascal se sabe y aplica. A las palabras y conceptos vagos de «azar, suerte, contingencia, ventura» nada responde.

En 1949 publicaba Max Born la obra *Natural Philosophy of Cause and Chance.* Causa y determinismo van unidos. Y Causa suprema, primera, y determinismo van superlativamente unidos. Los teólogos lo supieron. Predestinación ¿compatible con libertad? Max Born trata de demostrar a lo largo de la obra que Azar, Probabilidad, Cálculo de Probabilidades dominan lo real, sin producir determinismo causal.

Causalidad, determinismo, necesidad son trío adorado de la filosofía natural, física, desde Newton, hasta Einstein inclusive.

«Probabilidad, vida, libertad» son el nuevo trío que Born propone en el capítulo final de la obra con el título *Metaphysical Conclusions.*

Al leerla, y estudiarla en 1956 para que coincidieran *leer y entender* me di por aludido, y se sobresaltaron, saltaron en trozos, las modalidades clásicas, tan bien avenidas: posible-real-necesario.

De tantos, y tan variados choques ¿qué queda, partes o trozos? ¿O sólo destrozos? ¿Se habría cumplido en mí la sentencia misteriosa, maliciosa, de Heráclito: «El universo más bello no es sino un puñado de desperdicios echados a voleo»? ¿El universo filosófico más bello, mejor estructurado, cual parecen serlo el griego, el medieval y el kantiano… habrán resultado, por tales choques filosóficos unos, científicos otros, desperdicios echados a voleo?

Sea de ello lo que fuere, dos refranes me aconsejan y alientan: «No se puede repicar e ir a la procesión»; «no se puede nadar y guardar la ropa».

No se puede repicar a la filosofía, e ir en procesión —religiosa, política…

No se puede nadar en infinito, en transfinito, y guardar la ropa de un sistema filosófico, teológico, científico o de un Credo o de un Dogmaticario.

No puede ir en procesión alguna; no puedo guardar la ropa de ningún sistema. Prefiero nadar, y ahogarme; ser filósofo, a ser teólogo.

Transcendencia, transfinitud, transustanciación —¿idea fija, obsesión, megalomanía?

J.D. García Bacca con Marcial Suárez, Carlos Gurméndez, Esteban Mate y Ángel Nogueira en la presentación de la colección «Memoria Rota» de la Editorial Anthropos. Ateneo de Madrid, 1985

Juan David García Bacca con María Zambrano en Madrid, 1985

Apéndice

Bibliografía

Esta bibliografía recoge las obras de y sobre Juan David García Bacca aparecidas entre 1980 y 1991.

Para la bibliografía anterior a 1980 véanse: «Bibliografía de y sobre Juan David García Bacca», *Anthropos* (Barcelona), 9 (febrero de 1982), 15-24; I. Izuzquiza, «La obra escrita de J.D. García Bacca», *Anthropos* (Barcelona), 29-30 (septiembre-octubre de 1983), 22-33, y aumentada y corregida, en I. Izuzquida, *El proyecto filosófico de Juan David García Bacca*, Barcelona, Anthropos, 1984, 501-535.

Obras de Juan David García Bacca

1980

«Einstein. Homenaje al filósofo de la ciencia», *Arbor* (Madrid), CVII, 419 (noviembre 1980), 7-22.

«Traducción, prólogo, notas y clave hermenéutica» de las *Obras completas* de Platón, 12 vols., Caracas, Presidencia de la República / Universidad Central de Venezuela, 1980-1982.

1982

Antropología filosófica contemporánea. (Diez conferencias), 1955. (Nueva edición, revisada por el autor, de la obra publicada en 1957), Barcelona, Anthropos, 1982 (reimp. 1987), 189 pp.

«Autobiografía intelectual», *Anthropos* (Barcelona), 9 (febrero de 1982), 4-10.

1983

Antropología y ciencia contemporáneas. (Nueva edición revisada por el autor, de la obra publicada en 1961), Barcelona, Anthropos, 1983, 182 pp.

Tres ejercicios literario-filosóficos de dialéctica, Barcelona, Anthropos, 1983, 101 pp.

Tres ejercicios literario-filosóficos de economía, Barcelona, Anthropos, 1983, 107 pp.

1984

Tres ejercicios literario-filosóficos de antropología, Barcelona, Anthropos, 1984, 280 pp.

Infinito, transfinito, finito, Barcelona, Anthropos; 1984, 172 pp., 2 h. despl.

Tres ejercicios literario-filosóficos de moral, Barcelona, Anthropos, 1984, 107 pp.

Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado. [Nueva edición, revisada por el autor, de la obra publicada en 1967], Barcelona, Anthropos, 1984, 210 pp., + 3 h.

Teoría y metateoría de la ciencia, Caracas, Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1984, 834 pp.

Transfinitud e inmortalidad, Caracas, Josefina Bigott, 1984, 100 pp.

1985

Necesidad y azar. Parménides (s. V a.C.) - Mallarmé (s. XIX d.C.), Barcelona, Anthropos, 1985, 149 pp., ilust., + 1 h., 6 láms. despl., 8 láms.

«Tres ejercicios de lógica. Potenciaciones de negación», *Theoria* (San Sebastián), I, 1 (1985), 179-183.

«Tres glosas literario-filosóficas a Antonio Machado», *Anthropos* (Barcelona), 50 (extra-7) (junio 1985), 100-106.

«Qué es dios y Quién es Dios», *Anthropos* (Barcelona), 53-54 (septiembre-octubre 1985), 105-109.

1986

Tres ejercicios literario-filosóficos de lógica y metafísica, Barcelona, Anthropos, 1986, 147 pp.

Qué es dios y Quién es Dios, Barcelona, Anthropos 1986, 580 pp., ilust., + 2 h.

1987

Elogio de la técnica, Barcelona, Anthropos, 1987, 154 pp.

«Historia filosófica de la física, como serie de inventos conceptuales», *Anthropos* (Barcelona), 76 (septiembre 1987), 37-41.

1988

Pasado, presente y porvenir de grandes nombres. I: *Mitología, teogonia, teología, filosofía, ciencia, técnica*, México, FCE, 1988, 598 pp.

1989

De magia a técnica. Ensayo de teatro filosófico-literario-técnico, Barcelona, Anthropos, 1989, 223 pp.

«Comentarios a la *Esencia de la poesía*», en M. Heidegger, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Barcelona, Anthropos, 1989, 41-87.

«Selección de textos», *Suplementos Anthropos* (Barcelona), 14 (abril 1989).

«Cómo Don Quijote salvaba su fe y su conciencia», *Suplementos Anthropos* (Barcelona), 17 (septiembre 1989).

1990

Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas, Barcelona, Anthropos, 1990, 554 pp.

Filosofía de la música (texto revisado por Miguel Ángel Palacios), Barcelona, Anthropos, 1990, 830 pp., ilust.

1991

Sobre el Quijote y don Quijote de la Mancha. Estudios literario-filosóficos, Barcelona, Anthropos, 1991, 512 pp.

En preparación

Riqueza de ejercicios filosóficos (1957-1969). (Estudios y Ensayos, I), Barcelona, Anthropos.
Modos de filosofar (1945-1971). (Estudios y Ensayos, II), Barcelona, Anthropos.
Existencialismo (1942-1961). (Estudios y Ensayos III), Barcelona, Anthropos.
Tres ejercicios sobre verdad, Barcelona, Anthropos.

Entrevistas

«"Cantar es contar". El autor de la *Metafísica natural* habla sobre filosofía y música». (Entrevista por Carlos Gurméndez), *El País* (Madrid) (9 de diciembre de 1981), 42.

«Pensamiento y futuro» (entrevista), *Anthropos* (Barcelona), 9 (febrero 1982), 24-25.

«Vivo la prórroga de mi existencia». (Entrevista con Kalinina Ortega), *El Nacional* (Caracas) (21 de noviembre de 1983).

«Cosmología e inmortalidad». (Entrevista con Carlos Gurméndez) [publicada en parte en *El País* (Madrid) (13 de noviembre de 1983)], *Anthropos* (Barcelona), 41-42 (septiembre-octubre 1984).

«Problema, Tragedia o Tragicomedia de Vida, Muerte e Inmortalidad». (Entrevista por Josefina Bigott), *Últimas Noticias, Suplemento Cultural* (Caracas) (11 de agosto de 1985).

«Entre preguntas y respuestas "Yo sé que no sé nada…"». (Entrevista por Josefina Bigott), *Últimas Noticias, Suplemento Cultural* (Caracas) (26 de abril de 1987), 1-3.

«No he perdido la ilusión de vivir». (Entrevista con Manuel Abrico), *El Diario de Caracas* (4 de marzo de 1988).

Revistas dedicadas

Anthropos (Barcelona), 9 (febrero de 1982), «Juan David García Bacca». [Contiene: «Cosas y personas» (Editorial); «Autobiografía intelectual» (J.D. García Bacca); «La obra filosófica y literaria de Juan David García Bacca» (C. Gurméndez); «Bibliografía de J.D. García Bacca»; «Reflexiones, pensamiento y futuro»; Libro del mes: Platón, *Obras Completas*, de J.D. García Bacca, Universidad Central de Venezuela].

Anthropos (Barcelona), 29/30 (septiembre-octubre 1983) «Lectura de Marx, por J.D. García Bacca. J.D. García Bacca: Una lectura transustanciadora de la obra y del pensamiento de Marx. Una recreación hispana de Marx. 1. Análisis y comentarios». [Contiene: «J.D. García Bacca: una lectura transustanciadora de la obra y del pensamiento de Marx. Una recreación hispana de Marx» (Editorial); «Juan David García Bacca: datos para una biografía elemental» (I. Izuzquiza); «La obra escrita de J.D. García Bacca» (I. Izuzquiza):

«Los retos de la obra de J.D. García Bacca» (I. Izuzquiza); «García Bacca y la obra de Marx: elementos de una lectura “escandalosa”» (I. lzuzquiza): «J.D. García Bacca recrea a Marx» (A. Santo Juan); «Los marxismos y García Bacca» (C. Gurméndez); «Terminología marxista en García Bacca» (A. Vicente González); «El humanismo utópico de García Bacca» (C. Beorlegui)].

Anthropos (Barcelona), 31/32 (noviembre-diciembre 1983), «Lectura de Marx, por J.D. García Bacca. J.D. García Bacca: Una lectura transustanciadora de la obra y del pensamiento de Marx. Una recreación hispana de Marx. 2. Textos y notas (Antología temática)». [Contiene: «Dialéctica: la recuperación científica y actual de un concepto y un método» (Editorial); «Lectura innovadora de Marx, Filosofía de transustanciación humana del universo y de transustanciación universal del hombre» (Resumen y análisis del texto de J.D. García Bacca: Marx en «Lecciones de Historia de la Filosofía»)].

Sobre Juan David García Bacca

ARANGUREN, José Luis L., «Juan David García Bacca, pensador de Dios», *Saber Leer* (Madrid), 8 (1987), 8-9.

BALLE, Teodoro de, «Tres ejercicios literario-filosóficos de antropología». (Recensión), *Actualidad Bibliográfica* (Sant Cugat del Vallés, Barcelona), 43 (1985), 146-147.

BEÓRLEGUI, Carlos, «El carácter vectorial del alma y el sentido procesual de las relaciones alma-cuerpo en la antropología de J.D. García Bacca», *Letras de Deusto* (Bilbao), 30 (1984), 5-26.

—, *La filosofía del hombre en Juan David García Bacca* (tesis doctoral), 2 vols., Bilbao, Universidad de Deusto, 1983.

—, *García Bacca o la audacia del pensar,* Bilbao, Universidad de Deusto, 1988, 280 pp.

—, «El pensamiento de Juan David García Bacca, un filósofo navarro desconocido», *Príncipe de Viana* (Pamplona), 6 (1986), 213-240.

—, «La presencia de Ortega en García Bacca», *Letras de Deusto* (Bilbao), 18, 40 (1988), 93-117.

—, «Qué es dios y Quién es Dios». (Recensión), *Diálogo Filosófico* (Colmenar Viejo, Madrid), 9 (1987), 363-372.

—, «La visión antropológica de J.D. García Bacca», *Estudios Filosóficos* (Valladolid), 99 (1986), 269-294.

BEUCHOT, Mauricio, «Epiteoría hermenéutica de la metafísica. (García Bacca y L. Cencillo)», *Logos* (México), 10, 28 (1982), 47-62.

CASTILLO, D., «Qué es dios y Quién es Dios». (Recensión), *Naturaleza y Gracia* (Salamanca), XXXIII (1986), 360-361.

CHAVARRI, E., «Infinito, transfinito, finito». (Recensión), *Estudios Filosóficos* (Valladolid), 95 (1985), 205.

DÍEZ PRESA, M., «*Filosofía de la música* (García Bacca)». (Recensión), *Diálogo Filosófico* (Madrid), 20 (mayo-agosto 1991), 276-279.

FERNÁNDEZ BURILLO, Santiago, «J.D. García Bacca frente a la filosofía tomista», *Espíritu* (Barcelona), XXXIX (1990), 163-169.

FERRATER MORA, José, «Juan David García Bacca», en *Diccionario de filosofía,* 2, Madrid, Alianza, 1980, pp. 1.322-1.324.

GABAS, Raúl, «Infinito, transfinito, finito». (Recensión), *Enrahonar* (Barcelona), 10(1985), 193-196.

GARCÍA, Romano, «La huella de Marx en el pensamiento de García Bacca», *Nuevo Índice* (Madrid), II, 14 (1983), 22-25.

GARCÍA GUAL, Carlos, «*Parménides y Mallarmé; Tres ejercicios literario-filosóficos de moral; Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*». (Recensión), *Arbor* (Madrid), 483 (1986), 105-107.

GARRIDO, Manuel, «El pensamiento como aventura». (Recensión de *Antropología y ciencia contemporáneas*), *El País, Suplemento Libros* (Madrid/Barcelona) (13 de noviembre de 1983), 5.

GONZÁLEZ, M., «*Elogio de la técnica*». (Recensión), *Naturaleza y Gracia* (Salamanca) (1986), 592.

GURMÉNDEZ, Carlos, «La antropología según García Bacca». (Recensión de *Antropología filosófica contemporánea*), *El País, Suplemento Libros* (Madrid/Barcelona) (20 de marzo de 1983), 3.

—, «En el 80 aniversario del filósofo español Juan David García Bacca», *El País* (Madrid/Barcelona) (19 de junio de 1981), 31.

—, «La gran aventura del hombre». (Recensión de *Infinito, transfinito, finito*), *El País, Suplemento Libros* (Madrid/Barcelona) (2 de diciembre de 1984), 5.

—, «Homenaje a Juan David García Bacca», *Anthropos* (Barcelona), 41/42 (1984), 86.

—, «La obra filosófica y literaria de Juan David García Bacca», *Anthropos* (Barcelona), 9 (1982), 10-14.

—, «Tiempo y dialéctica». (Recensión de *Tres ejercicios literario filosóficos de dialéctica*), *El País, Suplemento Libros* (Madrid/Barcelona) (19 de junio de 1986), 8.

GUY Alain, «Juan David García Bacca: un antiguo teólogo con vocación logística», en *Historia de la filosofía española*, Barcelona, Anthropos, 1985, 429-432.

IZUZQUIZA, Ignacio, *El proyecto filosófico de Juan David García Bacca.* (Tesis doctoral de título: *La filosofía de García Bacca: una presentación*), Barcelona, Anthropos, 1984, 535 pp., 3. h.

—, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de dialéctica; Tres ejercicios literario-filosóficos de economía*». (Recensión), *Anthropos* (Barcelona), 37/38 (1984), 77-78.

LOBATO, A., «*Infinito, transfinito, finito*». (Recensión), *Communio* (Sevilla) 3 (1984), 426-427.

—, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de antropología*». (Recensión), *Communio* (Sevilla), 2 (1985), 296-297.

MARTÍNEZ GÓMEZ, Luis, «*Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*». (Recensión), *Pensamiento* (Madrid), 43 (1987), 90-91.

—, *«Tres ejercicios literario-filosóficos de moral», Pensamiento* (Madrid), 43 (1987), 91.

MARTÍNEZ LÓPEZ, Luis, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de antropología; Infinito, transfinito, finito*». (Recensión), 42 (1986), 120.

MUÑIZ, Vicente, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de lógica y metafísica*». (Recensión), *Naturaleza y Gracia* (Salamanca), XXXIII (1986), 361-362.

—, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de moral*». (Recensión), *Naturaleza y Gracia* (Salamanca), XXXII (1985), 102.

MUÑOZ, I., «*Qué es dios, y Quién es Dios*». (Recensión), *Proyección* (Granada), 143 (1986), 320.

MUÑOZ DELGADO, Vicente, «*Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*». (Recensión), *Estudios* (Madrid), 150 (1985), 265-266.

—, «*Necesidad y Azar. Parménides (s. V a.C.) - Mallarmé (s. XIX d.C.)*». (Recensión), *Estudios* (Madrid), 156/157 (1987), 250-251.
—, «*Qué es dios y Quién es Dios*». (Recensión), *Estudios* (Madrid), 156-157 (1987), 246-247.
—, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de lógica y metafísica*». (Recensión), *Estudios* (Madrid), 156/157 (1987).
—, «*Tres ejercicios literario-filosóficos de moral*». (Recensión), *Estudios* (Madrid), 150 (1985), 264-265.
NUÑO, Juan, «El velo de la muerte», Prólogo de *Transfinitud e inmortalidad* (J.D. García Bacca), Caracas, Josefina Bigott, 1984, pp. 7-11.
PALACIOS, Miguel Ángel, *Filosofía en música y filosofía de la música* (tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, Curso 1989-1990).
—, «*Qué es dios y Quién es Dios* según Juan David García Bacca», *Suplementos Anthropos* (Barcelona), 1 (1987), 89-112.
PERDOMO DE GONZÁLEZ, Mireya, *Bibliografía de J.D. García Bacca* (presentación de Ermila Elíes de Pérez Perazzo), Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1981, 77 pp.
PLIEGO DE ANDRÉS, Víctor, «La sabiduría musical de García Bacca», *El Sol* (Madrid) (10 de junio de 1991).
PORRAS RENGEL, Juan F., «Semblanza heterodoxa de Juan David Bacca», en *Juan David García Bacca: exposición bibliográfica, hemerográfica, sonora, fotográfica y de manuscritos*, Caracas Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicio de Bibliotecas, 1988.
RECAS BAYÓN, Javier, *El programa metafísico de Juan David García Bacca: de una ontología de la probabilidad a una metafísica transformadora* (memoria de licenciatura [tesina]), Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid, mayo 1985.
RIVERA, E., «*Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*». (Recensión), *Naturaleza y Gracia* (Salamanca), XXXII (1985), 101.
—, «*Necesidad y azar. Parménides (s. V a.C.) - Mallarmé (s. XIX d.C.)*». (Recensión), *Naturaleza y Gracia* (Salamanca), XXXIII (1986), 205.
RUMAZO, Lupe, «A los 85 años de Juan D. García Bacca. Nuevo sistema de crítica literaria», *El Nacional, Papel Literario* (Caracas) (6 de julio de 1986), 1.
—, «Propuesta de un nuevo sistema crítico literario según el libro *Parménides y Mallarmé* de Juan David García Bacca», *Suplementos Anthropos* (Barcelona), 1 (1987), 113-118.
—, «Refranes de García Bacca», *El Comercio* (Quito) (8 de diciembre de 1985).
SILVA, Ludovico, «Juan David García Bacca, filósofo en castellano», *Mundaiz* (San Sebastián), 33 (enero-junio de 1987).
TEJERO, Ángel, «*Qué es dios y Quién es Dios*». (Recensión), *Religión y Cultura* (Madrid), 156-158 (1987), 303.
VELARDE LOMBRAÑA, Julián, «*Infinito, transfinito, finito*». (Recensión), *Arbor* (Madrid), 471 (1985), 105-108.